
CIENCIA FICCION

SELECCION 37

CHERRY·EISENSTEIN·ELLISON
KING·REED·RUSS·VARLEY



ePUB

El cuento corto más galardonado de la historia de la ciencia ficción —*Jeffty tiene cinco años*, de Harlan Ellison, ganador de los premios Hugo, Nebula y Júpiter— y una excelente novela corta de John Varley —*En la antecámara de los reyes marcianos*— ganadora del premio Júpiter y nominada para el Hugo, junto con cinco relatos de otras tantas primeras figuras del género (como Stephen King, autor de *Carrie*, o Joanna Russ, autora de *El hombre hembra*), integran esta nueva selección de ciencia ficción, la 37.^a de una serie dedicada a ofrecer periódicamente a los lectores de habla castellana las mejores narraciones aparecidas en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, la más prestigiosa revista del mundo en su género.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 37

ePub r1.0

viejo_oso 24.03.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 37*

VV. AA., 1979

Traducción: Juan Carlos Silvi

Portada: Neslé Soulé

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación, Carlo Frabetti.

En la antecámara de los reyes marcianos (In the Hall of the Martian Kings), John Varley, 1977.

Jeffy tiene cinco años (Jeffy is Five), Harlan Ellison, 1977.

La noche del tigre (The Night of the Tiger), Stephen King, 1978.

Cómo Dorothy mantuvo alejada la primavera (How Dorothy Kept the Spring Away), Joanna Russ, 1977.

En respuesta a tu llamada (In Answer to Your Call), Phyllis Eisenstein, 1978.

Cassandra (Cassandra), C. J. Cherryh, 1978.

Shan (Shan), Kit Reed, 1978.

PRESENTACIÓN

Es ésta una antología en la que, en cierto modo, se dan cita la vieja y la nueva ciencia ficción.

Para empezar, tenemos una excelente novela corta de John Varley, que ya en sí misma ejemplifica esta conjunción: clásica en cuanto a su temática y su desarrollo, En la antecámara de los reyes marcianos introduce planteamientos muy actuales en cuanto al enfoque sociológico y psicológico de lo que podría ser una temprana expedición a Marte. Obtuvo el premio Júpiter (otorgado por los profesores de ciencia ficción de Estados Unidos) a la mejor novela corta en 1977, clasificándose en segundo lugar para el premio Hugo.

En Jeffty tiene cinco años, uno de los relatos más galardonados de todos los tiempos (obtuvo simultáneamente el Hugo, el Nebula y el Júpiter), Harlan Ellison ofrece una desazonadora versión actual del viejo mito de Peter Pan. El relato apareció en un número especial de Fantasy and Science Fiction dedicado a Ellison.

Pero la más auténtica irrupción de una corriente nueva en el ámbito narrativo clásico de la fantasía y la ciencia ficción la ejemplifican, como es habitual en los últimos años, las autoras.

Joanna Russ, sin apartarse de su línea demoledora y subversiva, nos ofrece en Cómo Dorothy mantuvo alejada la primavera un relato tan difícilmente clasificable como fácil de calificar: excelente. Y Kit Reed, esa gran veterana del género en constante renovación, logra en Shan lo que a estas alturas ya casi parece imposible: dar un giro inesperado al archimanido tema de la invasión extraterrestre.

Con respecto a los restantes relatos, tal vez interese aclarar que La noche del tigre es uno de los escasos cuentos cortos escritos por Stephen King; En respuesta a tu llamada es un inquietante —y algo pirandelliano— ejemplo de lo que podríamos llamar «ciencia ficción sobre la ciencia ficción»; y el título Casandra hace alusión a la sacerdotisa de Apolo, hija de Príapo, que predijo la caída de Troya.

CARLO FRABETTI

**EN LA ANTECÁMARA DE LOS REYES
MARCIANOS**

John Varley

Se necesitaba perseverancia, atención y voluntad de infringir las reglas, para observar la salida del sol en el Cañón Tharsis. Matthew Crawford se estremeció en la oscuridad, el termostato de su traje puesto en situación de emergencia, sus ojos vueltos hacia el este. Sabía que tenía que permanecer atento. Ayer se lo había perdido por completo, a causa de un largo e inevitable bostezo. Los músculos de su mandíbula se tensaron, pero controló el bostezo y mantuvo los ojos firmemente abiertos.

Y allí estaba. Como los focos de un teatro cuando la función ha terminado; apenas un rápido resplandor, un destello de localizada luz de un azul purpúreo por encima del borde del cañón, y se vio rodeado de candilejas. Había llegado el día, el truncado día marciano que nunca llegaba a rozar la oscuridad que colgaba por encima de su cabeza.

Aquel día, como los nueve anteriores, iluminó a un Tharsis radicalmente distinto de lo que había sido durante los últimos soñolientos diez mil años. La erosión eólica de las rocas puede crear una infinidad de sombras, pero jamás excava una línea recta o un arco perfecto. El campamento humano bajo él rompía las desgarradas líneas de las rocas con ángulos y curvas regulares.

El campamento era cualquier cosa menos un modelo de orden. No daba en absoluto la impresión de que alguna planificación hubiera presidido la desordenada dispersión de domo, módulo de aterrizaje, tractores y esparcido equipo. Había crecido, como todos los campamentos base humanos, sin orden ni concierto. Parecía seguir las huellas de la Base Tranquilidad, aunque a mucha mayor escala.

La Base Tharsis se asentaba sobre una amplia cornisa aproximadamente a medio camino hacia arriba del irregular fondo del brazo Tharsis,

perteneciente al Gran Valle de la Hendedura. El lugar había sido elegido debido a que era una zona lisa, que permitía un fácil acceso, mediante un ascenso suave, a las planas llanuras de la Meseta Tharsis, al tiempo que se hallaba apenas a un kilómetro del fondo del valle. Nadie podía decir qué área era más digna de estudio, si las llanuras o el cañón. De modo que el lugar había sido elegido como un compromiso. Lo cual significaba que los equipos de exploración debían subir o bajar, porque no había nada digno de estudio en las inmediaciones del campamento. Incluso los estratos visibles y los testimonios de la acción aerológica no podían ser vistos sin subir medio kilómetro, hasta el punto donde Crawford se hallaba ahora para observar la salida del sol.

Examinó el domo mientras caminaba de regreso al campamento. Había una silueta apenas visible a través del plástico. A aquella distancia hubiera sido incapaz de decir quién era de no ser por su negro rostro. Era una mujer. La vio avanzar hacia la pared del domo y limpiar con el brazo un círculo para mirar a su través. Evidentemente, vio el rojo brillante de su traje, puesto que señaló hacia él. Ella también llevaba puesto su traje, excepto el casco, que contenía la radio. Supo que iba a tener problemas. La vio apartarse de la pared e inclinarse para recoger el casco, a fin de poder decirle lo que pensaba de la gente que desobedecía sus órdenes, cuando el domo se estremeció como una medusa.

Una alarma se disparó en su casco, llana y extrañamente relajante a través de su pequeño altavoz. Se detuvo allí por un momento mientras un perfecto anillo de humo hecho de polvo se alzaba en torno al borde del domo. Entonces echó a correr.

Vio el desastre desarrollarse ante sus ojos, en silencio salvo por el rítmico batir de la alarma en sus oídos. El domo estaba danzando y tensándose, intentando echar a volar. El suelo se alzó en su centro, arrojando de rodillas a la mujer negra. Al segundo siguiente el interior era una torbellineante tormenta de nieve. Matthew resbaló en la arena y cayó hacia delante; volvió a alzarse justo a tiempo para ver las cuerdas de fibra de vidrio del lado más cercano a él romperse y soltarse de las escarpas de acero que anclaban el domo a la roca.

Ahora el domo se parecía a un fantástico ornamento navideño lleno de copos de nieve, con el parpadeante resplandor rojo y azul de las alarmas. La parte superior del domo se alzó por encima de su cabeza, y el suelo se elevó por los aires, sujeto solamente por los anclajes aún intactos del lado más alejado de él. Hubo un estallido de nieve y polvo; luego el suelo volvió a descender lentamente hasta posarse de nuevo sobre el terreno. Entonces no se produjo ningún movimiento, excepto el lento desmoronarse del despresurizado techo del domo mientras caía sobre las estructuras que ocupaban su interior.

El tractor oruga se deslizó lateralmente al detenerse, casi a punto de volcar, junto al deshinchado domo. Dos figuras con trajes presurizados salieron de él. Se dirigieron hacia el domo, vacilantes, empujándose el uno al otro. Uno de ellos sujetó el brazo de su compañero y señaló hacia el módulo de aterrizaje. Ambos cambiaron la dirección de su marcha y treparon por la escalerilla que colgaba por el lado del módulo.

Crawford fue el único que alzó la vista cuando la esclusa inició su cielo. Los dos recién llegados casi tropezaron entre sí al surgir de ella. Deseaban hacer algo, y rápido, pero no sabían el qué. Finalmente, se limitaron a quedarse allí plantados, retorciéndose en silencio las manos y mirando al suelo. Uno de ellos se quitó el casco. Era una mujer fornida, de unos treinta años, con su pelo rojizo cortado casi al rape.

—Matt, hemos venido apenas... —Se interrumpió, dándose cuenta de lo inútil de aquellas palabras—. ¿Cómo está Lou?

—Lou no saldrá de ésta.

Hizo un gesto hacia el camastro, donde un hombre corpulento permanecía tendido respirando penosamente en una máscara de plástico transparente. Era oxígeno puro. La sangre rezumaba de su nariz y de sus oídos.

—¿Daños cerebrales?

Crawford asintió. Miró a su alrededor, a los demás ocupantes de la estancia. Allí estaba la Comandante de la Misión Superficie, Mary Lang, la mujer negra que había visto en el interior del domo inmediatamente antes de la explosión. Se hallaba sentada a la cabecera del camastro de Lou Prager, sujetándose la cabeza entre las manos. En cierto modo, su aspecto resultaba

más impresionante que el de Lou. Nadie que la conociera hubiera podido pensar que era capaz de hundirse en un tal estado de apatía. Durante la última hora no se había movido en absoluto.

Sentado en el suelo, envuelto en una manta, se hallaba Martin Ralston, el químico. Su camisa estaba manchada de sangre, y había sangre seca en su rostro y manos; hasta hacía poco no había conseguido que su nariz dejara de sangrar, pero sus ojos estaban alertas.

Se estremeció, desviando la mirada de Lang, su jefe titular, a Crawford, el único que parecía lo bastante tranquilo como para enfrentarse a cualquier situación. Martin era un seguidor nato, en quien se podía confiar, pero carente en absoluto de imaginación.

Crawford volvió a mirar a los recién llegados. Se trataba de Lucy Stone McKillian, la ecóloga pelirroja, y Song Sue Lee, la exobióloga. Seguían aún en pie, aturdidas, junto a la esclusa de aire, incapaces de comprender todavía que había quince hombres y mujeres muertos bajo la cubierta del domo.

—¿Qué dicen en la Burroughs? —preguntó McKillian, arrojando su casco al suelo y sentándose cansadamente con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared.

El módulo de aterrizaje no era el lugar más confortable para celebrar una reunión; todos los camastros estaban montados horizontalmente, puesto que su propósito era amortiguar la aceleración del aterrizaje y el despegue. Con la nave apoyada sobre su cola, eso hacía que el noventa por ciento del espacio del módulo quedara inutilizado. Estaban todos reunidos junto a la mampara circular en la parte de atrás de los sistemas vitales, inmediatamente delante del depósito de combustible.

—Estamos aguardando una respuesta —dijo Crawford—. Pero puedo imaginar lo que van a decir: no hay nada que hacer. A menos que una de vosotras dos tenga algo de experiencia en el manejo de módulos marcianos de aterrizaje y no nos lo haya dicho nunca.

Ninguna de las dos se molestó en responder a aquello. La radio en la proa chirrió, luego repiqueteó llamando su atención. Crawford miró a Lang, que no hizo ningún movimiento para acudir a responder. Se puso en pie y trepó por la escalerilla para sentarse en el asiento del copiloto. Conectó el receptor.

—¿Comandante Lang?

—No, aquí Crawford de nuevo. La comandante Lang está... indispuesta. Está atareada con Lou, intentando hacer algo.

—Es inútil. El doctor dice que es un milagro que todavía siga respirando. Si alguna vez llegara a recuperarse, no sería en absoluto el mismo que han conocido. La telemetría no muestra nada que se parezca a una onda cerebral normal. Ahora necesito hablar con la comandante Lang. Haga que suba.

La voz del comandante de misión Weinstein estaba acostumbrada a dar órdenes, y era casi tan emotiva como un informe meteorológico.

—Señor, se lo diré, pero no creo que acuda. Se trata todavía de su operación, ya sabe.

No le dio tiempo a Weinstein de replicar a eso. Éste se había visto atrapado por su propia antigüedad a comandar la *Edgar Rice Burroughs*, la nave orbital que los había traído a ellos hasta Marte y que se suponía tenía que llevarlos de regreso. El mando del *Podkayne*, el módulo de aterrizaje que se llevaría la parte del león en los titulares de los periódicos, había recaído en Lang. Había muy poca amistad entre los dos, especialmente desde que Weinstein empezó a rumiar acerca de los beneficios financieros que iban a recaer sobre la primera mujer en posar el pie en Marte, en vez de sobre el comandante de la misión. Se vio a sí mismo como otro Michael Collins.

Crawford llamó a Lang, que alzó la cabeza lo suficiente para murmurar algo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Crawford.

—Ha dicho que tomes el mensaje. —McKillian empezó a subir la escalerilla mientras decía esto. Ahora llegó a su lado y dijo en voz más baja —: Matt, está completamente destrozada. Sería mejor que tomaras tú el mando.

—Sí, lo sé.

Se volvió de nuevo hacia la radio, y McKillian escuchó por encima de su hombro mientras Weinstein resumía para ellos la situación tal como la veía. Encajaba mucho con la propia estimación de Crawford, excepto en un punto crucial. Desconectó el transmisor y se reunió con los demás supervivientes.

Miró en torno a los rostros de los demás y decidió que no era el momento

de hablar de posibilidades de rescate. No le entusiasmaba ser el jefe. Esperaba que Lang se recuperara pronto y le quitara el peso de sobre sus hombros. Mientras tanto, tenía que hacer que empezaran a ocuparse en algo. Dio unos suaves golpecitos a McKillian en el hombro y la empujó hacia la esclusa.

—Haz que los entierren —dijo.

Ella apretó fuertemente los párpados, reteniendo las lágrimas, y asintió.

No fue un trabajo agradable. Apenas estaban a la mitad cuando Song descendió la escalerilla con el cuerpo de Lou Prager.

—Examinemos todo lo que sabemos. En primer lugar, ahora que Lou está muerto, las posibilidades de despegar de aquí son muy escasas. Es decir, a menos que Mary piense que puede absorber todo lo que necesita saber acerca de pilotar el *Podkayne* a partir de esas instrucciones que envió Weinstein. ¿Qué dices a ello, Mary?

Mary Lang estaba recostada, atravesada en el camastro improvisado que recientemente había estado ocupado por el piloto del *Podkayne*, Lou Prager. Cabeceaba apáticamente, apoyada contra el casco de aluminio del módulo; tenía la barbilla hundida en el pecho, y los ojos semicerrados.

Song le había administrado un sedante de las reservas del fallecido doctor, por consejo del médico a bordo de la *E.R.B.* Aquello había permitido a Lang dejar de luchar tan duramente contra el aullante pánico que deseaba soltar de su interior. Pero no había cambiado su estado de ánimo. Había renunciado por completo, no iba a hacer nada por nadie.

Cuando se inició el reventón, Lang había saltado rápidamente hacia su casco. Luego se había debatido contra la ventisca de nieve y el ondulante fondo del domo, dirigiéndose hacia la estructura abierta por arriba donde estaban durmiendo los demás miembros de la expedición. La explosión duró tan sólo diez segundos, y luego se le presentó el problema de luchar con el desplomante techo del domo, que rápidamente la enterró entre los pliegues de su plástico transparente. Era algo muy parecido a una de esas pesadillas en las que uno intenta correr hundido hasta las rodillas en arenas movedizas. Tuvo que luchar para avanzar cada metro de su recorrido, pero lo consiguió.

Lo hizo a tiempo de ver a sus compañeros de nave de los últimos seis

meses jadear silenciosamente y escupir sangre por todos los orificios de su rostro mientras luchaban por ponerse sus trajes a presión. Era una tarea inútil intentar elegir a qué dos o tres de ellos salvar en el tiempo de que disponía, Quizá hubiera podido hacer algo más de no haber existido el monstruoso combate que había tenido que sostener para alcanzarles; se hallaba en estado de shock, y creía a medias que todo aquello no era más que una pesadilla. Así que aferró al que estaba más próximo, que resultó ser el doctor Ralston. Casi había acabado de colocarse su traje, de modo que ella le aseguró el casco y se trasladó al siguiente. Se trataba de Luther Nakamura, y estaba inmóvil. Peor aún, estaba enfundado sólo a medias en su traje. En aquel momento hubiera debido actuar de forma práctica, abandonándole y dirigiéndose a salvar a aquellos que aún tenían alguna posibilidad. Ahora lo sabía, pero seguía sin gustarle la idea, como tampoco le había gustado entonces.

Mientras estaba metiendo a Nakamura en su traje, llegó Crawford. Había caminado por encima de los pliegues de plástico del techo hasta alcanzar el dormitorio, y había entrado por él abriendo un agujero con el láser que utilizaba normalmente para vaporizar muestras de rocas.

Crawford había tenido tiempo de pensar en el problema de a quién salvar. Se dirigió directamente a Lou Prager y terminó de colocarle el traje. Pero ya era demasiado tarde. No sabía siquiera si hubiera representado alguna diferencia el que Mary Lang hubiera acudido primero a salvarle a él.

Ahora Mary permanecía tendida en el camastro, sus pies colgando blandamente hacia ella, meneando despacio la cabeza de un lado a otro.

—¿Estás segura? —la aguijoneó Crawford, esperando obtener un sobresalto, un indicio de sobresalto, algo.

—Estoy segura —murmuró ella—. ¿Sabéis cuánto tiempo tuvo que entrenarse Lou para hacer volar esta cosa? Y casi estuvo a punto de hacerla pedazos. Yo... oh, demonios, es imposible.

—Me niego a aceptar eso como una respuesta definitiva —dijo él—. Pero mientras tanto tenemos que examinar las posibilidades que existen si lo que Mary dice es cierto.

Ralston se echó a reír. Fue una risa carente de amargura; sonaba realmente divertido. Crawford siguió machacando:

—Hay una cosa que sí sabemos segura. La *E.R.B.* no podrá hacer nada por nosotros. Oh, nos ayudarán con todos los consejos que sean necesarios, quizá más de los que deseemos, pero cualquier tipo de rescate resulta imposible.

—Sabemos eso —dijo McKillian. Estaba agotada y se sentía enferma por la visión de los rostros de sus amigos muertos—. ¿De qué sirve toda esta charla?

—Espera un momento —la interrumpió Song—. ¿Por qué no pueden ellos...? Quiero decir que disponen de mucho tiempo, ¿no? Según tengo entendido, tienen que irse dentro de seis meses debido a las condiciones orbitales, pero en todo ese tiempo...

—¿Acaso no sabes nada de espacionaves? —exclamó McKillian violentamente.

Song prosiguió, imperturbable:

—Sé lo suficiente para ser consciente de que la *Edgar* no está equipada para entradas atmosféricas. Mi idea era, no hacer bajar toda la nave, sino sólo lo que haya a bordo de la misma que podamos necesitar. Es decir, un piloto. ¿No es eso posible?

Crawford se pasó las manos por el pelo, preguntándose qué decir. Esa posibilidad había sido discutida, y estaba siendo estudiada. Pero había tenido que ser clasificada como extremadamente remota.

—Tienes razón —dijo—. Lo que necesitamos es un piloto, y ese piloto es el comandante Weinstein. Lo cual presenta problemas, legalmente al menos. Él es el capitán de una nave y no debe abandonarla. Eso es lo que lo mantiene en la *Edgar* en primer lugar. Pero se entrenó mucho en el simulador de la plataforma de aterrizaje cuando estaba convencido de que sería elegido para el equipo de tierra. Ya conoces a Winey, siempre ha tenido el instinto del protagonismo en todo. De modo que si creyera que podía hacerlo, estaría aquí abajo al minuto siguiente, a fin de recogerlo y llevarse él toda la publicidad. Tengo entendido que están intentando construir un sistema de paracaídas con escudo térmico para una de las cápsulas que se suponía debían hacernos llegar las provisiones durante nuestra estancia aquí. Pero es muy arriesgado. Uno no modifica a la ligera un diseño aerodinámico, no uno que se supone

debe golpear la atmósfera a más de diez mil kilómetros de velocidad. Así que creo que podemos dejar eso de lado también. Seguirán trabajando en ello, pero cuando esté listo, Winey no se va a meter allí dentro. Desea ser un héroe, pero también desea vivir para verlo.

Hubo una breve subida de la moral por parte de Song, Ralston y McKillian ante la idea de un posible rescate. Pero cuanto más pensaban en ello, menos contentos parecían. En el fondo, todos estaban de acuerdo con la afirmación de Crawford.

—Así que coloquemos eso también en el archivo del Hada Madrina y olvidémoslo. Si ocurre, estupendo. Pero será mejor que demos por sentado que no va a ocurrir. Como es probable que sepáis, las *E.R.B.-Podkayne* son las únicas naves existentes que pueden alcanzar Marte y aterrizar en él. El otro par se halla todavía en el estadio de control de presupuestos en el Congreso. Winey habló con la Tierra y cree que van a acelerar los trámites preliminares, de modo que la construcción pueda iniciarse dentro de un año. La partida estaba programada para dentro de cinco años a partir de ahora, pero puede que así se consiga ganar un año. Ahora es una misión de rescate, más fácil de vender. Sin embargo, el diseño necesitará modificaciones, aunque sólo sea para incluir cinco asientos más a fin de llevarnos a nosotros de vuelta. Podéis apostar a que se realizarán más modificaciones cuando enviemos nuestro informe sobre el reventón. Así que mejor añadamos unos seis meses al esquema.

McKillian estaba ya harta de todo aquello.

—Matt, ¿de qué demonios estás hablando? ¿Misión de rescate? Maldita sea, sabes tan bien como yo que cuando nos encuentren aquí, llevaremos muertos un montón de tiempo. Probablemente muramos en un año.

—Ahí es donde te equivocas. Sobreviviremos.

—¿Cómo?

—No tengo ni la más remota idea.

La miró directamente a los ojos mientras decía eso. Ella casi no se molestó en contestar, pero la curiosidad pudo más:

—¿Se trata sólo de una sesión para infundir moral? Gracias, pero no la necesito. Prefiero enfrentarme a la situación tal como es. ¿O acaso tienes

realmente algo?

—Ambas cosas. No tengo nada concreto salvo decir que sobreviviremos, de la misma forma que los seres humanos han sobrevivido siempre: conservando nuestro calor, comiendo, bebiendo. A esa lista tenemos que añadir «respirando». Eso es lo más difícil, pero excepto eso, no somos distintos de cualquier otro grupo de supervivientes en un lugar difícil. No sé qué es lo que tendremos que hacer específicamente, pero sé que encontraremos las respuestas.

—O moriremos intentándolo —dijo Song.

—O moriremos intentándolo —asintió Crawford, sonriéndole.

Al menos ella había captado la esencia de la situación. Fuera o no posible la supervivencia, era necesario mantener la ilusión de que sí lo era. De otro modo, mejor abrirse las venas. Mejor no haber nacido siquiera, ya que la vida es una inevitable y fatal lucha por sobrevivir.

—¿Qué hay del aire? —preguntó McKillian, aún no convencida.

—No lo sé —respondió él alegremente—. Es un buen problema, ¿no?

—¿Qué hay del agua?

—Bueno, en este valle hay un estrato de permagel a unos veinte metros de profundidad.

Ella se echó a reír.

—Maravilloso. ¿Así que eso es lo que quieres que hagamos? ¿Perforar y perforar, y calentar el hielo con nuestras pequeñas cabecitas rosadas? No funcionará, te lo digo yo.

Crawford aguardó hasta que ella hubo recitado una larga lista de razones por las cuales estaban condenados. La mayor parte de ellas tenían sentido. Cuando hubo terminado, habló suavemente:

—Lucy, escúchate a ti misma.

—Simplemente estoy...

—Estás colocándote del lado de la muerte. ¿Deseas morir? ¿Estás tan decidida que ni siquiera vas a escuchar a alguien que dice que puedes vivir?

Ella permaneció largo rato inmóvil; luego, incómoda, agitó los pies. Lo miró, después miró a Song y a Ralston. Estaban aguardando, y no le quedó más que enrojecer y sonreírles lentamente.

—Tienes razón. ¿Qué tenemos que hacer primero?

—Exactamente lo que estamos haciendo. Ser conscientes de la realidad de nuestra situación. Necesitamos hacer una lista de todo lo que tenemos disponible. Lo escribiremos en un papel, pero puedo daros un esquema general.

Empezó a contar los puntos con los dedos.

—Uno, tenemos comida para veinte personas durante tres meses. Eso representa casi un año para nosotros cinco. Con un racionamiento, quizá año y medio. Eso suponiendo que todas las cápsulas de provisiones nos lleguen correctamente. Además, la *Edgar* va a rebuscar en todos los rincones y nos enviará todo aquello de lo que puedan prescindir en las tres cápsulas de reserva. Eso puede mantenernos hasta dos años, incluso tres.

»Dos, tenemos agua suficiente por tiempo indefinido, si los recicladores siguen funcionando. Eso constituirá un problema, porque nuestro reactor agotará su energía dentro de dos años. Necesitaremos otra fuente de energía, y quizá otra fuente de agua.

»El problema con el oxígeno es más o menos el mismo. Dos años como máximo. Tenemos que encontrar una forma de conservarlo mucho más de lo que lo estamos haciendo ahora. Entre nosotros, no sé cómo. Song, ¿tienes alguna idea?

Ella adoptó un aire pensativo, que produjo dos verticales signos de admiración entre sus sesgados ojos.

—Posiblemente un cultivo de plantas de la *Edgar*. Si podemos encontrar alguna forma de hacer crecer plantas a la luz del sol marciano, y conseguir que los rayos ultravioletas no las maten...

McKillian pareció horrorizada, como todo buen ecólogo.

—¿Y qué hay de la contaminación? —preguntó—. ¿Para qué creéis que sirvió toda aquella esterilización antes de nuestro amartizaje? ¿Pretendéis enviar al diablo el equilibrio ecológico de Marte? Nadie podrá saber nunca si las muestras recogidas en un futuro serán plantas auténticamente marcianas o ejemplares terrestres mutados.

—¿Qué equilibrio ecológico? —contraatacó Song—. Sabes tan bien como yo que el resultado de este viaje ha sido muy próximo a cero. Unas

cuantas bacterias anaerobias, una mancha de líquenes, ambos apenas distinguibles de las formas terrestres...

—Eso es precisamente lo que quiero decir. Si importáis formas de la Tierra ahora, jamás podremos saber en qué se diferencian.

—Pero puede hacerse, ¿no? Con la protección adecuada, de modo que las plantas no resulten eliminadas antes de germinar, podemos disponer de una factoría hidropónica que funcione...

—Oh, sí, puede hacerse. Puedo ver tres o cuatro sistemas de hacerlo en este mismo momento. Pero no estáis enfocando la cuestión principal, que es...

—Dejadlo estar —dijo Crawford—. Simplemente deseaba saber si teníais algunas ideas al respecto.

Se sentía secretamente complacido por la discusión; les hacía pensar a ambas de forma positiva, haciéndolas salir de la mortal apatía contra la cual debían protegerse.

—Creo que esta discusión ha servido para su propósito —prosiguió—, que era convencer a todos de que la supervivencia es posible.

Miró intranquilo a Lang, que aún meneaba la cabeza, con los ojos vidriosos como si todavía estuviera viendo a sus compañeros morir ante ella.

—Simplemente deseo dejar bien sentado que en vez de una expedición, ahora somos una colonia. No en el sentido habitual de planear quedamos aquí para siempre, aunque toda nuestra planificación deberá ser orientada sobre este supuesto. No nos enfrentamos simplemente a la necesidad de alargar nuestros recursos hasta que llegue el rescate. Lo más probable es que las medidas restrictivas no nos hagan ningún bien. Las respuestas que nos salvarán son respuestas a largo plazo, el tipo de respuestas que buscaría una colonia. Dentro de dos años tendremos que hallarnos en una posición que nos permita sobrevivir dentro de un modo de vida que nos mantenga indefinidamente. Tendremos que encajar en este medio ambiente en todo lo que podamos, y adaptarlo a nosotros en todo lo que no podamos. Para ello, estamos mejor equipados que la mayor parte de los colonos del pasado, al menos a corto plazo. Tenemos amplias reservas de todo lo que necesita una colonia: comida, agua, herramientas, materias primas, energía, cerebros y

mujeres. Sin esas cosas, ninguna colonia tiene muchas posibilidades. Todo lo que nos falta es un reaprovisionamiento regular desde nuestro país natal, pero un grupo de colonos realmente bueno puede seguir adelante sin eso. ¿Qué tenéis que decir? ¿Estáis todos conmigo?

Algo había hecho que Mary Lang alzara los ojos. Se trataba de un reflejo, un reflejo de supervivencia condicionado por toda una vida de lucha para abrirse camino hasta arriba. Se enraizó de nuevo en ella y la hizo alzarse primero en la cama, luego sobre sus pies. Luchó por librarse de los efectos de los calmantes y permaneció allí erguida, los ojos turbios pero lúcidos.

—¿Qué te hace pensar que las mujeres son un recurso natural, Crawford?
—dijo, lenta y deliberadamente.

—Bueno, lo que quiero decir es que sin el estímulo moral proporcionado por los miembros del sexo opuesto, una colonia carecerá del empuje necesario para seguir adelante.

—Eso es lo que piensas, de acuerdo. Y piensas en las mujeres disponibles para los auténticos colonos como una razón de vivir. Lo he oído antes. Es una forma machista de considerar las cosas, Crawford.

Estaba recuperando su estatura mientras la miraban, pareciendo crecer hasta que dominó a todo el grupo con el intangible poder que señala al líder. Aspiró hondo, y estuvo completamente despierta por primera vez aquel día.

—Dejaremos de pensar de esa manera inmediatamente, ahora. Soy la comandante de la misión. Aprecio que te hicieras cargo de las cosas mientras yo estaba..., ¿cómo dijiste? Indispuesta. Pero deberías prestar más atención a los aspectos sociales de nuestra situación. Si alguien es aquí una mercancía, sois tú y Ralston, en virtud de vuestro escaso número. Habrá algunas cuestiones delicadas que resolver aquí, pero por el momento funcionaremos como una unidad, bajo mi mando. Haremos todo lo posible por minimizar la competencia social entre las mujeres con respecto a los hombres. Así es como lo haremos. ¿Ha quedado claro?

Varios asentimientos de cabeza fueron toda la respuesta. No los acusó, sino que siguió hablando:

—Desde el principio me pregunté por qué estabas entre nosotros, Crawford. —Empezó a pasear arriba y abajo en el atestado espacio. Los otros

se apartaron de su camino casi sin pensar, excepto Ralston, que seguía acurrucado bajo su manta—. ¿Un historiador? Seguro, es una espléndida idea, pero nada práctica. Tengo que admitir que he pensado siempre en ti como en un lujo, algo tan inútil como los pezones en el pecho de un hombre. Pero estaba equivocada. Toda la gente de la NASA estaba equivocada. El Cuerpo de Astronautas luchó como locos por mantenerte fuera de este viaje. Ya habría tiempo suficiente para eso en vuelos sucesivos. Estábamos cegados por nuestra lealtad a la filosofía de los pilotos de pruebas del vuelo espacial. Deseábamos tan pocos científicos como fuera posible y tantos astronautas como lográramos reunir. No nos gusta pensar en nosotros como en pilotos de transbordador. Creo que demostramos durante los Apolo que podíamos realizar trabajos científicos tan bien como cualquiera. Te vimos como una especie de insulto, una bofetada de los científicos de Houston para demostramos cuán bajo habíamos caído.

—Si yo fuera capaz de...

—Cállate. Sin embargo, estábamos equivocados. Leí en tu currículum que eras un experto en supervivencia. ¿Cuál es tu honesta evaluación de nuestras posibilidades?

Crawford se alzó de hombros, intranquilo ante la pregunta. No sabía si era el momento adecuado para especular con que podían fracasar.

—Dime la verdad.

—Más bien escasas. Sobre todo por el problema del aire. La gente sobre la que he leído nunca tuvo que plantearse dónde encontrarían el aire necesario para su siguiente inspiración.

—¿Has oído hablar alguna vez del Apolo Trece?

Le sonrió.

—Circunstancias especiales. Problemas a corto plazo.

—Tienes razón, por supuesto. Y en las otras dos únicas emergencias espaciales auténticas desde aquella vez, pereció toda la tripulación. —Se volvió y miró ceñudamente a cada uno de los demás, por turno—. Sin embargo, nosotros no vamos a perder.

Esperó a que alguno de ellos mostrara su desacuerdo, pero nadie se atrevió. Se relajó y siguió caminando arriba y abajo por la estancia. Se volvió

de nuevo hacia Crawford.

—Me doy cuenta de que tendré que recurrir con frecuencia a tus conocimientos en los próximos años. ¿Cuál es según tú el siguiente punto en el orden del día?

Crawford se relajó. El terrible peso de la responsabilidad, que nunca había deseado, ya no gravitaba sobre sus hombros. Se sintió contento de seguir a su líder.

—A decir verdad, estaba preguntándome qué decir a continuación. Tenemos que hacer un minucioso inventario. Creo que deberíamos empezar por eso.

—Correcto, pero hay un punto aún más importante. Tenemos que ir al domo y descubrir qué fue lo que causó el reventón. Esa maldita cosa no hubiera debido reventar; es la primera de su tipo que lo ha hecho. Y además desde el fondo. Pero reventó, y tenemos que saber por qué, o estaremos ignorando un hecho de Marte que aún puede matarnos a nosotros. Hagamos eso primero. Ralston, ¿puedes andar?

Cuando él asintió, ella se selló el casco y se encaminó a esclusa. Se volvió y miró especulativamente a Crawford.

—¿Sabes, amigo?, si me hubieras pinchado con un aguijón eléctrico de los que se utilizan para arrear el ganado no me hubieras hecho saltar como lo has hecho hace unos minutos. ¿Puedo preguntarte por qué has dicho eso?

Crawford no sentía ningún deseo de responder. Dijo, con un rostro perfectamente impasible:

—¿Yo? Creo que lo mejor será que supongas que soy un chauvinista, simplemente.

—Lo veremos. ¿De acuerdo?

—¿Qué es esto?

Song Sue Lee estaba de rodillas, examinando una de las centenares de pequeñas y rígidas púas que brotaban del suelo. Intentó rascarse la cabeza pero se vio frustrada por el casco.

—Parece plástico. Sin embargo, tengo la fuerte sensación de que es la forma de vida superior que Lucy y yo estuvimos buscando ayer.

—¿Y pretendes decirme que esas pequeñas púas han practicado agujeros

en el fondo del domo? No me lo creo.

Song se puso en pie, moviéndose rígidamente. Todos habían trabajado duramente para vaciar el domo desplomado y quitar la enorme y arrugada masa a fin de dejar al descubierto el suelo que había bajo ella. Estaba cansada, y perdió la calma por un momento al responder a Mary Lang.

—Yo no he dicho eso. Apartamos el domo y encontramos esas púas. Eres tú quien ha supuesto que habían abierto agujeros en el fondo.

—Lo siento —repuso Lang, suavemente—. Sigue con lo que estabas diciendo.

—Bueno, la tuya no ha sido una mala suposición, después de todo —admitió Song—. Pero los agujeros que vi no habían sido punzados. Habían sido corroídos.

Aguardó a que Lang protestara diciendo que el fondo del domo era tan químicamente inerte como cualquier otro plástico descubierto. Pero Lang había aprendido la lección. Y tenía talento para enfrentarse a los hechos.

—Bien. Así pues, tenemos una cosa que corroe el plástico. Y además parece estar hecha de plástico, por añadidura. ¿Alguna idea de por qué eligió este lugar en particular para crecer, y no otro?

—Tengo una idea al respecto —dijo McKillian—. He hecho algunos estudios en torno al domo para ver si la alteración del índice de humedad que hemos estado creando aquí ha podido tener algún efecto sobre las esporas del suelo. Llevamos nueve días aquí, exhalando vapor de agua, anhídrido carbónico, e incluso algo de oxígeno. No mucho, pero quizá más del que parece, considerando las pocas concentraciones que se encuentran naturalmente disponibles. Alteramos la biosfera. ¿Sabe alguien dónde era expelido el aire usado del domo?

Lang enarcó las cejas.

—Sí, era enviado bajo el domo. El aire que expelemos era caliente, así que se pensó que podía utilizarse una última vez antes de dejarlo libre, para calentar el suelo del domo y disminuir la pérdida de calor.

—Y el vapor de agua se condensaba debajo del domo cuando entraba en contacto con el aire frío. ¿Te das cuenta del esquema?

—Creo que sí —dijo Lang—. De todos modos, era tan poca agua...

Sabes que no deseábamos malgastarla; la condensábamos hasta que el aire que expelíamos estaba tan seco como un viejo hueso.

—Para la Tierra quizá sí. Aquí era una lluvia torrencial. Alcanzó las semillas o esporas del suelo y desencadenó su crecimiento. Vamos a tener que ir con mucho cuidado cuando utilicemos cualquier cosa que contenga plástico. ¿Qué incluye eso?

Lang gruñó.

—Todas las esclusas de las cámaras de aire, por una parte. —Hubo muecas de todos ellos ante aquel pensamiento—. Por otra parte, una buena proporción de nuestros trajes. Song, ve con cuidado, no camines sobre esa cosa. No sabemos lo poderosa que es o si es capaz de corroer el plástico de tus botas, pero será mejor que juguemos sobre seguro. ¿Qué opinas de esto, Ralston? ¿Crees que puedes descubrir hasta qué punto es peligroso?

—¿Quieres decir identificar el disolvente que utiliza esa cosa? Probablemente, si podemos habilitar algún espacio para trabajar y puedo recuperar mi equipo.

—Mary —dijo McKillian—, se me ocurre que será mejor que empecemos a buscar esporas aéreas. Si hay algunas, eso puede significar que la esclusa de entrada del *Podkayne* es vulnerable. Incluso a treinta metros por encima del suelo.

—De acuerdo. Ocúpate de eso. Puesto que dormiremos en el módulo hasta que descubramos qué podemos hacer en el suelo, será mejor que actuemos sobre seguro. Mientras tanto, dormiremos con los trajes puestos.

Hubo gruñidos impotentes ante aquello, pero no protestas. McKillian y Ralston se encaminaron hacia el montón de equipo recuperado, esperando poder utilizar el suficiente para empezar sus análisis. Song se arrodilló de nuevo y empezó a cavar en torno a una de las púas de diez centímetros.

Crawford siguió a Lang de vuelta al *Podkayne*.

—Mary, desearía... ¿Te importa que te llame Mary?

—Supongo que no. No creo que «comandante Lang» pueda aguantar cinco años. Sin embargo, preferiría que siguieras pensando en mí como comandante.

Él consideró la cuestión.

—De acuerdo, comandante Mary.

Ella le lanzó un puñetazo amistoso. Apenas lo había antes del desastre. Para ella había sido simplemente un nombre en una lista, y una espina clavada en la estimación del Cuerpo de Astronautas. Pero no había sentido ninguna animadversión personal hacia él, y ahora se daba cuenta de que empezaba a caerle bien.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—Oh, varias cosas. Pero quizá no me corresponda a mí ahora sobre el tapete. Antes que nada, desearía decir que si te sientes... preocupada, o dudosa, acerca de mi apoyo o lealtad, debido a que antes tomé el mando durante un rato..., pues...

—¿Sí?

—Sólo quería decirte que no tengo ambiciones en esa dirección — terminó débilmente.

Ella le dio una palmada en el hombro.

—Por supuesto, ya lo sé. Olvidas que he leído tu expediente. Menciona varios interesantes episodios sobre los que me gustaría que me hablaras algún día, de tu época de «aventurero»...

—Demonios, todo eso ha sido muy exagerado. Simplemente ocurrió que me vi metido en algunos líos y conseguí salirme de ellos.

—Sin embargo, fuiste elegido para esta misión por encima de centenares de solicitantes. La idea era que tú suponías una buena baza, un hombre de acción con experiencia probada en supervivencia. Y ha funcionado. No obstante, otra cosa que recuerdo de tu informe es que no eres un líder, y que eres un solitario que cooperará con un grupo y no planteará problemas de disciplina, pero que trabajas mejor solo. ¿Quieres volar en solitario?

Él le dirigió una sonrisa.

—No, gracias. Sin embargo, lo que has dicho es cierto. No tengo el menor deseo de tomar ninguna responsabilidad. Pero resulta que tengo algunos conocimientos que tal vez puedan ser útiles.

—Y los utilizaremos. Tú límitate a hablar. Estaré escuchando. —Empezó a decir algo, luego pensó en otra cosa distinta—. Dime, ¿qué opinas de que una mujer dirija este proyecto? He tenido que luchar constantemente por

abrirme camino desde mis días en las Fuerzas Aéreas. Así que si tienes alguna objeción que hacer puedes planteármela directamente.

Él se mostró genuinamente sorprendido.

—Supongo que no te habrás tomado en serio lo que he dicho. Será mejor que lo admita; era intencionado, como ese agujón eléctrico que mencionaste. Parecía como si necesitaras una buena patada en el culo.

—Gracias por ella. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Quien dirige, dirige —dijo él simplemente—. Te seguiré mientras te mantengas dirigiendo.

—¿Mientras sea en la dirección que tú desees? —Ella se echó a reír, y le dio un codazo en las costillas—. Te veo como mi gran visir, el hombre que mantiene los arcanos del conocimiento y aconseja al regente. Creo que tendré que vigilarte. Yo también sé un poco de historia.

Crawford no fue capaz de decir hasta qué punto ella hablaba en serio. Dejó el asunto a un lado con un alzamiento de hombros.

—De lo que realmente deseaba hablarte es de esto: dijiste que no podías hacer volar esta nave. Pero no eras tú misma; estabas deprimida y sintiéndote impotente. ¿Mantienes lo que dijiste?

—Lo mantengo. Sube y te mostraré por qué.

En la cabina del piloto, Crawford estuvo dispuesto a creerla. Como todas las máquinas volantes desde los días de la manga de aire y la carlinga abierta, aquélla era una loca confusión de diales, interruptores y luces, diseñados de modo que maravillaran a cualquiera que no supiera nada al respecto. Se sentó en el asiento del copiloto y la escuchó.

—Teníamos un piloto de reserva, por supuesto. Quizá te sorprenda saber que no era yo. Era Dorothy Cantrell, y está muerta. Sé para qué sirve casi todo lo que hay en este panel, y puedo manejarlo en su mayor parte muy fácilmente. Y lo que no sepa puedo aprenderlo. Algunos de los sistemas están computarizados; dales el programa correcto y ellos trabajarán por sí mismos, en el espacio.

Miró soñadoramente a los controles, y Crawford se dio cuenta de que, como Weinstein, a ella no le gustaba abandonar el placer del vuelo para dirigir un grupo de exploradores. Mary había sido anteriormente piloto de

pruebas, y sobre todas las cosas adoraba volar. Palmeó la hilera de controles manuales a su derecha. Había otros parecidos a su izquierda.

—Esto es lo que nos mataría, Crawford —dijo—. ¿Cuál es tu nombre de pila?... Matt. Matt, este bebé es un avión durante los primeros cuarenta mil metros. No tiene el combustible necesario para alcanzar la órbita sólo con sus chorros. Ahora las alas están dobladas. Probablemente no las has visto durante nuestra entrada, pero viste los modelos. Son muy ligeras, supercríticas, y diseñadas para esta atmósfera. Lou decía que era como hacer volar una bañera, pero vuela. Y se necesita habilidad, es casi un arte. Lou practicó durante tres años con los mejores simuladores que pudimos construir, y pese a todo tuvo que confiar en cosas que uno no puede aprender en un simulador. Y nos llevó abajo en una sola pieza con penas y trabajos. No nos dimos demasiada cuenta de ello, pero estuvimos terriblemente cerca de hacernos pedazos. Lou era joven; también lo era Cantrell. Ambos no hacían otra cosa que volar. Practicaban cada día; tenían un toque especial. Eran de lo mejor. —Se dejó caer en su asiento—. Yo no he volado en nada excepto aparatos de entrenamiento desde hace ocho años.

Crawford no sabía si era mejor dejarlo correr.

—Pero eras una de las mejores. Todo el mundo sabe eso. ¿Sigues creyendo que no puedes hacerlo?

Ella alzó las manos.

—¿Cómo puedo hacerte comprender? No se parece a nada en lo que yo haya volado nunca. Sería como... —Buscó una comparación, intentando aferrarla haciendo gestos en el aire—. Escucha. El hecho de que alguien pueda pilotar un biplano, quizá incluso ser el mejor piloto de biplanos de todos los tiempos, ¿significa que está cualificado para pilotar un helicóptero?

—No lo sé.

—No está cualificado. Créeme.

—De acuerdo. Pero sigue existiendo el hecho de que aquí en Marte tú eres lo más parecido a un piloto para el *Podkayne*. Creo que deberías considerar eso cuando decidas lo que debemos hacer.

Calló, temeroso de sonar como queriendo forzarla a algo.

Ella entrecerró los ojos y miró a nada en particular.

—He pensado en eso. —Aguardó un largo rato—. Creo que las posibilidades son de mil a una contra nosotros si intento hacer volar esto. Pero lo haré, si es nuestra única posibilidad. Y ése es tu trabajo; muéstrame otras posibilidades mejores. Si no lo consigues, házmelo saber.

Tres semanas más tarde, el Cañón Tharsis había sido transformado en un jardín de infancia lleno de juguetes. Crawford no encontraba una forma mejor de describirlo. Cada una de las púas de plástico había florecido en un fantástico molino de viento, y no había dos iguales. Algunos eran minúsculos, con las aspas paralelas al suelo y de no más de cien centímetros de alto. Había otros que parecían derricks hechos con puntales de plástico similares a telas de araña, que no hubieran parecido fuera de lugar en un campo petrolífero de Kansas. Algunos de ellos tenían cinco metros de altura. Poseían todos los colores y multitud de configuraciones, pero todos tenían aspas cubiertas con una película transparente parecida al celofán, y giraban como veletas multicolores en la áspera brisa marciana. Crawford pensó en una feria industrial construida por gnomos. Casi podía verlos afanándose entre las girantes ruedas.

Song había aislado uno de ellos de la mejor manera que había podido. Todavía seguía agitando incrédula la cabeza. No había podido desenterrar la larga y aislada raíz primaria, pero podía calcular hasta cuán profundo llegaba. Se extendía hacia abajo hasta la capa de permagel, a veinte metros de profundidad.

El terreno entre los molinos de viento estaba revestido con una resplandeciente capa de plástico. Aquélla era la segunda parte de la ingeniosa solución de las plantas para sobrevivir en Marte. Los molinos utilizaban la energía del viento, y el recubrimiento del suelo se componía de dos finas películas de plástico con un espacio entre ellas para que circulara el agua. El agua era calentada por el sol y luego bombeada hasta la capa de permagel, fundiendo un poco más cada vez.

—Pero sigue faltando todavía algo en nuestro esquema —les había dicho Song la noche anterior, cuando les transmitió en resumen lo que había descubierto—. Martin no ha sido capaz de encontrar un mecanismo que permita a esas cosas crecer ingiriendo arena y rocas y transformándolas en

materiales parecidos al plástico. Así que debemos asumir que hay una reserva de algo como petróleo en crudo ahí abajo, quizá helado junto con el agua.

—¿De dónde puede haber procedido? —había preguntado Lang.

—¿Habéis oído hablar de las teorías del largo período estacional marciano? Bueno, parte de ello es más que una teoría. La combinación de la inclinación polar marciana, el ciclo precesional y la excentricidad de la órbita producen estaciones que tienen aproximadamente doce mil años de duración. Nos hallamos en mitad del invierno, aunque aterrizamos en el «verano» nominal. Se ha teorizado que si existe alguna vida en Marte, tiene que estar adaptada a estos largos ciclos. Hiberna en esporas durante el ciclo frío, cuando el agua y el anhídrido carbónico se hielan en los polos, y luego brota cuando se funde el suficiente hielo para permitir los procesos biológicos. Parece que hemos engañado a esas plantas; creen que ha llegado el verano debido a que el vapor de agua en torno al campamento ha aumentado.

—¿Y qué hay acerca del crudo? —preguntó Ralston.

No creía por completo en parte del modelo que había ayudado a trazar. Él era un químico de laboratorio, especializado en compuestos inorgánicos. La forma en que aquellas plantas producían plásticos sin intervención de un gran calor, por medio de interacciones puramente catalíticas, lo había dejado confuso y a la defensiva. Deseaba que aquellos locos molinos de viento desaparecieran.

—Creo que puedo responder a eso —dijo McKillian—. Esos organismos sobreviven muy precariamente, incluso en las mejores condiciones. Los que lo consiguen no malgastan absolutamente nada. Es lógico pensar que cualquier depósito realmente antiguo de petróleo en crudo haya sido agotado en tan sólo unos cuantos de esos ciclos. Así que lo que estamos pensando que es petróleo en crudo debe de ser alguna otra cosa un poco diferente. Tiene que tratarse de los restos de la última generación.

—Pero ¿cómo pueden haber ido a parar tan profundamente esos restos? —preguntó Ralston—. Cabría esperar que estuvieran más arriba. Los vientos no pueden enterrarlos tan profundamente en sólo doce mil años.

—Tienes razón —convino McKillian—. Realmente, no lo sé. Pero tengo una teoría. Puesto que esas plantas no malgastan nada, ¿por qué no conservar

sus cuerpos cuando mueren? Brotan del suelo; ¿no es posible que puedan enterrarse profundamente cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles de nuevo? Dejan esporas tras ellas mientras se retiran, distribuyéndolas a todo lo largo del suelo. De esa forma, si las superiores resultan destruidas o son esterilizadas por los rayos ultravioletas, las que hay inmediatamente debajo podrán desarrollarse cuando vuelvan las condiciones correctas. Luego, cuando alcanzan la capa de permagel, se descomponen en el lodo orgánico que hemos postulado y..., bueno, es un poco complicado, ¿no?

—A mí me suena bien —le aseguró Lang—. Servirá como teoría de trabajo. Ahora, ¿qué hay acerca de las esporas aéreas?

Se hizo evidente que estaban a salvo de aquel peligro. En aquellos momentos había esporas en el aire, pero no eran peligrosas para los colonos. Las plantas atacaban únicamente algunas clases de plástico, y además tan sólo en algunos estadios de su vida. Puesto que aún estaban transformándose, era cuestión de seguir vigilando; pero las esclusas y los trajes estaban seguros. La tripulación pudo gozar del lujo de dormir sin sus trajes.

Había mucho trabajo que hacer. La mayor parte de tipo manual recaía en Crawford y, en cierta medida, en Lang. Permanecían juntos durante mucho tiempo. Los otros tres debían estar libres para proseguir sus investigaciones, puesto que habían decidido que solamente conociendo a la perfección su entorno podrían tener alguna posibilidad.

Crawford y Lang habían conseguido recuperar la mayor parte del domo. Trabajando con equipo de parcheo y láseres para cortar el resistente material, construyeron un domo mucho más pequeño. Lo erigieron en un saliente de roca desnuda, modificaron la salida de los gases para impedir la condensación en la parte de abajo del domo, y añadieron más dispositivos de seguridad. Ahora dormían en una zona presurizada en el interior del domo, y uno de ellos permanecía despierto de guardia durante todo el tiempo. En ejercicios de entrenamiento, llegaron a pasar de un sueño profundo a una integridad totalmente estanca en treinta segundos. No iban a dejarse sorprender de nuevo.

Crawford apartó los ojos de las piezas que giraban locamente en la granja de molinos de viento. Se hallaba con el resto de la tripulación, sentado en el

domo con el casco quitado. Eso era lo máximo que autorizaba Lang a todos, excepto en el atestado dormitorio. Song Sue Lee estaba en la radio, transmitiendo su informe a la *Edgar Rice Burroughs*. En su mano tenía uno de los módulos de bombeo que había seccionado de una de las plantas. Consistía en un conjunto de medio metro de diámetro de ocho hojas que giraban libremente sobre cojinetes de teflón. Bajo él había varios diminutos engranajes y la bomba en sí. La estaba haciendo girar lentamente mientras hablaba.

—Realmente no lo comprendo —estaba diciendo Crawford en voz baja a Lucy McKillian—. ¿Qué hay de revolucionario en esos pequeños molinos de viento?

—Es algo completamente nuevo —le contestó McKillian, también susurrando—. Piensa en ello. Allá en la Tierra, la naturaleza no ha inventado la rueda. A veces me he preguntado por qué no. Hay limitaciones, por supuesto, pero es una idea tan buena... Simplemente, piensa en lo que nosotros hemos hecho con ella. Sin embargo, todos los movimientos en la naturaleza se hallan confinados al arriba y abajo, adelante y atrás, adentro y afuera, o apretar y soltar. Nada en la Tierra gira y gira, a menos que nosotros lo construyamos. Piensa en ello.

Crawford lo hizo, y empezó a ver la novedad que representaba. Intentó en vano pensar en algún mecanismo en animales o plantas de origen terrestre que girara y se mantuviera girando constantemente. No pudo.

Song terminó su informe y tendió el micrófono a Lang. Antes de que ella pudiera empezar, Weinstein se puso al otro lado.

—Ha habido un cambio de planes aquí arriba —dijo, sin ningún preámbulo—. Espero que eso no represente una conmoción para vosotros. Si pensáis en ello, comprenderéis su lógica... Dentro de siete días regresamos a la Tierra.

No les sorprendió demasiado. La Burroughs les había entregado ya casi todo lo que le era posible en forma de datos y pertrechos. Había una última cápsula cargada lista para ser enviada; después de ella, su presencia allí no sería más que una frustración para ambos grupos. Había una gran ironía en el hecho de que dos naves tan poderosas estuvieran tan cerca la una de la otra y

tan impotentes de hacer nada concreto. La tripulación de la Burroughs se resentía de ello.

—Hemos vuelto a calcularlo todo basándonos en la masa más pequeña sin vosotros veinte y las seis toneladas de muestras que debíamos haber traído de vuelta. Utilizando el combustible que os hubiéramos enviado para el despegue, podemos seleccionar una órbita más rápida en dirección a Venus. La fecha de partida para esa órbita es dentro de siete días. Efectuaremos una cita orbital con una cápsula teledirigida llena de pertrechos con la cual no habíamos contado.

«Y además —se dijo Lang para sus adentros—, es mucho más dramático.» Caer en dirección al sol siguiendo una arriesgada órbita cometaria, con las despensas totalmente vacías, encaminándose hacia una cita orbital aleatoria...

—Me gustaría conocer vuestros comentarios —prosiguió Weinstein—. Esto no es absolutamente definitivo todavía.

Todos miraron a Lang. Se sintieron tranquilizados al verla tranquila e imperturbable.

—Creo que es la mejor idea. Una cosa; supongo que no habréis considerado que yo podría pilotar el *Podkayne*.

—No te lo tomes a mal, Mary —dijo suavemente Weinstein—, pero hemos descartado esa posibilidad. La gente de la Tierra estima que no podrías hacerlo. Han hecho algunos experimentos, escogiendo a pilotos realmente buenos y poniéndolos en los simuladores. No han conseguido superarlo, y creemos que tú tampoco podrías.

—No necesitas endulzarme. Lo sé tan bien como cualquier otro. Pero incluso una posibilidad de mil millones contra una es mejor que nada. Correré el riesgo si creen que Crawford tiene razón, que la supervivencia es al menos teóricamente posible.

Hubo una larga vacilación.

—Creo que es lo correcto. Pero..., Mary, voy a ser franco. No creo que sea posible. Deseo estar equivocado, pero no tengo esperanzas...

—Gracias, Winey, por tus animosas palabras. Siempre has sido excelente levantando la moral de una persona. Incidentalmente, esa otra misión, esa en

la que estabas dispuesto a bajar hasta aquí como un meteorito para salvar nuestros culos, ¿también ha sido dejada de lado?

La tripulación reunida a su alrededor sonrió, y Song lanzó una risita aguda. Weinstein no era el hombre más popular en Marte.

—Mary, ya te he hablado de eso —se quejó. Fue una queja suave, y lo más significativo de ella fue que no puso ninguna objeción a ser llamado por su apodo. Estaba siendo gentil con los condenados—. Estudiamos el asunto día y noche. Incluso conseguí el permiso de delegar temporalmente el mando. Pero las plaquetas que construyeron en la Tierra no resistieron la entrada. Era lo mejor que podíamos hacer. No podíamos arriesgar toda la misión en un intento que la gente de la Tierra no garantizaba.

—Lo sé. Te llamaré de nuevo mañana. —Cortó la comunicación y se sentó sobre sus talones—. Me pregunto: si las pruebas hechas por la Tierra sobre el papel higiénico no llegan a dar resultado, ¿qué hubiéramos...? —Agitó las manos en el aire—. ¿Qué estoy diciendo? Eso es mezquino. Winey no me cae bien, pero tiene razón. —Se puso en pie, con gesto de fastidio—. Vamos, muchachos, tenemos un montón de trabajo que hacer.

Llamaron a su colonia Nueva Ámsterdam, a causa de los molinos de viento. A las plantas marcianas las bautizaron tiovivos, aunque Crawford abogó durante mucho tiempo por el nombre de spinnaker.

Trabajaron durante todo el día e hicieron todo lo que pudieron por ignorar a la Burroughs sobre sus cabezas. Los mensajes en ambas direcciones eran cortos y lacónicos. Por inútil que pareciera ya la nave madre, sabían que iban a echarles de menos cuando se fueran. Por eso el día de la partida fue rígido y premeditadamente indiferente. Todo el mundo se fue a la cama horas antes de la hora estipulada.

Cuando estuvo seguro de que los demás estaban dormidos, Crawford abrió los ojos y miró a su alrededor en el oscuro dormitorio. No había nada de hogareño en él; estaban apelotonados los unos contra los otros en burdos camastros hechos con material aislante. Las instalaciones sanitarias se hallaban detrás de una endeble barrera contra una pared, y olían terriblemente. Pero ninguno de ellos habría aceptado dormir afuera en el domo, aunque Lang lo hubiera permitido.

La única luz procedía de los iluminados diales que se suponía que el elemento de guardia vigilaba durante toda la noche. No había nadie sentado frente a ellos. Crawford supuso que el vigilante se había ido a dormir. Eso hubiera debido irritarle, pero no tenía tiempo para ello. Tenía que ponerse su traje de presión, y agradeció la oportunidad de poder hacerlo discretamente. Empezó a vestirse furtivamente.

Como historiador, creía que no podía dejar pasar un momento así sin observarlo. Era una tontería, pero así son las cosas. Tenía que estar allí afuera, contemplarlo con sus propios ojos. No importaba si no vivía para poder contarlo nunca; debía registrarlo.

Alguien se sentó en el camastro situado junto al suyo. Crawford se inmovilizó, pero era demasiado tarde. Ella se frotó los ojos y miró a la oscuridad.

—¿Matt? —Bostezó—. ¿Qué... qué ocurre? ¿Hay algo...?

—Chisst. Voy a salir. Vuelve a dormirte, Song.

—Hum.

Se desperezó, se frotó fuertemente los ojos con los nudillos y se echó hacia atrás el pelo que cubría su rostro. Iba vestida con un mono de trabajo suelto, una prenda que necesitaba urgentemente un lavado, como todo el resto de sus ropas. Por un momento, mientras observaba su imprecisa silueta desperezarse y levantarse, Crawford olvidó la Burroughs. Obligó a su mente a dejar de pensar en la mujer.

—Voy contigo —dijo Song en voz baja.

—De acuerdo. Pero no despiertes a los demás.

De pie justo en la parte exterior de la compuerta de aire estaba Mary Lang. Se volvió hacia ellos cuando salieron, y no pareció sorprendida.

—¿Eres tú quien está de guardia? —le preguntó Crawford.

—Ajá. He quebrantado mis propias reglas. Pero vosotros dos habéis hecho lo mismo. Consideraos arrestados.

Se echó a reír y les hizo señas de que se reunieran con ella. Se cogieron del brazo y alzaron los ojos hacia el cielo.

—¿Cuánto tiempo falta? —preguntó Song, cuando hubo transcurrido un rato.

—Sólo unos cuantos minutos. Tranquila.

Crawford miró a Lang y creyó ver lágrimas en su rostro, pero no pudo asegurarlo en la oscuridad.

De pronto surgió una pequeña estrella nueva, más brillante que todas las demás, más brillante que Fobos. Mirarla directamente hacia que los ojos dolieran, pero ninguno de ellos apartó la vista. Era el reactor a fusión de la *Edgar Rice Burroughs*, encaminándose hacia el Sol, alejándose del largo invierno de Marte. Fue visible durante largos minutos, luego lanzó un último destello y desapareció. Aunque hacía calor en el domo, Crawford estaba temblando. Pasaron diez minutos antes de que ninguno de ellos se sintiera con ánimos de volver al dormitorio.

Se apiñaron en la esclusa de aire, cuidando de no mirarse al rostro los unos a los otros, mientras aguardaban el ciclo automático. La puerta interior se abrió y Lang avanzó... y retrocedió inmediatamente a la esclusa. Crawford tuvo un atisbo de Ralston y de Lucy McKillian; luego Mary cerró la compuerta.

—Hay personas que no tienen poesía en sus almas —dijo.

—O demasiada —apuntó Song con una risita.

—¿Os apetece dar un paseo por el domo conmigo? Quizá podamos discutir algunas formas de proporcionar a la gente un poco e intimidad.

La compuerta interior se abrió, y allí estaba McKillian, parpadeando ante la luz de la desnuda bombilla que iluminaba la esclusa mientras sujetaba su camisa ante ella con una mano.

—Pasad —dijo, dando un paso atrás—. Más vale que hablemos de esto.

Entraron, y McKillian encendió la luz y se sentó en su colchón. Ralston estaba parpadeando, apoltonado nerviosamente bajo su montón de mantas. Desde el día del reventón, siempre parecía tener frío.

Aunque había sido ella quien había solicitado la discusión, McKillian se quedó callada. Song y Crawford se sentaron en sus camastros, y finalmente, mientras el silencio se hacía cada vez más tenso, todos se quedaron mirando a Lang.

Ésta empezó a liberarse de su traje.

—Bien, creo que eso arregla las cosas. Me alegra oír todos vuestros

comentarios. Lucy, si esperas algún tipo de reprimenda, olvídalo. Lo primero que haremos mañana por la mañana será tomar medidas para conseguir un poco de intimidad para eso; pero, no importa lo que hagamos, vamos a tener que aceptar una cierta promiscuidad durante los próximos años. Creo que todos nosotros deberíamos relajarnos. ¿Alguna objeción?

Estaba a medias fuera de su traje cuando hizo una pausa para escuchar los comentarios. No hubo ninguno. Acabó de desnudarse por completo y tendió la mano hacia el conmutador de la luz.

—En cierto sentido, ya era hora —dijo, arrojando sus ropas a un rincón—. Lo único que podemos hacer con esas ropas es quemarlas. Todos oleremos un poco mejor. Song, es tu turno de guardia.

Apagó las luces, y se dejó caer pesadamente en su colchón.

Hubo mucho roce de ropas y mucho retorcerse durante los siguientes minutos, mientras todos se desembarazaban de sus ropas. Song rozó a Crawford en la oscuridad, y le pidió disculpas con voz murmurante. Luego todos se metieron en sus propios camastros. Pasaron varias tensas horas antes de que ninguno de ellos consiguiera dormirse.

La semana siguiente a la partida de la Burroughs fue de histérica reacción para todos los neoamsterdamicos. La atmósfera era forzada y falsa; una sensación de «comamos, bebamos y seamos felices» dominaba todo lo que hacían.

Construyeron un refugio aislado dentro del domo, sin decir en ningún momento en voz alta para qué lo estaban construyendo. Pero no dejó de tener su utilidad en ningún momento. El trabajo productivo se vio perjudicado cuando los cinco se dedicaron frenéticamente a hallar todas las permutaciones posibles entre tres mujeres y dos hombres. Se desarrollaron animosidades, florecieron durante unas cuantas horas, y luego se disolvieron en lloriqueantes reconciliaciones. Se agrupaban tres contra dos, dos contra uno, o incluso uno de ellos declaraba la guerra a los otros cuatro. Ralston y Song anunciaron su compromiso, que duró diez horas. Crawford estuvo a punto de llegar a las manos con Lang, ayudado por McKillian. McKillian renunció para siempre a los hombres y tuvo una breve y tempestuosa relación con Song. Luego Song descubrió a McKillian con Ralston, y Crawford se la

encontró entre sus brazos de rebote, sólo para ser apartado un poco más tarde por el propio Ralston.

Mary Lang dejó que las cosas se desarrollaran por sí mismas, interviniendo tan sólo cuando se ponían violentas. Ella tampoco se sentía inmunizada contra aquel frenesí, pero conseguía permanecer al margen la mayor parte de las veces. Iba al refugio con quien se lo pidiera, intentando no hacer favoritismos, y trataba suavemente de que sus compañeros volvieran al trabajo. Como le dijo a McKillian a finales de la semana:

—Al menos empezamos a conocernos los unos a los otros.

Las cosas fueron volviendo a su cauce, tal como Lang había sabido que ocurriría. Entraron en su segunda semana casi en la misma posición en que se hallaban cuando comenzaron: sin ninguna relación sentimental firmemente establecida. Pero se conocían los unos a los otros mucho mejor, se sentían relajados en la compañía íntima de cualquier otro, y estaban apoyados por un nuevo sentido de la camaradería. Eran lo más parecido a un auténtico equipo. Las rivalidades no habían muerto por completo, pero ya no dominaban la colonia. Lang les hizo trabajar más duramente que nunca, a fin de recuperar el tiempo perdido.

Crawford se perdió la mayor parte del trabajo interesante, puesto que estaba más dotado para los trabajos manuales, que parecían no tener fin. De modo que él y Lang tenían que saber de los nuevos descubrimientos en las reuniones nocturnas en el abrigo. No recordaba nada acerca del descubrimiento de ninguna forma de vida animal, de modo que cuando vio algo arrastrándose por entre el jardín de tiovivos, dejó caer todo lo que tenía en las manos y corrió hacia allí.

Se detuvo al borde del jardín, recordando la orden de Lang de no entrar en él a manos que fuera para recoger muestras. Observó durante un momento la cosa que se movía —¿un insecto?, ¿una tortuga?—, se convenció de que no podría ir muy lejos a su ritmo arrastrante, y se apresuró a buscar a Song.

—Tendréis que darle mi nombre —dijo mientras regresaban a toda prisa al jardín—. Estoy en mi derecho, ¿no? Yo lo he descubierto.

—Por supuesto —dijo Song, mirando hacia donde él señalaba—. Tú muéstrame esa maldita cosa y te immortalizaré.

La cosa tenía unos veinte centímetros de largo, era casi redonda, con forma de domo. Estaba recubierta por un caparazón duro.

—No sé qué hacer con él —admitió Song—. Si es el único, no me atrevo a diseccionarlo, y quizá ni siquiera debiera tocarlo.

—No te preocupes, hay otro detrás de ti.

Ahora que estaban buscándolas, descubrieron rápidamente cuatro de aquellas criaturas. Song sacó una bolsa para muestras de su bolsillo y la mantuvo abierta delante del animal. Éste se arrastró hasta meterse a medias en la bolsa, luego pareció pensar que había algo que no estaba bien allí. Se detuvo, pero Song le dio un empujón y lo acabó de meter en la bolsa. Alzó la bolsa para mirar por debajo, y se echó a reír maravillada.

—Ruedas —dijo—. Esa cosa se mueve sobre ruedas.

—No sé de dónde procede —les dijo Song al grupo aquella noche—. Ni siquiera puedo creer en ello. De todos modos, sería un espléndido juego educativo para un niño. Lo he desmontado en sus veinte o treinta piezas, las he vuelto a montar, y sigue moviéndose. Su caparazón es de poliestireno a prueba de impactos, con una capa de pintura no tóxica en el exterior...

—No es realmente poliestireno —la interrumpió Ralston.

—... y supongo que si recargamos con periodicidad sus baterías seguirá moviéndose eternamente. Y es casi de poliestireno, eso es lo que tú has dicho.

—¿Estás hablando en serio acerca de las baterías? —preguntó Lang.

—No estoy segura. Martín cree que hay un metabolismo químico en la parte superior del caparazón, que todavía no he explorado. Pero no puedo decir si está realmente vivo en el sentido que nosotros le damos a ese término. Quiero decir, ¿se mueve sobre ruedas! Tiene tres ruedas, adaptadas a la arena, y algo que es un cruce entre una transmisión de banda elástica y un muelle real. La energía está almacenada en un músculo retorcido y es liberada lentamente. No creo que pueda viajar más de cien metros. A menos que logre volver a retorcer el músculo, y no tengo la menor idea de cómo puede hacerlo.

—Suena muy especializado —dijo McKillian, pensativamente. Quizá debiéramos buscar el nicho que ocupan. Por la forma en que lo describes, no

puede funcionar sin la ayuda de un simbiote. Quizá fertilice las plantas, como las abejas, y las plantas le proporcionen, o él tome de ellas, la energía para darse cuerda. ¿Has visto algún mecanismo que ese bicho pueda utilizar para tomar energía de las aspas giratorias de los tiovivos?

—Eso es lo que pienso hacer por la mañana —dijo Song—. A menos que Mary nos autorice a echar una ojeada esta noche.

Lo dijo esperanzadamente, pero sin ninguna expectativa real. Mary Lang meneó la cabeza categóricamente.

—Eso tendrá que esperar. Hace *frío* ahí afuera, chica.

Una nueva exploración del girante jardín al día siguiente reveló varias nuevas especies, incluida otra cosa que tenía que ser un animal. Era una criatura voladora, del tamaño de una mosca de la fruta, que conseguía deslizarse de planta en planta cuando el viento descendía, gracias a la acción de un juego de palas rotatorias, como un autogiro.

Crawford y Lang permanecieron junto a los científicos mientras éstos efectuaban sus observaciones. No sentían ningún deseo de volver a la tarea que los había ocupado durante las últimas dos semanas: hacer que el *Podkayne* adoptara una posición horizontal sin sufrir ningún daño. El módulo había sido asegurado con cables estabilizadores poco después del aterrizaje, y en los planes se había tenido en cuenta la posibilidad de colocar la nave de costado en el caso de una tormenta de viento realmente fuerte. Pero los planes habían previsto una fuerza de veinte personas, trabajando durante todo un día con un complejo dispositivo de poleas y transmisiones. Era un trabajo lento, y no podía ser apresurado. Si la nave caía y perdía presión, no les quedaría ni la posibilidad de una plegaria.

Así que dieron la bienvenida a la oportunidad de acudir al jardín de las maravillas. El lugar era aún más maravilloso que la última vez que Crawford le había echado una mirada. Había gruesas lianas que Song aseguraba que transportaban agua, caliente y fría, y otros varios fluidos. Había más ejemplares de la variedad alta de derricks, haciendo que el lugar pareciera un campo petrolífero de color pastel.

Tuvieron pocos problemas en descubrir de dónde procedían los matthews. Encontraron docenas de excrecencias de veinte centímetros de diámetro en

los lados de los derricks más grandes. Evidentemente, crecían de ellos como tumores, y quedaban libres cuando se abrían. Para qué servían era otro asunto. Todo lo que pudieron descubrir fue que los matthews se limitaban a arrastrarse en línea recta hasta que su energía se agotaba. Si se les daba cuerda de nuevo, seguían avanzando. Había docenas de ellos yaciendo inmóviles sobre la arena en un radio de un centenar de metros del jardín.

Dos semanas de investigaciones no les permitieron saber más. Tuvieron que abandonar a los matthews por el momento, pues otro enigma surgido ante ellos exigió toda su atención.

Esta vez Crawford fue el último en enterarse. Fue llamado por radio, y encontró al grupo a cuatro patas, formando un círculo en torno a una excrescencia en el suelo del cementerio.

El cementerio, allí donde habían enterrado a sus quince compañeros muertos el día del desastre, había brotado a la vida a lo largo de la siguiente semana tras la partida de la Burroughs. Estaba separado del emplazamiento original del domo por trescientos metros de arena eólica. De modo que McKillian supuso que este segundo florecimiento de vida había sido causado por el agua contenida en los cuerpos de los muertos. Lo que no podían llegar a imaginar era por qué este lugar difería tan radicalmente del primero.

Había tiovivos en el segundo jardín, pero carecían de la variedad y desorden de los originales. Eran de un tamaño casi uniforme, aproximadamente cuatro metros de altura, y todos del mismo color, un púrpura oscuro. Habían bombeado agua durante dos semanas, luego se habían detenido. Cuando Song los examinó, informó que sus engranajes estaban helados, secos. Parecían haber perdido la facultad de segregar ese plástico que mantenía las estructuras fluidas y vivas. El agua en los conductos estaba helada. Aunque no quiso pronunciarse sobre el asunto, tuvo la seguridad de que estaban muertos. En su lugar había una segunda red de conducciones que se enrollaban en torno a los derricks y esparcían hojas transparentes de plástico a la luz del sol, calentando el agua que circulaba a su través. El agua seguía siendo bombeada, pero no por el ahora familiar sistema de molinos de viento. Espaciadas a lo largo de todas las conducciones había bombas de expansión-contracción con válvulas muy parecidas a las del

corazón humano.

La nueva maravilla era un simple detalle en medio de aquel complejo petroquímico viviente. Era una planta corta que se alzaba medio metro, para extender luego dos tallos paralelos al suelo. Y al extremo de cada tallo había un globo perfecto, uno de ellos gris, el otro azul. El azul era mucho más grande que el gris.

Crawford la contempló brevemente, luego se puso en cuclillas junto a los demás, preguntándose qué era toda aquella agitación. Todos parecían muy solemnes, casi asustados.

—¿Me habéis llamado para ver esto?

Lang alzó la vista hacia él, y algo en su rostro le hizo ponerse nervioso.

—Míralo, Matt. Míralo bien.

Eso hizo, sintiéndose estúpido, y preguntándose cuál era el chiste. Observó una mancha blanca cerca de la parte superior del globo más grande. Era estriada, como una bola de mármol translúcido con venas de material opaco en ella. Se dio cuenta de que parecía muy familiar, y sintió que el pelo de la nuca se le erizaba.

—Gira —dijo Lang suavemente—. Eso es lo que ha llamado la atención de Song. Vino aquí un día, y estaba en una posición distinta de la vez anterior.

—Déjame adivinar —dijo, con una calma mucho mayor de la que sentía realmente—. La pequeña gira en torno a la grande, ¿correcto?

—Correcto. Y además mantiene una cara vuelta a la grande, la cual da una vuelta cada veinticuatro horas. Además, tiene una inclinación axial de veintitrés grados.

—Es un... ¿cuál es la palabra? Planetario. Es un planetario de relojería.

Crawford tuvo que ponerse en pie y sacudir la cabeza a fin de aclararla.

—Es curioso —dijo Lang, suavemente—. Siempre pensé que sería algo llamativo, o al menos obvio. Un artefacto alienígena mezclado con huesos de los hombres de las cavernas, o una espacionave entrando en nuestro sistema. Creo que estaba pensando en términos de fragmentos de cerámica y bombas atómicas.

—Bien, todo eso suena más bien insignificante comparado con esto —

dijo Song—. ¿Os dais cuenta... de lo que estamos hablando aquí? ¿Evolución... o ingeniería? ¿Son las plantas mismas las que han hecho esto, o fueron diseñadas para hacerlo por quienes las construyeron? ¿Entendéis lo que quiero decir? Durante mucho tiempo me he sentido sorprendida por esas ruedas. Simplemente, no he conseguido llegar a creer que evolucionaron de forma natural.

—¿Qué quieres decir?

—Que creo que esas plantas que hemos estado viendo fueron diseñadas para ser lo que son. Están demasiado perfectamente adaptadas, son demasiado ingeniosas para haber aparecido como una mera respuesta al medio ambiente.

Sus ojos parecieron vagar; se puso en pie y miró hacia el valle por debajo de ellos. Era tan árido como cualquier otra cosa que pudieran imaginar: salientes de rocas rojas, amarillas y marrones, y peñascos caídos. Y delante de todo, los girantes colores de los tiovivos.

—Pero ¿por qué esto? —preguntó Crawford, señalando a la imposible planta-artefacto—. ¿Por qué un modelo de la Tierra y la Luna? ¿Y por qué precisamente aquí, en el cementerio?

—Porque éramos esperados —dijo Song, sin dejar de mirar hacia otro lado—. Debieron de observar la Tierra, durante la última estación veraniega. No sé, quizá incluso fueron hasta allí. Si lo hicieron, debieron de encontrar hombres y mujeres como nosotros, cazando y viviendo en cuevas. Encendiendo fuegos, utilizando mazas, puliendo puntas de flechas. Tú sabes más al respecto que yo, Matt.

—¿Quiénes son? —preguntó Ralston—. ¿Creéis que vamos a encontrarnos con marcianos? ¿Con gente? No sé cómo. No lo creo.

—Me temo que yo también soy escéptica —dijo Lang—. Sin duda tiene que haber alguna otra forma de explicar esto.

—¡No! No la hay. Oh, no gente como nosotros, por supuesto. Quizá los estemos contemplando en este mismo momento, girando como locos. — Todos ellos miraron intranquilos a los tiovivos—. Pero no creo que estén todavía aquí. Creo que vamos a presenciar, a lo largo de los próximos años, a esas plantas y esos animales incrementar su complejidad a medida que

construyen una biosfera y se preparan para la llegada de los constructores. Pensad en ello. Cuando llegue el verano, las condiciones van a ser muy distintas. La atmósfera será casi tan densa como la nuestra, con casi la misma presión parcial de oxígeno. Para entonces, a miles de años de distancia de ahora, esas primitivas formas habrán desaparecido. Estas cosas están adaptadas a una baja presión, a una ausencia de oxígeno, a una escasez de agua. Las posteriores serán adaptadas a un entorno mucho más parecido al nuestro. Y será entonces cuando veremos a los constructores, cuando el escenario haya sido construido adecuadamente.

Sonaba casi religioso cuando dijo eso.

Lang se puso en pie y sacudió el hombro de Song. Song volvió lentamente en sí y se dejó caer sentada, cegada todavía por su visión particular. Crawford tuvo un atisbo de aquella misma visión, y aquello lo asustó. Y un atisbo de algo más, algo que podía ser importante pero que no conseguía acabar de captar.

—¿No lo comprendéis? —prosiguió ella, más calmada ahora—. Es demasiado oportuno, una coincidencia demasiado grande. Esta cosa es como una... una lápida mortuoria, un monumento. Está creciendo precisamente aquí en el cementerio, de los cuerpos de nuestros amigos. ¿Podéis creer que se trata simplemente de una coincidencia?

Evidentemente, nadie podía. Pero al mismo tiempo Crawford no lograba ver ninguna razón por la cual las cosas tuvieran que haber ocurrido así.

Le costaba dejar el misterio para más adelante, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. No se sentían con ánimos para desenterrar aquella cosa, ni siquiera después de que otras cinco, idénticas, surgieran en el camposanto. Hubo un nuevo consenso entre ellos de dejar a las plantas y animales marcianos solos. Como ateos nerviosos, la mayor parte de ellos no creían en las teorías de Song, pero tenían la inquieta sensación de estar hollando lugares prohibidos cuando cruzaban los jardines. Inconscientemente, creían que era mejor dejarlos solos, no fuera que resultasen ser propiedad privada.

Durante seis meses, nada realmente nuevo brotó entre los tiovivos. Song no se mostró sorprendida. Dijo que aquello apoyaba su teoría de que esas

plantas eran únicamente los guardianes encargados de preparar el camino para la llegada de otras variedades menos resistentes y que respiraban aire. Calentarían el aire y traerían el agua más cerca de la superficie; luego, cuando su función hubiera terminado, desaparecerían.

Los tres científicos decidieron trasladar sus estudios a otros asuntos más importantes relativos a cubrir las necesidades inmediatas de la colonia. El material del domo estaba mostrando señales de debilidad a medida que los remiendos provisionales iban perdiendo consistencia, así que era preciso buscar urgentemente un nuevo hogar. Cada día se veían obligados a taponar pequeñas fugas, cada una de las cuales podía convertirse en un importante reventón.

El *Podkayne* había sido tendido en el suelo y, lamentablemente, empezado a desarmar. Aquél fue un mal día para Mary Lang, el peor desde el día del reventón. Lo veía como una necesidad, pero tenía la sensación de hacerle algo horrible a una orgullosa máquina volante. Durante toda una semana estuvo rumiando sobre aquello, desarrollando un terrible mal humor; era casi imposible acercarse a ella. Luego, de pronto, le pidió a Crawford que se reuniera con ella en el refugio privado. Era la primera vez que le pedía a alguien algo así. Permanecieron durante toda una hora el uno en brazos del otro, y Lang sollozó suavemente en el pecho de él. Crawford se sintió orgulloso de haber sido elegido para hacerle compañía cuando ella no pudo seguir manteniendo su dura y competente máscara de fortaleza. En cierto sentido, se necesitaba mucho valor para exponer de aquel modo su debilidad a la única persona de las cuatro que posiblemente podía presentarse como un rival a su liderazgo. No traicionó aquella confianza. Al fin y al cabo, era ella quien estaba confortándole a él.

A partir de aquel día, Lang se dedicó ferozmente a desmantelar el viejo *Podkayne*. Supervisó el desmontaje de los motores para proporcionar más espacio vital, y únicamente Crawford fue capaz de ver lo que le estaba costando. Vaciaron los tanques de combustible y almacenaron éste en todos los contenedores disponibles que pudieron encontrar. Más tarde podría resultarles útil para calefacción y para recargar baterías. Consiguieron convertir cajas de embalaje de plástico en contenedores de combustible

forrándolas interiormente con hojas del material de doble pared que utilizaban los tiovivos para calentar el agua. Se sentían nerviosos ante aquel vandalismo, pero no tenían otra elección. No dejaban de mirar nerviosamente al cementerio mientras arrancaban hojas de metro cuadrado de ese material.

Cuando terminaron disponían de un largo alojamiento cilíndrico, dividido en dos pequeños dormitorios, una sala comunitaria, y un taller-almacén-laboratorio en el antiguo depósito de combustible. Crawford y Lang pasaron la primera noche juntos en el «ático», la antigua cabina de mandos, la única habitación con ventanales.

Tendido allí, despierto sobre el burdo colchón, al lado de Mary Lang en el cálido aire, con la negra pierna de ella convertida en una angulosa línea de sombra que cruzaba su cuerpo; contemplando a través de la portilla las nítidas y fijas estrellas, sin nada hecho todavía acerca de los problemas de oxígeno, agua y alimento para los años por venir, y sin ninguna seguridad de sobrevivir a aquella noche en un planeta determinado a matarle..., Crawford se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz en su vida.

Exactamente ocho meses, día por día, después del desastre hicieron dos descubrimientos. Uno de ellos fue en el jardín de tiovivos, y tenía que ver con una nueva planta que mostraba lo que podían ser frutos. Se trataba de racimos de esferas blancas del tamaño de uvas, muy duras y notablemente pesadas. El segundo descubrimiento fue hecho por Lucy McKillian, y se refería a la ausencia de un acontecimiento que, hasta entonces, se había producido tan regularmente como la Luna llena.

—Estoy embarazada —anunció a los demás aquella noche, haciendo que Song dejara para otro día el examen de los frutos blancos.

No era inesperado; Lang lo había estado previendo desde la noche en que la Burroughs se fue. Pero no se había preocupado al respecto. Ahora había que decidir qué hacer.

—Temía que pudiera ocurrir —dijo Crawford—. ¿Qué vamos a hacer, Mary?

—¿Por qué no me dices lo que piensas? Eres un experto en supervivencia. Los bebés, en nuestra situación, ¿son una ventaja o una desventaja?

—Me temo que voy a tener que decir que son un problema. Lucy

necesitará alimento extra durante su embarazo, y después, y luego será una boca extra que habrá que alimentar. No podemos permitirnos un tal drenaje en nuestros recursos.

Lang no dijo nada, esperando la opinión de McKillian.

—Espera un momento. ¿Qué hay acerca de todo eso de los «colonos» que no has dejado de decirnos desde que quedamos varados aquí? ¿Quién ha oído hablar de una colonia sin niños? Si no crecemos, nos estancaremos, ¿no? Debemos tener niños.

Miró a uno y otro lado, de Lang hasta Crawford, su rostro expresando informúladas dudas.

—Nos hallamos en unas circunstancias especiales, Lucy —explicó Crawford—. Por supuesto, estaría completamente de acuerdo si nos halláramos en mejor situación. Pero ni siquiera podemos estar seguros de que podamos sobrevivir nosotros mismos, y mucho menos un niño. Quiero decir que no podemos permitirnos niños hasta que estemos establecidos.

—¿Tú deseas el niño, Lucy? —preguntó suavemente Lang.

McKillian no parecía saber lo que deseaba.

—No. Yo... Pero sí. Sí, creo que sí. —Los miró a todos, suplicándoles que comprendieran—. Entended, no he tenido ninguno, y nunca he planeado tenerlo. Tengo treinta y cuatro años, y nunca, nunca, lo he echado de menos. Siempre he deseado ir aquí y allá, y no puedes hacerlo con un bebé. Pero tampoco planeé nunca convertirme en un colono en Marte. Yo... Las cosas han cambiado, ¿no? Me he sentido tan deprimida... —Miró a su alrededor, y Song y Ralston estaban asintiendo aprobadoramente. Aliviada al comprobar que no era la única en sentir la opresión, prosiguió, más intensamente—: Creo que si tengo que pasar otro día como ayer, y como anteayer..., y como hoy, terminaré poniéndome a gritar. Parece tan inútil acumular toda esa información... ¿Para qué?

—Estoy de acuerdo con Lucy —dijo Ralston, sorprendentemente.

Crawford había creído que Ralston iba a ser el único inmune a la inevitable desesperación de los naufragos. Ralston en su laboratorio era la imagen viviente del desapego, de la persona que existía únicamente para observar.

—Yo también —dijo Lang, terminando la discusión. Les explicó sus razones—: Míralo de esta forma, Matt. No importa cuánto estiremos nuestras provisiones, no van a durarnos más allá de los próximos cuatro años. O encontramos una forma de procuramos lo que necesitamos a partir de lo que hay a nuestro alrededor, o todos vamos a morir. Y si encontramos una forma de hacer eso, ¿qué importará cuántos seamos entonces? Como máximo, esto acercará unas pocas semanas, o un mes, la fecha en que debemos convertirnos en autosuficientes.

—No lo había considerado desde ese punto de vista —admitió Crawford.

—Sin embargo, eso no es importante. Lo importante es lo que dijiste desde un principio, y me sorprende que no lo veas, Si somos una colonia, tenemos que expandirnos. Por definición. Historiador, ¿qué les ocurrió a las colonias que no se expandieron?

—No hurgues en la herida.

—Murieron. Sé lo suficiente para afirmarlo. Amigos, ya no somos intrépidos exploradores espaciales. No somos los hombres y mujeres especializados que se suponían que éramos. Nos guste o no, y sugiero que empiece a gustarnos, somos pioneros intentando vivir en un ambiente hostil. Las posibilidades en contra nuestra son muchas, y no estamos aquí para siempre; pero como ha dicho siempre Matt, lo mejor es que planifiquemos las cosas como si debiéramos sobrevivir eternamente. ¿Algún comentario?

No hubo ninguno, hasta que Song dijo, pensativamente:

—Me parece que un bebé entre nosotros alegraría las cosas. Dos bebés alegrarían las cosas doblemente. Creo que tengo ganas de seguir el ejemplo. Ven conmigo, Martin.

—Un momento, muchacha —dijo secamente Lang—. Si te quedas embarazada ahora, voy a verme obligada a ordenarte que abortes. Tenemos los medicamentos apropiados para ello, ya lo sabes.

—Eso es discriminación.

—Quizá sí. Pero el hecho de que seamos colonos no significa que debemos comportarnos como conejos. Una mujer embarazada deberá ser dispensada de los trabajos manuales al final de su embarazo, y no podemos permitirnos más de uno a la vez. Una vez Lucy tenga el suyo, entonces

plantea la cuestión de nuevo. Pero observa atentamente a Lucy, muchacha. ¿Has pensado realmente en todo lo que va a tener que soportar? ¿Has intentado imaginarla metiéndose en su traje de presión cuando esté de seis o siete meses?

Por sus expresiones, se hizo evidente que ni Song ni McKillian habían pensado en aquello.

—Muy bien —prosiguió Lang—. Eso representará un confinamiento literal para ella, aquí precisamente, en el *Podkayne*. A menos que podamos encontrar algo más adecuado para ella, lo cual dudo seriamente. ¿Sigues deseando seguir adelante, Lucy?

—¿Puedo disponer de algo de tiempo para pensar?

—Por supuesto. Tienes casi dos meses. Después de eso, los medicamentos no son seguros.

—Yo te aconsejaría que siguieras adelante —dijo Crawford—. Sé que mi opinión no significa nada una vez haya cerrado mi estúpida boca. Sé que me resulta muy fácil hablar; no voy a ser yo quien se vea implicado en ello. Pero la colonia necesita esto. Todos lo hemos sentido; la falta de una meta, de un estímulo que nos haga seguir adelante. Creo que lo encontraremos si tú sigues adelante con ello.

McKillian se golpeó pensativamente los dientes con la punta de un dedo.

—Tienes razón —dijo—. Tu opinión no significa nada. —Le palmeó alegremente la rodilla cuando lo vio enrojecer—. Incidentalmente, creo que el niño es tuyo. Y creo que voy a seguir adelante hasta el final.

El ático pareció haberse convertido en una prerrogativa incuestionada de Lang y Crawford. Simplemente, se convirtió en una costumbre, puesto que parecía haberse desarrollado una relación entre ellos, y ninguno de los demás se había quejado. Ninguna de las demás mujeres parecía sentirse afectada por esa situación. Y Lang dejaba las cosas así. Lo que ocurriera entre ellos tres no le importaba, siempre que se mostraran felices y no se presentaran problemas.

Lang estaba dejándose mecer en brazos de Crawford, intentando decidir si deseaba hacer de nuevo el amor, cuando se produjo una detonación en el *Podkayne*.

Desde la última emergencia no había dejado de pensar que ella había sido

en parte responsable de lo ocurrido por su tardanza en reaccionar. Esta vez estaba cruzando la puerta casi antes de que las reverberaciones hubieran desaparecido, dejando que Crawford se masajeara dolorido la pierna que le había pisado en su apresuramiento.

Llegó a tiempo de ver a McKillian y Ralston correr apresuradamente hacia el laboratorio de la parte de atrás de la nave. Había una luz roja destellando, pero vio de inmediato que no se trataba de lo peor; la luz de la presión seguía resplandeciendo verde. Era el detector de humos. Estaba saliendo humo del laboratorio.

Inspiró profundamente y se metió en él, sólo para chocar contra Ralston cuando salía arrastrando a Song. Excepto una expresión desconcertada y unos cuantos cortes, Song parecía estar perfectamente. Crawford y McKillian se les unieron mientras la tendían sobre uno de los camastros.

—Fue uno de los frutos —dijo Song, jadeando para recuperar el aliento y tosiendo—. Estaba calentándolo en un bocal, boca abajo, y estalló. Supongo que me aturdió. Lo siguiente que recuerdo es a Martin arrastrándome fuera. ¡Eh, tengo que volver allí! Hay otro... puede ser peligroso. Y los daños, tengo que comprobar...

Se debatió para alzarse, pero Lang la obligó a permanecer tendida.

—Tómatelo con calma. ¿Qué hay del otro?

—Lo puse en las mordazas, con la intención de perforarlo... Lo que no recuerdo es si llegué a conectar el taladro o no. Quería sacar una muestra de su núcleo. Será mejor que echéis una mirada. Si la taladradora llega a lo que hizo estallar al otro, puede que estalle también.

—Yo me encargo —dijo McKillian, volviéndose hacia el laboratorio.

—Tú te quedas aquí —ladró Lang—. Sabemos que no es lo bastante potente como para dañar la nave, pero podría matarte si te alcanza de lleno. Nos quedaremos aquí hasta que estalle. Al diablo con los daños. ¡Y cierra esa puerta, rápido!

Antes de que pudieran cerrarla oyeron un silbido, como el de una válvula de una olla a presión empezando a girar, y luego una rápida serie de sonidos metálicos. Una pequeña bola blanca cruzó la puerta y rebotó contra tres paredes. Se movió tan rápido que apenas pudieron seguirla con los ojos.

Alcanzó a Crawford en un brazo, luego cayó al suelo, donde rebotó también varias veces antes de inmovilizarse. El silbido murió, y Crawford la recogió. Era más ligera de lo que había sido antes. Había un orificio taladrado en uno de sus lados. El orificio estaba frío cuando lo tocó con los dedos. Sorprendido, creyendo que se había quemado, se llevó el dedo a la boca y se lo chupó con aire ausente durante mucho rato antes de darse cuenta de la verdad.

—Esos «frutos» están llenos de gas comprimido —dijo a los demás—. Tenemos que abrir otro, cuidadosamente esta vez. Casi temo pensar en el gas que creo que hay en su interior, pero estoy convencido de que todos nuestros problemas se han solucionado.

Cuando llegó la expedición de rescate, ya nadie la llamaba así. En el intervalo se había producido algo sin importancia, una larga y brutal guerra con el Imperio Palestino, y había surgido la creciente convicción de que los supervivientes de la primera expedición no habían tenido por supuesto ninguna posibilidad. No había habido tiempo para lujos tales como viajes espaciales más allá de la Luna ni miles de millones de dólares que invertir, mientras la política energética del mundo era debatida en los desiertos de Arabia con armas nucleares tácticas.

Cuando finalmente apareció la nave, ya no era una nave de la NASA. Estaba auspiciada por la reciente Agencia Espacial Internacional. Su tripulación procedía de todos los lugares de la Tierra. Su propulsión era nueva también, y mucho mejor que la anterior. Como siempre, la guerra le había dado a la investigación una patada en el trasero. Su misión era proseguir la exploración marciana allí donde la primera expedición la había dejado y, de paso, recuperar los restos de los veinte norteamericanos para devolverlos a la Tierra.

La nave descendió con un impresionante espectáculo de llamas y torbellinos de arena, a tres kilómetros de la Base Tharsis.

El capitán, un hindú llamado Singh, ordenó a su tripulación que empezara a erigir las edificaciones permanentes; luego subió a un tractor oruga con tres de sus oficiales para efectuar el viaje hasta Tharsis. Habían transcurrido casi exactamente doce años terrestres desde la partida de la *Edgar Rice*

Burroughs.

El *Podkayne* era apenas visible detrás de una red de lianas multicolores. Las lianas eran lo bastante densas como para frustrar los esfuerzos del grupo de rescate para atravesarlas y penetrar en la vieja nave. Pero las dos compuertas estancas estaban abiertas, y la arena había penetrado formando pequeñas olas más allá de la entrada. La popa del aparato estaba casi completamente enterrada.

Singh ordenó a su gente que se detuviera, y retrocedió unos pasos para admirar la complejidad de la vida en un lugar tan yermo. Había tiovivos de veinte metros de alto esparcidos a todo su alrededor, con aspas tan grandes como las alas de un avión de transporte.

—Tendremos que ir a buscar herramientas cortantes para liberar la nave —dijo a sus compañeros—. Probablemente estarán ahí dentro. ¡Vaya lugar! Creo que vamos a tener trabajo.

Caminó siguiendo el borde de aquella densa maleza, que ahora cubría varios kilómetros cuadrados. Llegó a una sección donde el color predominante era el púrpura. Era extrañamente distinta del resto del jardín. Se hallaba poblada por altos derricks, pero estaban como helados, inmóviles. Y cubriendo todos los derricks había una red translúcida de tiras de plástico de diez centímetros de ancho, lo bastante densa como para constituir una barrera impenetrable. Era como una tela de araña hecha de un material plano y delgado en vez de la fibrosa seda de la araña. Se proyectaba hacia afuera por entre todos los brazos entrecruzados de los tiovivos.

—¡Hola!, ¿pueden oírme ahora?

Singh se sobresaltó, luego dio media vuelta y miró a los tres oficiales. Parecían tan sorprendidos como él.

—¿Hola, hola, hola?... Esta frecuencia no da ningún resultado, Mary. ¿Quieres que pruebe otro canal?

—Esperen un momento. Puedo oírles. ¿Quiénes son ustedes?

—¡Eh, me ha oído! Aquí Song Sue Lee, y estoy directamente frente a usted. Si mira bien a través de la tela de araña, podrá verme. Agitaré los brazos. ¿Me ve?

Singh creyó percibir algo de movimiento cuando apretó el rostro contra la

translúcida tela de araña. La tela resistió el empuje de sus manos, echándole hacia atrás como un globo hinchado.

—Creo que la veo. —La enormidad de todo aquello apenas estaba empezando a alcanzarle. Controló tensamente su rostro mientras sus oficiales se apiñaban a su alrededor, y consiguió no tartamudear—. ¿Se encuentran ustedes bien? ¿Hay algo que podamos hacer?

Hubo una pausa.

—Bueno, ahora que lo menciona, podrían haber llegado cuando correspondía. Pero eso es agua pasada, supongo. Si tienen juguetes o algo así, sería estupendo. ¡Las historias que le he contado al pequeño Billy acerca de las cosas hermosas que iban a traerle ustedes! No va a haber forma de contenerle, se lo aseguro.

Todo aquello estaba escapándosele al capitán Singh de las manos.

—Señora Song, ¿cómo podemos llegar hasta usted?

—Oh, lo siento. Diríjense a su derecha unos diez metros, hasta que puedan ver un chorro de vapor escapándose de la red. Ahí, ¿lo ven?

Lo hicieron, y mientras miraban una sección de la tela de araña ésta se abrió y una oleada de aire cálido casi les azotó. El agua se condensó en sus visores, y de pronto casi dejaron de ver.

—¡Rápido, rápido, entren! ¡No podemos tener abierto mucho rato!

Entraron a tientas, arañando la escarcha de sus visores con las manos. La tela de araña se cerró tras ellos, y se encontraron de pie en el centro de una complicadísima red hecha con filamentos entrelazados del mismo material que la tela de araña. El manómetro de Singh señaló 30 milibares.

Se abrió otra sección, y la cruzaron. Tras pasar otras tres puertas, la temperatura y la presión alcanzaron unos índices muy parecidos a los de la Tierra. Se encontraron de pie junto a una menuda mujer de aspecto oriental, con una piel tan bronceada que casi parecía negra. No llevaba ropas, pero parecía adecuadamente vestida con una brillante sonrisa que creaba hoyuelos tanto en su boca como en sus ojos. Su pelo estaba veteado de gris. Debía de tener —Singh hizo una pausa para calcularlo— cuarenta y un años.

—Por aquí —dijo la mujer, señalando hacia un túnel formado por más bandas de plástico.

Dieron vueltas y más vueltas por un complicado laberinto, cruzando puertas que se abrían cuando se acercaban a ellas, obligándoles a veces a ponerse de rodillas cuando eran demasiado bajas. Oyeron el sonido de voces de niños.

Llegaron a lo que debía de ser el centro del laberinto, y se encontraron con las personas que todo el mundo suponía desaparecidas. Dieciocho en total. Los niños permanecían completamente inmóviles y miraban de modo solemne a los recién llegados, mientras que los otros cuatro adultos...

Los adultos permanecían de pie, separados los unos de los otros en aquella estancia, mientras pequeños helicópteros revoloteaban a su alrededor, envolviéndolos de la cabeza a los pies con tiras de tela de araña que los convertían en guirnaldas humanas.

—Naturalmente, dudo que hubiéramos podido hacer nada de esto sin la ayuda de los marcianos —estaba diciendo Mary Lang, desde su elevada posición sobre una cosa naranja que muy bien hubiera podido ser una seta venenosa—. Una vez comprendimos lo que estaba ocurriendo en el cementerio, no hubo necesidad de explorar formas alternativas de conseguir comida, agua y oxígeno. La necesidad no iba a presentarse nunca. Teníamos todo el suministro que necesitábamos.

Alzó los pies para dejar pasar a un grupo de tres asombradas mujeres de la nave de rescate. Les estaban dejando entrar en grupos de cinco cada hora. No se atrevían a abrir las compuertas exteriores más a menudo que eso, y Lang estaba preguntándose si no sería demasiado a menudo. El lugar estaba atestado, y los niños empezaban a ponerse nerviosos. Pero era mejor dejar que la tripulación satisficiera su curiosidad allí dentro, donde podía ser vigilada, que dejarla causar destrozos afuera.

El nido interno no tenía forma definida. Los neoamsterdamitas lo habían dejado casi de la misma forma en que los tiovivos lo habían construido, eliminando simplemente algún obstáculo aquí y allá para permitir a los seres humanos ir de un lado para otro. Era un laberinto de paredes diáfnas y de puntales de plástico, con transparentes conducciones de plástico cruzando hacia todos lados y acarreando fluidos de color azul pálido, rosa, dorado y vinoso. En algunas de las conducciones habían sido insertadas espitas

metálicas procedentes del *Podkayne*. McKillian se apresuró a llenar unos vasos para los visitantes, que deseaban probar la solución anticongelante compuesta en un cincuenta por ciento por etanol. Delicioso pensó el capitán Singh, vaciando su tercer vaso, y aquello era todo lo que podía comprender.

Tenía problemas en plantear las preguntas que deseaba formular, y se dio cuenta de que había bebido demasiado. El espíritu de celebración, la alegría de encontrar a aquella gente más allá de toda esperanza... Difícilmente podía uno mantenerse apartado de todo aquello. Pero rechazó un cuarto vaso, muy a su pesar.

—Puedo comprender la bebida —dijo cautelosamente—. El etanol es un compuesto simple y puede formar parte de muchas combinaciones químicas distintas. Pero resulta difícil creer que hayan sobrevivido comiendo la comida que estas plantas producían para ustedes.

—No cuando comprenda lo que es este cementerio y por qué se ha convertido en lo que se ha convertido —dijo Song. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, alimentando a su hijo pequeño, Ethan—. En primer lugar, tiene que comprender que todo lo que ve —prosiguió, haciendo un gesto con la mano hacia los metros de colgante escultura blanda, y casi logrando que Ethan perdiera el pezón— fue diseñado para contener a seres que no están más adaptados a este Marte de lo que lo estamos nosotros. Que necesitan calor, oxígeno a una presión más bien alta, y agua libre. Nada de todo ello se halla aquí ahora, pero puede ser creado mediante plantas adecuadamente diseñadas. Ellos crearon esas plantas para que se pusieran en acción a los primeros indicios de agua libre, y empezaran a construir lugares donde ellos pudieran vivir mientras aguardaban la llegada del pleno verano. Cuando eso ocurra, todo el planeta florecerá. Entonces podremos salir al exterior sin necesidad de llevar trajes o usar aerobayas.

—Sí, entiendo —dijo Singh—. Y es realmente maravilloso, incluso demasiado para creerlo.

Se distrajo por un momento, alzando la vista hacia el techo, donde las aerobayas, unas esferas blancas casi del tamaño de bolas de boliche, colgaban en racimos de las conducciones que les proporcionaban oxígeno a alta presión.

—Me gustaría ver ese proceso desde el principio —dijo—. Desde que se ponen sus trajes para salir al exterior, quiero decir.

—Nos estábamos vistiendo cuando ustedes llegaron aquí. El proceso requiere una media hora, por eso no pudimos salir a tiempo para acudir a su encuentro.

—¿Cuánto tiempo duran esos... trajes?

—Aproximadamente un día —dijo Crawford—. Uno tiene que destruirlos para salir de ellos. Las bandas de plástico no se cortan bien, pero hay otro animal especializado que corroe ese tipo de plástico. Es reciclado dentro del sistema. Si deseas vestirme, lo único que tienes que hacer es tomar un helipájaro, sujetarlo por la cola y luego lanzarlo. Empieza a girar en torno tuyo mientras vuela, y te enrolla con su secreción. Se necesita un poco de práctica, pero funciona. La materia que segrega se pega a sí misma, pero no a tu cuerpo. Así que te dejas envolver por varias capas, dejas que todas se vayan secando, luego conectas una aerobaya, y quedas hinchado y aislado.

—Maravilloso —dijo Singh, realmente impresionado. Había visto a los pequeños helipájaros tejer los trajes, y a los otros animales, parecidos a pequeñas babosas, corroerlos cuando los colonos ya no los necesitaban—. Pero sin algo similar a una válvula de escape no hubieran durado ustedes mucho. ¿Cómo consiguen eso?

—Utilizamos las válvulas respiratorias de nuestros antiguos trajes —dijo McKillian—. O bien las plantas que generan válvulas aún no han aparecido en el entorno, o bien no somos lo bastante listos para reconocerlas. Por otra parte, el aislamiento no es perfecto. Sólo salimos en los momentos más cálidos del día, y nuestras manos y pies tienden a enfriarse. Pero nos las arreglamos.

Singh se dio cuenta de que se habían alejado de su pregunta original.

—¿Y la comida? Seguramente es demasiado esperar que esos marcianos coman lo mismo que nosotros. ¿No lo creen así?

—Por supuesto, y hemos tenido suerte disponiendo de Martin Ralston a nuestro lado. Él no dejaba de decirnos que los frutos del cementerio eran comestibles para los seres humanos. Grasas, féculas, proteínas; todo ello idéntico a lo que llevamos nosotros en nuestro interior. La clave estaba en el

planetario, por supuesto.

Lang señaló hacia los globos gemelos en mitad de la habitación, todavía perfectamente sincronizados con el tiempo de la Tierra.

—Era una baliza. Lo comprendimos cuando vimos que crecía solamente en el cementerio. Pero ¿qué era lo que nos estaba diciendo? Teníamos la sensación de que quería dar a entender que éramos esperados. Song tuvo esa impresión desde el principio, y todos terminamos estando de acuerdo con ella. Pero sólo nos dimos cuenta de hasta qué punto todas las plantas estaban preparadas para nosotros cuando Martín empezó a analizar los frutos y los nutrientes del lugar.

»Escuchen, esos marcianos..., y puedo ver por su expresión que siguen sin creer realmente en ellos, pero terminarán haciéndolo si permanecen aquí el tiempo suficiente... esos marcianos saben de genética. Y saben a fondo. Poseemos un millar de teorías acerca de su aspecto, y no vamos a aburrirles con ellas todavía, pero eso es algo que sabemos. Pueden construir cualquier cosa que necesiten, confeccionar un modelo en ADN, encapsularlo en una espora y enterrarlo, sabiendo exactamente lo que saldrá de él dentro de cuarenta mil años. Cuando empieza a hacer frío aquí, y se dan cuenta de que el ciclo está llegando a su fin, siembran el planeta con las esporas y... hacen algo. Quizá mueren, o quizá tienen alguna otra forma de pasar el tiempo. Pero saben que volverán.

»No podemos decir desde cuándo se preparan para recibir nuestra visita. Quizá tan sólo en este ciclo; quizá desde hace veinte ciclos. Sea como fuere, en el último ciclo enterraron el tipo de esporas que producirían esos pequeños artilugios. —Tanteó la esfera azul que representaba la Tierra con la punta del pie—. Los programaron de modo que fueran activados solamente cuando se hallaran ante determinadas condiciones. Quizá sabían exactamente cuáles serían; quizá tan sólo prepararon un abanico de posibilidades. Song cree que nos visitaron, allá por la Edad de Piedra. En ciertos aspectos resulta más fácil de creer que la otra alternativa. De esa forma sabían nuestra estructura genética y qué tipo de comida necesitábamos, y cómo prepararse.

»Porque si no nos hubieran visitado, habrían preparado otras esporas. Esporas capaces de analizar nuevas proteínas y duplicarlas. Más que eso,

algunas de las plantas tendrían que ser capaces de copiar un determinado material genético si tropezaban con él. Echen una mirada a esa conducción que hay detrás de ustedes.

Singh se volvió y vio una conducción casi tan gruesa como su brazo. Era flexible, y en ella había una especie de hinchazón que pulsaba constantemente, expandiéndose y contrayéndose.

—Abran esa protuberancia y se sentirán asombrados por su semejanza a un corazón humano. De modo que ahí tenemos otro hecho significativo; este lugar empezó a desarrollarse con los tiovivos, pero más tarde se modificó por sí mismo y empezó a usar el sistema de bombeo del corazón humano, extrayéndolo de la información genética *tomada de los cuerpos de los hombres y mujeres que nosotros enterramos*.

Hizo una pausa para dejar que digirieran aquello, luego prosiguió con una sonrisa ligeramente soñadora:

—Lo mismo podemos decir respecto a la comida y la bebida. Ese licor que están bebiendo, por ejemplo. Es medianamente alcohólico, y sin duda eso es lo que habría sido si no hubieran existido los cadáveres. Pero el resto de él es muy parecido a la hemoglobina. En cierto modo, es una especie de sangre fermentada. Sangre humana.

Singh se alegró de haber rechazado el cuarto vaso. Uno de los miembros de su tripulación depositó discretamente su vaso a un lado.

—Nunca he comido carne humana —prosiguió Lang—, pero creo que sé cuál debe de ser su sabor. Esas lianas a su derecha, arrancamos la corteza y comemos la pulpa de su interior. Tiene buen sabor. Desearía poder cocerla, pero no tenemos nada con que hacer fuego, y no podemos correr el riesgo con la alta proporción de oxígeno existente, de todos modos.

Singh y todos los demás permanecieron en silencio durante un rato. El capitán se dio cuenta de que estaba empezando a creer realmente en los marcianos. La teoría parecía cubrir un montón de hechos que de otro modo resultaban inexplicables.

Mary Lang suspiró, se dio una palmada en los muslos, y se puso en pie. Como todos los demás, estaba desnuda, y parecía absolutamente cómoda de esa forma. Ninguno de ellos se había enfundado nada excepto un traje de

presión marciano desde hacía ocho años. Pasó la mano amorosamente por la tela de araña de la pared, la pared que les proporcionaba a ella, a sus compañeros colonos y a sus hijos protección contra el frío y el tenue aire desde hacía tanto tiempo. Singh se sintió impresionado por su natural familiaridad con lo que para él era un entorno sobrenatural. Parecía hallarse en su casa. No pudo imaginarla en ningún otro lugar.

Miró a los niños. Una niña de ocho años con unos ojos enormes estaba arrodillada a sus pies. Cuando sus ojos se posaron en ella, la niña le sonrió tentativamente Y cogió su manos.

—¿Has traído chicle? —preguntó.

Él le dirigió una sonrisa.

—No, cariño, pero puede que haya un poco en la nave.

Ella pareció satisfecha. Esperaría a experimentar las maravillas de la ciencia terrestre.

—Nuestras necesidades quedaron aseguradas —dijo Mary Lang suavemente—. Supimos que estaban acudiendo cuando alteraron sus planes para encajamos a nosotros en ellos. —Miró a Singh—. Hubiera ocurrido incluso sin el reventón y sin los enterramientos. También empezó a ocurrir lo mismo en tomo al *Podkayne*, desencadenado por nuestros desechos: orina, heces y todo lo demás. No sé si desde el punto de vista alimentario hubiera sabido tan bien, pero nos hubiera permitido igualmente subsistir.

Singh se puso en pie. Estaba emocionado, pero no se creía capaz de expresarlo adecuadamente. Por eso sonó casi brusco, muy poco educado.

—Supongo que se sentirán ansiosos de subir a la nave —dijo—. Van a sernos de una ayuda inapreciable. ¡Saben tanto de lo que hemos venido a descubrir! Y serán famosísimos cuando regresen a la Tierra. Sus sueldos atrasados deben de suponer ya una suma realmente fabulosa.

Hubo un silencio, que fue roto por la estentórea risa de Lang. Los demás se le unieron casi de inmediato, y los niños también, aunque no sabían de qué se estaban riendo, pero comprendían instintivamente y se alegraban de aquello que rompía la tensión.

—Lo siento, capitán. Eso no ha sido educado. Pero no pensamos volver.

Singh miró uno por uno a los adultos y no vio ningún rastro de duda. Y se

sintió ligeramente sorprendido al descubrir que aquella afirmación no le extrañaba en absoluto.

—No voy a tomar eso como una decisión definitiva —dijo—. Como saben muy bien, estaremos aquí durante seis meses. Si al final de ese período desean ustedes irse, recuerden que siguen siendo todavía ciudadanos del planeta Tierra.

—¿De veras? Tendrá que resumimos usted un poco la situación política que hay allí actualmente. Éramos ciudadanos de los Estados Unidos cuando partimos. Pero eso no importa. Ustedes no han venido aquí como conquistadores, aunque apreciamos el hecho de que hayan venido. Es bueno saber que no hemos sido olvidados.

Lo dijo con una seguridad absoluta, y los demás asintieron ante sus palabras. Singh se dio cuenta con cierta incomodidad de que la idea de una misión de rescate había muerto definitivamente apenas unos años después de la tragedia inicial. Él y su nave estaban allí únicamente para explorar.

Lang volvió a sentarse y palmeó el suelo en torno a ella, un suelo que estaba cubierto por una capa múltiple de aquella tela de araña estanca marciana, el tipo de tela de araña que solamente podía haber sido diseñada por seres de sangre caliente, que respiraban oxígeno y necesitaban agua para sobrevivir, seres que necesitaban protección para sus cuerpos hasta que surgiera el verano en todo su esplendor.

—Nos *gusta* estar aquí. Es un buen lugar para criar, educar y desarrollar una familia, no como la Tierra la última vez que estuve en ella. Y no puede ser mucho mejor ahora, inmediatamente después de otra guerra. Además, tampoco podemos irnos, ni siquiera aunque lo deseáramos.

Dirigió a Singh una resplandeciente sonrisa, y palmeó de nuevo el suelo.

—Los marcianos aparecerán de un momento a otro. Y deseamos darles las gracias por todo esto.

JEFFTY TIENE CINCO AÑOS

Harlan Ellison

Cuando yo tenía cinco años, había un niño con quien solía jugar: Jeffty. Su verdadero nombre era Jeff Kinzer, pero todos los que jugábamos con él le llamábamos Jeffty. Los dos teníamos cinco años y pasamos muy buenos ratos juntos.

Cuando yo tenía cinco años, un helado de chocolate Clark era tan grueso como una barra de Louisville. Tenía unos quince centímetros de longitud, y utilizaban verdadero chocolate para recubrirlo, y crujía de un modo muy agradable al morderlo por el centro; además, el papel en que lo envolvían olía a cosa fresca y buena cuando se lo pelaba sosteniendo el palo de modo que el helado no se derritiera en los dedos. Hoy, un helado de chocolate Clark es tan delgado como una tarjeta de crédito, y emplean algo artificial y de un sabor terriblemente malo en lugar del chocolate puro; el helado es blanco y esponjoso y cuesta quince o veinte centavos en lugar de la decente y correcta moneda de cinco centavos que costaba, y lo envuelven como para que uno crea que tiene el mismo tamaño que tenía hace veinte años, aunque no lo tiene; es delgado, de aspecto feo, gusto nauseabundo y no vale ni un centavo, cuanto mucho menos quince o veinte.

Cuando yo tenía esa edad, cinco años, fui enviado a casa de mi tía Patricia, en Buffalo, Nueva York, durante dos años. Mi padre estaba pasando «malos tiempos» y tía Patricia era muy hermosa y se había casado con un agente de Bolsa. Ellos se hicieron cargo de mí durante cinco años. A los siete años, regresé a casa y fui a ver a Jeffty para jugar con él.

Yo había cumplido siete. Jeffty seguía teniendo cinco. No observé ninguna diferencia en él. No lo sabía: yo tenía sólo siete años.

A esa edad, solía tumbarme boca abajo frente a nuestra radio Atwater

Kent y escuchaba. Había atado la antena de toma de tierra al radiador y me pasaba el tiempo allí, tumbado, con mis libros para colorear y mis Crayolas (cuando sólo había dieciséis colores en la caja grande), escuchando la red roja de la NBC: Jack Benny y el programa de *Saludos, Amos y Andy*, Edgar Bergen y Charlie McCarthy en el programa de *Chase y Sanborn, La Familia de un hombre. La primera noche*; la red azul de la NBC: *Ases fáciles*, el Programa de Jergens con Walter Winchell, *Información, por favor, Los días del Valle de la Muerte*; y, lo mejor de todo, la Red de la Mutualidad con la *Corneta Verde, El Llanero Solitario, El Hombre Enmascarado y Tranquilidad, por favor*. Hoy pongo en marcha la radio de mi coche y busco de un extremo a otro del dial; todo lo que oigo son orquestas de cien cuerdas, amas de casa frívolas y camioneros insípidos que discuten de sus pervertidas vidas sexuales con presentadores de voz arrogante, tonterías country y del Oeste y música rock tan estridente que me hace daño en los oídos.

Cuando tenía diez años, mi abuelo se murió de puro viejo y yo me convertí en un «chico problemático»; entonces, me enviaron a una escuela militar para que me «metieran en vereda».

Regresé a casa con catorce años. Jeffty seguía teniendo cinco años.

Cuando yo tenía catorce años de edad solía irme al cine los sábados por la tarde y una *matinée* costaba diez centavos y entonces se utilizaba mantequilla de la de verdad para hacer las palomitas de maíz, y podía estar seguro de ver una película del Oeste con Lash LaRue o Wild Bill Elliott como Red Ryder, con Bobby Blake como Castorcito, o Roy Rogers, o Johnny Mack Brown; una película de terror como *La Mansión de los Horrores*, con Rondo Hatton en el papel de estrangulador, o como *La mujer pantera*, o como *La Momia* o como *Me casé con una bruja*, con Fredric March y Verónica Lake; además de un episodio de un gran serial como *El Hombre Enmascarado*, con Victor Jory, o *Dick Tracy* o *Flash Gordon*; y tres cortometrajes de dibujos animados; uno de James Fitzpatrick; uno de Noticias Movietone; uno de cantantes y, si me quedaba hasta la noche, una de Bingo o Keno; y chicas atractivas gratis. Hoy voy al cine y veo a Clint Eastwood volándole la cabeza a la gente como si fueran melones maduros.

A los dieciocho, fui a la universidad. Jeffty seguía teniendo cinco años.

Yo regresaba a casa durante los veranos, para trabajar en la joyería de mi tío Joe. Jeffty no había cambiado. Ahora yo sabía que había algo diferente en él. Algo que no andaba bien, algo extraño. Jeffty seguía teniendo cinco años, ni un día más.

A los veintidós regresé a casa para quedarme definitivamente, y abrir una tienda de reparaciones de televisores Sony, la primera en la ciudad. Veía a Jeffty de vez en cuando. Tenía cinco años.

Las cosas han mejorado en muchos aspectos. La gente ya no se muere de algunas de las viejas enfermedades. Los coches son más veloces y le llevan a uno con mayor rapidez y por mejores carreteras al lugar al que uno quiere llegar. Las camisas son más blandas y sedosas. Tenemos libros de bolsillo, aunque cuestan tanto como costaba uno bien encuadernado. Cuando me estoy quedando sin dinero en el Banco, puedo vivir de las tarjetas de crédito hasta que las cosas se arreglan. Pero sigo creyendo que hemos perdido una gran cantidad de cosas buenas. ¿Sabía usted que ya no se puede comprar linóleo, sino sólo recubrimiento de vinilo para el suelo? Ya no quedan materiales como el hule; ya no volveremos a percibir ese olor especial y dulce que salía de la cocina de la abuela. Los muebles no se fabrican para que duren treinta años o más, porque llevaron a cabo una encuesta y descubrieron que, en los hogares jóvenes, les gustaba tirar los muebles y comprar bórax de colores nuevos cada siete años. Los discos no son gruesos y sólidos, como los antiguos, sino que ahora son delgados y hasta se pueden doblar... y eso no me parece bien. En los restaurantes no sirven la crema en jarras; sólo le dan a uno esa cosa artificial en pequeños tubos de plástico, y uno no consigue nunca que le sirvan un café con el color que debe tener. A todas partes donde uno vaya, todas las ciudades tienen el mismo aspecto, con locales para tomar hamburguesas y productos MacDonalld y 7-Onces y moteles y grandes centros comerciales. Puede que las cosas sean mejores, pero ¿por qué pienso siempre en el pasado?

Lo que quiero decir cuando hablo de los cinco años no es que Jeffty fuera un retrasado. No creo que se tratara de eso. Al contrario, es astuto como un zurriagazo para los cinco años; un niño muy inteligente, rápido, agudo y divertido.

Pero medía noventa centímetros de estatura, pequeño para su edad, y estaba perfectamente formado; no tenía la cabeza grande, ni ninguna mandíbula extraña ni nada de eso. Simplemente, un niño guapo, de aspecto normal para los cinco años. Excepto que, en realidad, tenía la misma edad que yo; o sea, veintidós.

Cuando hablaba, lo hacía con la temblorosa voz de soprano de un niño de cinco años; cuando caminaba, arrastraba los pies como un niño de cinco años; cuando le hablaba a uno, era acerca de las preocupaciones de un niño de cinco años..., tebeos, soldaditos de juguete; utilizaba un imperdible para sujetar una pieza de cartón rígido o la horquilla frontal de su bicicleta, de modo que el sonido que hiciera al darle al timbre fuese como el de una motora; y hacía preguntas como ¿por qué esa cosa hace eso de tal manera?, o ¿cómo es de alto, qué edad tiene? ¿Por qué la hierba es verde? ¿Qué aspecto tiene un elefante? A los veintidós años, tenía cinco.

Los padres de Jeffty eran una pareja más bien triste. Como yo seguía siendo amigo de Jeffty, le dejaban estar conmigo en la tienda, y a veces le llevaba a la feria del condado, o al minigolf o al cine, por lo que me encontré pasándome el tiempo con ellos. No es que me importaran mucho, porque siempre se sentían deprimidos. Pero supongo que tampoco se podía esperar gran cosa de los pobres diablos. Tenían a alguien extraño en su propia casa, a un niño que, en veintidós años, no había crecido más allá de los cinco, lo que les proporcionaba el tesoro de contemplar indefinidamente ese estado especial de la infancia, pero también les negaba el placer de ver crecer a su hijo hasta convertirse en un adulto normal.

Los cinco años son una época maravillosa de la vida para un niño... o «pueden» serlo si el niño se halla relativamente libre de la monstruosa bestialidad que se permite a otros niños. Es una época en la que los ojos permanecen muy abiertos y los modelos de comportamiento todavía no están fijados: una época en la que a uno todavía no se le ha martilleado para que lo acepte todo como inmutable e irreversible; una época en que parece que las manos no tienen nunca cosas suficientes que hacer y la mente cosas suficientes que aprender; en que el mundo es infinito y aparece lleno de color y de misterios. Los cinco años pertenecen a una época especial, antes de

adoptar la actitud interrogativa, insaciable, quijotesca del joven soñador que se pasa el tiempo en clase soñando despierto. Antes de retirar las temblorosas manos que lo quieren coger todo, tocarlo todo, palparlo todo, dejando las cosas donde están, sobre las mesas. Antes de que la gente empiece a decir «actúa como un niño de tu edad» y «crece» o «te estás comportando como un bebé». Es una época en la que el niño que actúa como un adolescente sigue siendo hermoso y sensible y se convierte en el preferido de todos. Una época de delicia, de maravilla, de inocencia.

Jeffty se había estancado en esa época, a los cinco años, quedándose, simplemente, así.

Pero para sus padres era una continua pesadilla de la que nadie podía sacarles, ni a gritos ni a bofetones —ningún asistente social, sacerdote, psicólogo infantil, ni maestros, amigos, curanderos, psiquiatras..., nadie—. Durante diecisiete años, su pena había pasado por diversas fases: de chochez paterna a inquietud, de inquietud a preocupación, de preocupación a temor, de temor a confusión, de confusión a cólera, de cólera a disgusto, de disgusto a un odio desnudo y, finalmente, de la más profunda aversión y repulsión a una estólida y depresiva aceptación.

John Kinzer, un jefe de equipo de la planta Balder Tool & Die, era un hombre de cincuenta años. Para todo el mundo, excepto para él, su vida transcurría espectacularmente uniforme. No era notable en modo alguno..., si se exceptúa el hecho de ser el padre de un niño de veintidós años que tenía cinco.

John Kinzer era un hombre pequeño, blando, sin ángulos marcados, con unos ojos pálidos que nunca parecían sostener mi mirada más de unos pocos segundos. Durante las conversaciones, se removía en su silla y parecía ver cosas en los rincones superiores de la habitación, cosas que nadie más podía ver..., o quería ver. Supongo que la palabra que mejor le cuadraba era la de «acosado»... Aquello en que se había convertido su vida, en algo acosado..., bueno, le cuadraba.

Leona Kinzer trataba con valentía de compensar la situación. Al margen de la hora a que la visitara, siempre intentaba que yo comiera algo. Y cuando Jeffty estaba en la casa, siempre estaba sobre él, intentando hacerle comer.

—Cariño, ¿quieres una naranja? ¿Una bonita naranja? ¿O una mandarina? Hay mandarinas. Podría pelarte una mandarina.

Pero, sin duda alguna, tenía tanto miedo, miedo de su propio hijo, que las ofertas de alimentos siempre las hacía con un tono débilmente siniestro.

Leona Kinzer había sido una mujer alta, pero los años la habían encorvado. Siempre parecía estar buscando alguna zona de pared empapelada o nicho de almacenamiento donde poder desvanecerse, adoptar alguna coloración protectora y ocultarse para siempre de la vista de los grandes ojos del niño, de modo que éste pudiera pasar cien veces al día junto a ella sin percatarse de su presencia, mientras ella permanecía allí, con la respiración contenida, invisible. Siempre llevaba un delantal atado a la cintura. Y tenía las manos enrojecidas de tanto limpiar. Como si al mantener el ambiente immaculadamente limpio pudiera pagar su pecado imaginario: haber dado a luz a aquella criatura tan extraña.

Ninguno de ellos veía mucho la televisión. Por lo general, la casa permanecía silenciosa, sin que se oyera siquiera el susurro sibilante del agua en las tuberías, el crujido de las vigas de madera asentándose, el zumbido del refrigerador. Terriblemente silenciosa, como si el tiempo la hubiera rodeado sin tocarla.

En cuanto a Jeffty, era inofensivo. Vivía en aquella atmósfera de pavor suavizado y soportaba la aversión, y, si la comprendía, nunca la hacía notar de modo alguno. Jugaba como lo hace un niño, y parecía feliz. Pero tenía que percibir, como un niño de cinco años percibe, lo extraño que era para sus padres.

Extraño. No, en realidad, no del todo así. Él «también» era humano, si es que era algo. Pero estaba desfasado, desincronizado con el mundo que le rodeaba, y resonaba ante una vibración distinta a la de sus padres. Los otros niños no jugaban con él. A medida que crecían y le sobrepasaban, le encontraban infantil al principio, después nada interesante y, finalmente, a medida que se aclaraban sus percepciones sobre la edad y el paso del tiempo, y veían que a él no le afectaba como a ellos, le miraban como algo aterrador. Hasta los más pequeños, los de su misma edad, que podían deambular por el vecindario, aprendían pronto a alejarse de él como un perro callejero cuando

un coche produce una explosión.

Así pues, yo seguía siendo su único amigo. Un amigo de muchos años. Cinco años. Veintidós años. Me gustaba; más de lo que puedo explicarme. Y nunca supe el porqué. Pero me gustaba, sin reserva alguna.

Pero como nos pasábamos el tiempo juntos, me encontré con que también me pasaba el tiempo con John y Leona Kinzer, en amable compañía. Las cenas, algunas tardes de los sábados, durante una hora o así, cuando acompañaba a Jeffty después de haberle llevado a ver alguna película. Ellos se sentían agradecidos, casi serviles. Yo les aliviaba de la embarazosa tarea de salir con él, de aparentar ante el mundo exterior que eran unos padres amorosos con un hijo perfectamente normal, feliz y atractivo. Y su gratitud se extendía hasta el punto de admitirme como huésped. Horrible; cada uno de los momentos de su depresión era horrible.

Sentía lástima por los pobres diablos, pero les despreciaba por su incapacidad para querer a Jeffty, que era, sobre todo, un niño merecedor de todo el cariño.

Nunca les revelé el secreto, ni siquiera durante las noches pasadas en su compañía, que eran terribles, en verdad, más allá de todo lo imaginable.

Podíamos estar sentados allí, en el oscurecido saloncito —siempre oscuro u oscureciéndose, como mantenido en la sombra para preservar lo que la luz pudiera revelar al mundo exterior a través de los iluminados ojos de la casa —, mirándonos en silencio los unos a los otros. Nunca sabían qué decirme.

—¿Cómo van las cosas por la planta? —yo le preguntaba a John Kinzer.

Él se encogía de hombros. Ni la conversación ni la vida le habían dotado de ninguna facilidad o gracia.

—Muy bien, estupendo —me contestaba al fin.

Y volvíamos a quedarnos sentados, en silencio.

—¿Te gustaría tomar un estupendo trozo de pastel de café? —me preguntaba Leona—. Lo acabo de hacer esta mañana.

O pastel de manzana verde. O leche con bollos caseros. O un budín amarronado que solía hacer.

—No, no, gracias, señora Kinzer. Jeffty y yo hemos tomado un par de bocadillos de queso cuando regresábamos a casa.

Y, una vez más, el silencio.

Entonces, cuando el silencio y la tensión de la situación se volvían insoportables, incluso para ellos (y quién sabe el tiempo de silencio total que reinaba entre ellos, cuando estaban solos, con aquella cosa de la que ya no hablaban nunca pendiente entre ambos), Leona Kinzer me decía:

—Creo que está durmiendo.

—No oigo la radio —añadía John Kinzer.

Así, siempre sucedía así, hasta que, amablemente, podía encontrar una excusa para marcharme con algún pretexto fútil. Sí, y todo habría continuado así, y todo continuó, cada vez, exactamente igual..., excepto una vez.

—Ya no sé qué hacer —dijo Leona, y empezó a llorar—. No hay cambio alguno. Ni un solo día de paz.

Su esposo se las arregló para levantarse de la vieja mecedora y dirigirse hacia ella. Se inclinó y trató de consolarla, pero por la poca gracia con que le tocaba el canoso cabello, quedó claro que se había anquilosado en él la capacidad de mostrarse compasivo.

—Chist, Leona. todo bien, chist...

Pero ella siguió llorando. Sus manos arañaron suavemente los pañitos de ganchillo colocados sobre los brazos del sillón. Entonces, dijo:

—A veces, desearía que hubiera nacido muerto.

John levantó la mirada hacia los rincones superiores del saloncito. ¿Buscaba las innombrables sombras que siempre le vigilaban? ¿Era a Dios a quien esperaba encontrar en aquellos espacios?

—No puedes hablar en serio —dijo, con suavidad, patético, urgiéndola con tensión física y con un temblor en la voz para que se retractara antes de que Dios se diera cuenta del terrible pensamiento que había expresado.

Pero ella sí que hablaba en serio. Muy en serio.

Yo me las arreglé para marcharme rápidamente aquella noche. No querían que hubiera ningún testigo de su vergüenza. Y me sentí contento de poder abandonar su casa.

Estuve una semana sin aparecer por allí. Una semana lejos de ellos, de Jeffty, de su calle, e incluso de aquella parte de la ciudad.

Yo tenía mi propia vida. La tienda, las cuentas, reuniones con

proveedores, póquer con los amigos, mujeres bonitas a las que llevaba a restaurantes bien iluminados, mis propios padres, poner anticongelante en el coche, quejarme a la lavandería porque echaban demasiado almidón en los cuellos y puños de las camisas, acudir al gimnasio, impuestos, atrapar a Jan o a David (fuera quien fuese) robando de la caja registradora. Sí, yo tenía mi propia vida.

Pero ni siquiera «aquella» tarde pude mantenerme apartado de Jeffty. Acudió a verme a la tienda y me pidió que le llevara a ver el rodeo. Lo acordamos como buenos amigos, del mejor modo posible que un joven de veintidós años con otros intereses «podía»... con un niño de cinco años. Nunca medité en lo que nos mantenía juntos; siempre pensé que se trataba, simplemente, de los años. Eso y el afecto por un niño que podría haber sido el hermano pequeño que nunca tuve. (Excepto, me *recordé* a mí mismo, cuando los dos tuvimos la misma edad; yo me acordaba de ese período, y Jeffty seguía siendo exactamente el mismo.)

Y entonces, un sábado por la tarde, acudí para llevarle a ver una película, y ciertos aspectos que debía haber observado muchas veces con anterioridad sólo empecé a observarlos aquella tarde.

Llegué a pie a casa de los Kinzer, esperando que Jeffty estuviera sentado en los escalones del porche frontal, o en la barandilla del porche, esperándome. Pero no se encontraba allí.

Entrar en aquella oscuridad y silencio, en pleno mayo y a la luz del sol, fue algo inconcebible. Me quedé en el pasillo de entrada y, llevándome las manos a la boca, a modo de bocina, grité:

—¿Jeffty? ¡Eh, Jeffty! Vamos, sal. Rápido. Se nos hará tarde.

Su voz me llegó débil, como si estuviera bajo el suelo.

—Aquí estoy, Donny.

Le oí, pero no pude verle. Era Jeffty, no cabía la menor duda: como Donald H. Horton, presidente y único propietario del Centro de Sonido y Televisión Horton, nadie me llamaba Donny, a excepción de Jeffty. Nunca me había llamado de otro modo.

(En realidad, lo que acabo de decir no es ninguna mentira. Por lo que respecta al público, yo soy el único propietario del centro. La sociedad con

mi tía Patricia es sólo para devolverle el préstamo que me hizo para completar el dinero que recibí cuando cumplí los veintiún años, y que mi abuelo me dejara cuando tuve diez. No fue un préstamo muy grande, sólo dieciocho mil, pero le pedí que fuera un socio silencioso amparándome en aquella época en que se hizo cargo de mí cuando yo era un niño.)

—¿Dónde estás, Jeffty?

—Bajo el porche, en mi lugar secreto.

Rodeé la parte lateral del porche, bajé y aparté la rejilla de mimbre. Allí, al fondo, sobre la tierra comprimida, Jeffty se había construido un lugar secreto. Tenía tebeos en cajones de naranjas, una pequeña mesita y algunas almohadas; la escena estaba iluminada por grandes velas de sebo, y solíamos escondernos allí cuando los dos teníamos... cinco años.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, mientras me arrastraba al interior y volvía a colocar la rejilla de mimbre en su sitio.

Hacía fresco bajo el porche y la tierra despedía un olor agradable, mientras que las velas olían a cobertizo cerrado y a algo familiar. Cualquier niño se hubiera sentido muy a gusto en un lugar secreto como aquél. Nunca ha existido un niño que no se haya pasado los momentos más felices, productivos y deliciosamente misteriosos de su vida en un lugar así.

—Jugando —me contestó.

Tenía algo dorado y redondo que llenaba la palma de su pequeña mano.

—¿Has olvidado que íbamos a ir al cine?

—No. Sólo te esperaba.

—¿Están tu madre y tu padre en casa?

—Mamá.

Comprendí entonces por qué me esperaba bajo el porche. En consecuencia, no seguí preguntando.

—¿Qué tienes ahí?

—La insignia del Descodificador Secreto del *Capitán Medianoche* —me contestó, mostrándomela en su palma plana.

Me di cuenta de que llevaba observándola desde hacía rato, sin comprender de qué se trataba. Entonces caí en la cuenta del milagro que Jeffty tenía en su mano. Un milagro que, simplemente, no podía existir.

—Jeffty —le dije con suavidad, con maravilloso asombro en mi voz—. ¿Dónde has conseguido eso?

—Ha llegado hoy por correo. Yo lo pedí.

—Tiene que haber costado mucho dinero.

—No mucho. Diez centavos y dos sellos interiores de dos jarras de Ovaltine.

—¿Me dejas verlo?

Mi voz temblaba, y la mano que extendí hacia él también. Me lo entregó y yo sostuve el milagro en la palma de mi mano. Era maravilloso.

¿Recuerdan? El *Capitán Medianoche* fue un programa de radio de amplitud nacional, emitido en 1940. Estaba patrocinado por Ovaltine. Y cada año emitían una insignia del *Escuadrón Secreto de Descodificación*. Y cada día, al final del programa, transmitían una clave para el programa del día siguiente, en un código que sólo los niños que tuvieran la insignia oficial podían descifrar. Dejaron de hacer aquellas maravillosas insignias descodificadoras en 1949. Recuerdo la que yo mismo tuve en 1945; era hermosa. La placa tenía una lente de aumento en el centro del dial del código. El *Capitán Medianoche* desapareció de antena en 1950, y aunque a mediados de los cincuenta se emitieron unas cortas series en televisión y se hicieron placas de descodificación en 1955 y en 1956, por lo que a las «verdaderas» se refería, no volvieron a fabricar ninguna después de 1949.

La placa de código 0 del *Capitán Medianoche* que tenía en mis manos, la que Jeffty afirmaba haber recibido por correo por sólo diez centavos (¡¡¡diez centavos!!!) y dos cupones de Ovaltine, era completamente nueva, de un brillante metal dorado, sin una muesca ni una mancha de óxido en ella, como las viejas que pueden encontrarse todavía a precios exorbitantes en tiendas de coleccionistas, y sólo de vez en cuando... aquello era un descodificador nuevo. Y la fecha que llevaba correspondía al año en que estábamos.

Pero el *Capitán Medianoche* ya no existía. En la radio no emitían nada parecido a aquel programa. Yo había oído una o dos flojas imitaciones de los viejos tiempos de la radio que reponían, y las historias resultaban aburridas, los efectos de sonido parecían suaves y todo daba la sensación de salir mal, de estar fuera de lugar. Sin embargo, yo tenía una placa de código 0 nueva en

mi mano.

—Jeffty, cuéntame cosas de esto —le pedí.

—¿Que te cuente qué, Donny? Es mi nueva placa descodificadora secreta del *Capitán Medianoche*. La utilizo para calcular lo que va a suceder mañana.

—¿Mañana? ¿Cómo?

—En el programa.

—¿Qué programa?

Se me quedó mirando con fijeza, como si yo tratara deliberadamente de hacerme el estúpido.

—¡El del *Capitán Medianoche*, chico!

Me comportaba como un tonto. Sin embargo, no pude comprenderlo de un modo directo, inmediato. Estaba allí, justo allí, y yo todavía no sabía lo que estaba sucediendo.

—¿Te refieres a uno de esos discos que hicieron del programa de radio de los viejos tiempos? ¿Es eso lo que quieres decir, Jeffty?

—¿Qué discos? —preguntó él.

No sabía a qué me estaba refiriendo yo.

Nos quedamos mirando fijamente el uno al otro, allí, bajo el porche. Y entonces, muy lentamente, casi con el temor de escuchar la respuesta, le pregunté:

—Jeffty ¿cómo escuchas el *Capitán Medianoche*?

—Lo escucho todos los días. En la radio. En mi radio. Todos los días a las cinco y media.

Noticias. Música idiota, y noticias. Eso era lo que emitían todos los días por la radio a las cinco y media. Y no el *Capitán Medianoche*. *El Escuadrón Secreto* no había salido a las ondas desde hacía veinte años.

—¿Lo podemos escuchar juntos esta tarde? —pregunté.

—¡Pero chico! —exclamó.

Me estaba comportando como un tonto. Lo supe por la forma en que lo dijo; pero no sabía el «porqué». Entonces se me ocurrió: era sábado. Y el *Capitán Medianoche* se transmitía de lunes a viernes. Ni en sábados ni en domingos.

—¿Vamos a ir al cine?

Tuvo que repetirme dos veces la pregunta. Yo tenía la mente en alguna otra parte. Nada concreto. Ninguna conclusión. Ninguna suposición descabellada en la que poder basarme. Simplemente en blanco, tratando de imaginarme algo, para llegar a la conclusión —la misma a la que usted, o cualquiera, habría llegado antes que aceptar la verdad evidente, la imposible y maravillosa verdad— de que tenía que haber alguna explicación bien sencilla que yo no percibía todavía. Algo mundano y aburrido, como el paso del tiempo que nos roba todo lo bueno, nos arranca las cosas antiguas y nos da chucherías inútiles a cambio. Y todo en nombre del progreso.

—¿Vamos a ir al cine, Donny?

—Puedes apostar a que sí, muchacho —le dije.

Y le sonreí. Y le entregué la placa del código 0. Y él se la metió en un bolsillo del pantalón. Y salimos a gatas de debajo del porche. Y fuimos al cine. Y ninguno de nosotros dijo nada del *Capitán Medianoche* durante el resto del día. Y ya no hubo ni siquiera diez minutos seguidos de todo el resto de aquel día en que yo no estuviera pensando en ello.

Tuve inventario durante toda la semana siguiente. No pude ver a Jeffty hasta bien entrada la tarde del jueves. Confieso que dejé la tienda en manos de Jan y David; les dije que debía hacer unos recados, y me marché pronto. A las cuatro de la tarde. Llegué a casa de los Kinzer con el tiempo justo: a las cinco menos cuarto. Leona me abrió la puerta. Parecía agotada y distante.

—¿Está Jeffty por ahí?

Me dijo que se encontraba arriba, en su habitación... escuchando la radio. Subí los escalones de dos en dos.

Muy bien, por fin había dado aquel salto imposible e ilógico. Si la cuestión de la credulidad hubiera implicado a cualquier otro individuo que no fuera Jeffty, niño o adulto, yo habría pensado respuestas más lógicas. Pero se trataba de Jeffty, otra clase de tipo de vida, y lo que él experimentara podría muy bien no encajar en el esquema ordenado.

Lo admito: «quise» escuchar lo que escuché.

Incluso con la puerta cerrada, oí el programa, y lo reconocí:

«¡Ahí va, Tennessee! ¡Cógele!»

Se escuchó el fuerte sonido de un disparo de rifle y, a continuación, la

misma voz gritó, triunfal: «¡Le he alcanzado! ¡Mue-e-e-r-to!»

Estaba oyendo la emisora American Broadcasting Company, por la banda de 790 kilociclos y el programa de *Tennessee Jed*, uno de mis favoritos de los años cuarenta, una aventura del Oeste que no había escuchado desde hacía veinte años, porque no había existido durante todo aquel tiempo.

Me senté en el escalón más alto, allí, en la escalera interior de la casa de los Kinzer, y escuché el programa. No era la reposición de un programa antiguo, porque había referencias ocasionales a avances culturales y tecnológicos actuales y frases que no solían utilizarse en los años cuarenta: aerosoles, tatuajes por láser. Tanzania, y ciertas palabras técnicas.

No pude ignorar el hecho. Jeffty estaba escuchando una parte «nueva» de *Tennessee Jed*.

Corrí escalera abajo, salí de la casa y me dirigí a mi coche. Leona debía de estar en la cocina. Giré la llave, apreté el botón de la radio y manejé el dial hasta localizar los 790 kilociclos. La emisora ABC transmitía música de rock.

Permanecí sentado allí durante unos minutos y, a continuación, fui buscando la emisora con lentitud, de un extremo a otro del cuadrante. Música, noticias, conversaciones, espectáculos. Nada de *Tennessee Jed*. Y era un Blaupunkt, la mejor radio del mercado. No pasé por alto ninguna emisora perimétrica. Simplemente, ¡no estaba allí!

Al cabo de unos momentos apagué la radio, cerré el contacto y regresé arriba, sereno. Volví a sentarme en el último escalón y escuché todo el resto del programa. Era «maravilloso».

Me sentía excitado, imaginativo, lleno de todo lo que recordaba como lo más innovador en los dramas radiofónicos de años antes. Pero era moderno. No se trataba de un programa antiguo vuelto a emitir para satisfacer las necesidades de ese pequeño oyente que ansiaba escuchar las cosas de los viejos tiempos. Era un programa nuevo, en el que aparecían todas las viejas cosas, pero que seguía siendo nuevo y brillante. Incluso los anuncios comerciales eran sobre productos que podían adquirirse actualmente, pero ni tan violentos ni tan insultantes como los gritos de anuncios que uno escucha en la radio de estos días.

Y cuando *Tennessee Jed* terminó, a las cinco de la tarde, oí a Jeffty

manejar el botón de su radio, hasta que escuché la familiar voz del presentador Glenn Riggs que proclamaba: «¡Presentando a Hop Harrigan! ¡El as norteamericano de las ondas del aire!». Se escuchó el sonido del vuelo de un avión; un avión de hélice, no a chorro. No era el sonido al que los chicos de hoy ya se han acostumbrado, sino el sonido al que yo me acostumbré, el verdadero sonido de un avión; el rugiente, revivificado y ronco sonido de la clase de aviones en que G-8 y sus Ases de Combate volaban, del tipo en que el Capitán Medianoche y Hop Harrigan se desplazaban. Y entonces escuché a Hop que decía: «CX-4 llamando a la torre de control, CX-4 llamando a la torre de control. ¡Listo para despegar!» Hubo una pausa y, a continuación, oí: «Está bien. Aquí Hop Harrison... ¡Adelante!»

Y Jeffty, que tenía el mismo problema que todos los niños de los años cuarenta tuvimos con la programación que emitía historias de héroes favoritos a la misma hora y en diferentes emisoras, tras haber presentado sus respetos a Hop Harrigan y Tank Tinker, giró el botón de la radio con toda rapidez y sintonizó la ABC, donde oí el sonido de un gong, la salvaje cacofonía del parloteo chino sin sentido y al presentador que gritaba: «¡T-e-e-rry y los piratas!».

Me quedé allí, sentado en el último escalón, escuchando a Terry y a Connie y a Flip Corkin y, que Dios me ayude, a Agnes Moorehead como la Dama del Dragón, todos ellos en una nueva aventura que se desarrollaba en una China Roja que no existía en los tiempos de la versión de Milton Caniff, de 1937, sobre el Oriente, con piratas fluviales y Chiang Kai-chek y los señores de la guerra y el ingenuo imperialismo de la diplomacia norteamericana de los barcos de guerra.

Permanecí sentado, escuchando todo el espectáculo, y aún me quedé sentado más tiempo para escuchar *Superman* y una parte de *Jack Armstrong, el chico norteamericano*, y otra parte de *Capitán Medianoche*; y John Kinzer regresó a casa y ni él ni Leona subieron la escalera para saber qué me había pasado o dónde se encontraba Jeffty, y yo aún estuve sentado allí más tiempo y descubrí que había empezado a llorar y que no podía contenerme. Simplemente, me quedé allí sentado, y dejé que las lágrimas resbalaran por mis mejillas y llegaran hasta las comisuras de mis labios. Sentado allí y

llorando, hasta que Jeffty me oyó, abrió su puerta y me vio. Entonces, se acercó a mí y me miró lleno de una gran confusión infantil mientras yo oía cómo la emisora conectaba con la Red de Mutualidades y comenzaban a transmitir el tema musical de *Tom Mix*, «Cuando ha llegado el buen tiempo a Texas y todo ha florecido». Jeffty me tocó en el hombro, sonrió, y me dijo:

—Hola. Donny. ¿Quieres entrar y escuchar la radio conmigo?

Hume negó la existencia de un espacio absoluto en el que cada cosa tiene su lugar; Borges negó la existencia de un solo tiempo en el que todos los acontecimientos están entrelazados.

Jeffty recibía programas de radio de un lugar que no podía existir, en buena lógica, dentro del esquema natural del universo espacio-tiempo, tal y como Einstein lo concibió. Pero no era eso todo lo que recibía. También recibía premios por correo: objetos que nadie fabricaba ya.

Leía tebeos que habían dejado de publicarse tres décadas antes. Veía películas con actores que habían muerto hacía veinte años. Era la terminal de recepción de innumerables juguetes y placeres del pasado que el mundo había ido dejando caer en su camino. En su vuelo suicida hacia Nuevos Mañanas, el mundo había saqueado su casa de los tesoros de simples cosas felices; había vertido cemento sobre sus terrenos de juegos, abandonado sus rezagados elementos mágicos, y todo eso, de un modo imposible, estaba siendo milagrosamente maniobrado hacia atrás, desde el presente, a través de Jeffty. Revivificado, puesto al día; con tradiciones mantenidas pero contemporáneas. Jeffty era el Aladino libre cuya propia naturaleza formaba la lámpara mágica de su realidad.

Y él me introdujo en su mundo.

Porque confiaba en mí.

Tomábamos un desayuno de trigo machacado cuáquero y bebíamos Ovaltine caliente de «ese» año en las tazas irrompibles de la huerfanita Annie, íbamos al cine, y mientras que todo el mundo veía una comedia protagonizada por Goldie Hawn y Ryan O'Neal, Jeffty y yo disfrutábamos de Humphrey Bogart, dando vida al ladrón profesional Parker en la brillante adaptación de John Huston de la novela de Donald Westlake *Tierra de asesinos*. El segundo protagonista era Spencer Tracy, acompañado por Carole

Lombard y Laird Cregar en la película producida por Val Lewton, *Leiningen contra las hormigas*.

Dos veces al mes, acudíamos al nuevo quiosco y comprábamos los números de *El Hombre Enmascarado*, *Doc Savage* e *Historias Asombrosas*. Entonces, nos sentábamos juntos y yo le leía las revistas. Le gustó, en particular, la nueva novela corta de Henry Kuttner *Los sueños de Aquiles*, y la nueva serie de Stanley G. Weinbaum de historias cortas situadas en el universo de partícula subatómica de Redurn. En septiembre, disfrutamos de la primera publicación de la nueva novela de Conan, escrita por Robert E. Howard, *La isla de los negros*, en «Weird Tales»; y en agosto nos sentimos suavemente desilusionados por la cuarta novela de *Edgar Rice Burroughs* perteneciente a la serie de «Júpiter». Pero el editor de «Historias Semanales» prometía que habría dos aventuras más en la serie, y eso fue una revelación tan inesperada para Jeffty y para mí que amortiguó nuestra desilusión por la calidad de la narración que acabábamos de leer.

Leíamos juntos los tebeos, y Jeffty y yo decidimos —por separado, antes de que ambos lo discutiéramos— que nuestros personajes favoritos eran Doll Man, Airboy y The Heap. También adorábamos las aventuras de George Carlson en los tebeos *Jingle Jangle*; sobre todo, las historias del Príncipe de Cara de Pastel del Viejo Pretzleburg, que leíamos juntos y que nos hacían reír, aun cuando tuve que explicarle a Jeffty algunos de los sutiles juegos de palabras, puesto que él era demasiado niño para comprender la sutileza de aquellas bromas.

¿Cómo explicarlo? Estudié suficiente Física en la universidad como para hacer algunas conjeturas sin pensármelas mucho, pero lo más probable es que esté equivocado. En ocasiones, se rompen las leyes de la conservación de la energía. Se trata de leyes que los físicos denominan «débilmente violadas». Quizá Jeffty era un catalizador para la débil violación de las leyes de la conservación que sólo ahora empezamos a darnos cuenta de que existen. Traté de leer algo sobre el tema —deterioro de la clase «prohibida»; deterioro gamma que no incluye el neutrino muon entre sus productos—, pero no descubrí nada; ni siquiera los últimos escritos del Instituto Suizo para la Investigación Nuclear, cerca de Zurich, pudieron darme una explicación de lo

que sucedía. Me vi arrojado hacia una vaga aceptación de la filosofía según la cual el verdadero nombre de la «ciencia» es «magia».

No había explicaciones, pero sí momentos muy buenos.

La época más feliz de mi vida.

Yo tenía el mundo «real», el mundo de mi tienda, de mis amigos y de mi familia; el mundo de los beneficios y las pérdidas; de los impuestos; de las noches con mujeres jóvenes que hablaban de ir de compras o de las Naciones Unidas; del coste creciente del café y de los hornos de microondas. Y tenía el mundo de Jeffty, en el que existía sólo cuando me encontraba junto a él. Las cosas del pasado que él conocía como algo fresco y nuevo, yo las experimentaba en su compañía. Y la membrana de separación entre los dos mundos se fue haciendo más tenue, más luminosa y transparente. Yo disfrutaba de lo mejor de ambos mundos. Y, de algún modo, sabía que no podía traspasar nada de uno al otro.

Al olvidarme de eso, sólo por un momento, al traicionar a Jeffty por olvidarlo, puse fin a todo.

El hecho de disfrutar tanto como yo disfrutaba me hizo llevar cada vez menos cuidado, y no llegué a considerar lo frágil que era la relación entre el mundo de Jeffty y mi propio mundo. He aquí una razón por la que el presente tiene envidia de la existencia del pasado. En realidad, yo nunca llegué a comprenderlo. En ninguno de los libros donde se muestra la lucha por la supervivencia en batallas entre la garra y el colmillo, entre el tentáculo y el saco de veneno, existe reconocimiento alguno de la ferocidad con que el presente se arroja siempre sobre el pasado. En ninguna parte se ofrece una detallada afirmación de qué forma miente el presente en espera de lo que sea, en espera de que eso se convierta en el aquí y el ahora para desgarrarlo con sus despiadadas mandíbulas.

¿Quién podría saber tal cosa... a cualquier edad, y desde luego no a la mía...? ¿Quién podría comprender tal cosa?

Trato de justificarme. Y no puedo. Fue error mío.

Era otro sábado por la tarde.

—¿Qué vamos a ver hoy? —le pregunté cuando nos dirigíamos hacia el centro de la ciudad en el coche.

Él me miró desde el otro extremo del asiento delantero y me sonrió.

—Ken Maynard en *La justicia del látigo* y *El hombre demolido*.

Siguió sonriendo como si realmente me hubiera engañado. Le miré con incredulidad.

—¡Es una broma! —le dije, encantado—. ¿*El hombre demolido*, de Bester?

Asintió con un gesto de cabeza, contento por el hecho de que yo también lo estuviera. Sabía que ése era uno de mis libros favoritos.

—¡Oh, estupendo!

—¡Estupendo, estupendo! —coreó él.

—¿Quiénes actúan?

—Franchot Tone, Evelyn Keyes. Lionel Barrymore y Elisha Cook, Jr.

Él tenía muchos más conocimientos de los que yo había tenido jamás sobre actores de cine. Podía citar a los intérpretes principales de cualquiera de las películas que había visto. Incluso de las escenas de multitudes.

—¿Y dibujos animados? —pregunté.

—Proyectan tres: una de la *Pequeña Lulú*, una del *Pato Donald* y otra de *Bugs Bunny*. Y una *Especialidad de Pete Smith* y una titulada *Los monos son la gente más loca*, de Lew Lehr.

—¡Vaya, muchacho! —dije, con una sonrisa de oreja a oreja.

Y entonces bajé la mirada y vi el talonario de órdenes de compra en el asiento. Se me había olvidado dejarlo en la tienda.

—Tengo que pasar por el Centro —dije—. Debo dejar algo. Sólo tardaré un momento.

—Muy bien —repuso Jeffty—. Pero no llegaremos tarde, ¿verdad?

—No te preocupes, muchacho —le tranquilicé.

Cuando entré en el aparcamiento situado detrás del Centro, él decidió acompañarme y estuvimos hablando del cine. No es una gran ciudad la nuestra, íbamos al Utopía, que sólo estaba a tres manzanas de distancia del Centro.

Entré en la tienda con el talonario de pedidos y la encontré llena. David y Jan estaban atendiendo cada uno a un cliente, y había otras personas de pie, en espera de ser atendidas. Jan me dirigió una mirada y la expresión de su

rostro era una máscara de ruego. David estaba corriendo del almacén a la sala de proyección y todo lo que pudo murmurar al pasar junto a mí fue:

—¡Socorro!

—Jeffty —dije, inclinándome hacia él—. Escucha, dame unos pocos minutos más. Jan y David tienen problemas con toda esta gente. Te prometo que no llegaremos tarde. Sólo déjame atender a un par de estos clientes.

Él pareció nervioso, pero asintió con un gesto.

—Siéntate un momento y en seguida estaré contigo.

Y le indiqué una silla.

Se dirigió hacia ella, portándose con gran amabilidad, aunque sabía lo que estaba sucediendo, y se sentó.

Empecé a ocuparme de los clientes que querían ver unos televisores en color. Era la primera remesa sustancial de unidades que habíamos conseguido —la televisión en color estaba alcanzando unos precios razonables y era la primera promoción de la Sony—, y una época estupenda para mí. Ya me imaginaba con el préstamo pagado y ponerme por primera vez a la cabeza con el Centro. Era un buen negocio.

En mi mundo, los buenos negocios tienen prioridad.

Jeffty se quedó allí sentado, con la mirada fija en la pared. Permítanme que les diga algo sobre esa pared.

Estaba cubierta de estanterías metálicas, desde el suelo hasta unos sesenta centímetros del techo. Los televisores en color se habían colocado artísticamente contra la pared. Un total de treinta y tres televisores. Todos ellos encendidos al mismo tiempo. En blanco y negro, en color, pequeños y grandes, todos funcionando al unísono.

Jeffty se sentó y contempló treinta y tres aparatos de televisión en la tarde de un sábado. Nosotros disponemos de un total de trece canales, incluidas las emisoras educativas en UHF. En un canal se retransmitía un campeonato de golf; béisbol en otro; juego de bolos en otro; un seminario religioso en el cuarto; en el quinto había un espectáculo de danza de niños pequeños; en el otro la reposición de una comedia; en el séptimo, una película policíaca; el octavo era un programa sobre la naturaleza en el que se mostraba a un hombre volando continuamente; en el noveno había noticias y conversación;

el décimo, una carrera de coches antiguos; en el undécimo, un hombre hacía unos logaritmos sobre una pizarra; el duodécimo mostraba a una mujer vestida con leotardos haciendo ejercicios; y en el canal decimotercero se proyectaban unos malos dibujos animados en castellano. Todos los espectáculos, excepto seis, se repetían en tres televisores. Jeffty se sentó y contempló aquella pared de televisión en la tarde de un sábado, mientras yo vendía con toda la rapidez y seguridad que podía para devolverle el préstamo a tía Patricia y para mantenerme en contacto con mi mundo. Era el negocio.

Debería haberme dado cuenta, haber comprendido lo del presente y la forma en que éste mata el pasado. Pero estaba vendiendo a manos llenas. Y cuando eché un vistazo hacia Jeffty, media hora después, él parecía haberse convertido en otro niño.

Sudaba. Con ese terrible sudor febril que le coge a uno cuando tiene gripe. Estaba pálido, tan pastoso y pálido como un gusano, y sus pequeñas manos se agarraban con fuerza a los brazos del sillón, tanto que yo veía el relieve de los nudillos a la perfección. Me apresuré a acercarme a él, disculpándome ante la pareja de edad media que miraba un nuevo modelo Mediterráneo de 21 pulgadas.

—¡Jeffty!

Él me miró, pero sus ojos no me distinguieron. Estaba absolutamente aterrorizado. Le arranqué del sillón y me dirigí con él hacia la puerta principal, pero los clientes a quienes había abandonado me gritaron.

—¡Eh! —dijo el hombre—. ¿Quiere usted venderme esto o no?

Yo miré a Jeffty, después al hombre y de nuevo a Jeffty, que parecía un zombie. Había llegado hasta donde yo le había llevado. Sus piernas parecían de goma y arrastraba los pies. Él pasado, que estaba siendo comido por el presente, el sonido de algo que sufría dolor.

Me saqué algún dinero del bolsillo del pantalón y lo apiloné en la mano de Jeffty.

—Muchacho..., escúchame... ¡vete ahora mismo de aquí!

Él seguía sin poder enfocar la mirada.

—¡Jeffty! —grité, tanto como pude—. ¡Escúchame!

La pareja de mediana edad caminaba hacia nosotros.

—Escucha, muchacho, márchate de aquí ahora mismo. Vete al Utopía y compra las entradas. Te seguiré en seguida.

La pareja de mediana edad estaba casi a nuestro lado. Empujé a Jeffty a través de la puerta y le vi alejarse, tambaleante, en la dirección equivocada. Entonces, se detuvo, como si se acordara de algo, y volvió sobre sus pasos, cruzando ante la tienda y tomando el camino correcto hacia el Utopía.

—Sí, señor —dije, enderezándome y volviéndome hacia ellos—. Sí, señora. Ése es un modelo estupendo con unas características sensoriales. Si quiere situarse aquí, donde estoy yo, podrá verlo mejor...

Oí un terrible sonido de algo que se rompía; pero no pude saber de qué canal ni de qué aparato procedió.

Me enteré más tarde de la mayor parte de lo sucedido, por la taquillera del cine y por algunas personas a las que conocí y que se me acercaron para contarme lo ocurrido. Cuando llegué al Utopía, unos veinte minutos después, Jeffty ya había sido golpeado hasta quedar convertido en una piltrafa, y llevado al despacho del director.

—¿Ha visto usted a un niño pequeño, de unos cinco años de edad, con grandes ojos pardos y cabello liso... que me esperaba?

—¡Oh! Creo que es el niño pequeño a quien han golpeado esos muchachos.

—¿Qué? ¿Dónde está ahora?

—Le han llevado al despacho del director. Nadie sabía quién era ni dónde encontrar a sus padres...

Una joven, con uniforme de acomodadora, le estaba colocando una toalla de papel húmedo en el rostro cuando llegué.

Le quité la toalla de papel y le ordené que saliera del despacho. Ella pareció sentirse insultada y me replicó algo brusca, pero se marchó. Me senté en el borde del sofá y traté de limpiarle la sangre que surgía de las laceraciones, sin abrir las heridas allí donde la sangre ya se había coagulado. Tenía los dos ojos hinchados. La boca estaba gravemente desgarrada. El cabello, manchado de sangre seca.

Se había puesto en la cola, detrás de dos chicos jóvenes. Empezaron a vender las entradas a las doce y media y la película empezaba a la una. Las

puertas no se abrieron hasta la una menos cuarto. Él había estado esperando y los chicos que tenía delante llevaban una radio portátil. Escuchaban el partido de fútbol. Jeffty quiso oír algún programa que sólo Dios sabe cuál sería, *Gran Estación Central, La Tierra Perdida...*, cualquiera.

Pidió si le podían prestar la radio para escuchar el programa un minuto, y todo fue como un intercambio comercial o algo así. Los chicos le dejaron la radio, tal vez impulsados por una especie de maliciosa cortesía que después les permitiera abusar de él y destrozarse al niño. Él había cambiado la emisora... y los chicos no pudieron volver a encontrar la que retransmitía el partido de fútbol. La radio había quedado apresada en una emisora que retransmitía un programa que ya no existía para nadie, excepto para Jeffty.

Le pegaron con todas sus fuerzas..., mientras todos los demás observaban.

Después, echaron a correr, alejándose de allí.

Yo le había dejado solo, le había abandonado para que luchara contra el presente, sin disponer de armas suficientes. Le había traicionado por la venta de un televisor de veintiuna pulgadas del modelo Mediterráneo. Por eso, su rostro era una amasijo de carne golpeada. Gimió algo inaudible y sollozó suavemente.

—Chist, todo va bien ahora, muchacho. Soy Donny. Estoy aquí. Te llevaré a casa y te pondrás bien.

Hubiera debido llevarle al hospital directamente. No sé por qué razón no lo hice. Tendría que haberlo hecho así. Debería haberlo hecho.

Cuando crucé la puerta, con él en brazos, John y Leona Kinzer se me quedaron mirando fijamente. No se movieron para cogerle ellos. Jeffty llevaba colgando uno de sus brazos. Estaba consciente, pero apenas. Ellos nos miraron, allí, en la semioscuridad de la tarde de un sábado, en el presente.

—Un par de chicos le golpearon en el cine —dije, al tiempo que le elevaba un poco en mis brazos y le extendía hacia adelante.

Ellos me observaron con fijeza, los dos, sin ninguna expresión en su mirada, sin hacer movimiento alguno.

—¡Por Jesucristo! —grité—. ¡Le han golpeado! ¡Es su hijo! ¿Ni siquiera quieren tocarle? ¿Qué clase de personas son ustedes?

Entonces, Leona empezó a moverse hacia mí, con gran lentitud. Permaneció frente a nosotros durante unos segundos y había un plomizo estoicismo en su rostro que era algo terrible de ver. Con él, estaba diciendo: «He estado en este lugar antes, muchas veces, y no puedo soportar el volver a estar, pero aquí estoy ahora».

Así es que le entregué a Jeffty. Que Dios me ayude, se lo entregué a ella. Y se lo llevó arriba, para lavarle la sangre y aliviarle el dolor.

John Kinzer y yo nos quedamos de pie, separados, en el oscuro saloncito de su casa, mirándonos fijamente. Él no tenía nada que decirme.

Pasé por su lado y me dejé caer en un sillón. Las piernas me temblaban.

Escuché el correr del agua en el baño, arriba.

Después de lo que pareció un largo rato. Leona bajó, enjugándose las manos en el delantal. Se sentó en el sofá y, al cabo de un momento, John se acomodó junto a ella. Entonces, escuché, arriba, el sonido de la música rock.

—¿Te gustaría tomar un trozo de pastel? —preguntó Leona.

No le contesté. Sólo escuchaba el sonido de aquella música. Música rock. En la radio. Sobre la mesita situada junto al sofá había una lámpara de mesa. Arrojaba una luz débil e inútil sobre el saloncito en penumbra. ¿Música rock del presente, en una radio, arriba? Empecé a decir algo y, entonces, lo «supe»...

Me levanté de un salto en el momento en que un terrible crujido hacía desaparecer el sonido de la música, y en que la lámpara de la mesita se debilitaba más, y más y vacilaba. Grité algo, no recuerdo el qué, y eché a correr escalera arriba.

Los padres de Jeffty no se movieron. Se quedaron allí, sentados, con las manos plegadas, en el mismo lugar en el que habían permanecido durante tantos años.

Me caí dos veces subiendo la escalera a toda velocidad.

Por la televisión no retransmiten muchas cosas capaces de despertar mi interés. Compré una enorme radio Philco en una tienda de segunda mano y sustituí todas las partes dañadas, utilizando los componentes originales de otras radios viejas que pude localizar y que aún funcionaban. No utilizo transistores, ni circuitos impresos. Esos componentes no funcionarían. A

veces, me he pasado horas y horas, sentado frente a ese receptor, manejando el botón de un lado a otro, con toda la lentitud que uno pueda imaginar, tanto que en ocasiones parecía como si la aguja no se moviera en absoluto.

Pero no puedo encontrar al *Capitán Medianoche*, ni *La Tierra Perdida*, ni *El Hombre Enmascarado*, ni *Tranquilidad*, por favor.

Así es que ella le quería un poco, todavía, después de todos aquellos años. No puedo odiarles: sólo querían volver a vivir en el presente. Y eso no es nada tan terrible.

Teniendo en cuenta todas las cosas, no deja de ser un mundo bueno. Es mucho mejor de lo que era, en muchos sentidos. La gente no muere de las viejas enfermedades. Ahora muere a causa de enfermedades nuevas; pero eso es el progreso, ¿verdad?

¿No es cierto?

Díganmelo.

Que alguien me lo diga, por favor.

LA NOCHE DEL TIGRE

Stephen King

Vi por primera vez al señor Legere cuando el circo pasó por Steubenville, pero entonces sólo hacía dos semanas que yo estaba en el espectáculo; él podría haber estado haciendo indefinidamente sus irregulares visitas. Nadie parecía querer hablar mucho del señor Legere, ni siquiera aquella última noche, cuando parecía que el mundo iba a terminar, la noche en que desapareció el señor Indrasil.

Pero si voy a contárselo desde el principio, debería empezar diciendo que soy Eddie Johnston, y que nací y fui educado en Sauk City. Fui allí a la escuela, conocí allí a mi primera chica, y trabajé en la tienda del señor Lillie durante algún tiempo después de terminar mis estudios en la escuela superior. De eso hace ya unos cuantos años... a veces me parece que más de los que me gustaría contar. No es que Sauk City sea un lugar tan malo; a algunas personas les encantan las noches veraniegas, calurosas y perezosas, para sentarse en el porche de casa, pero eso a mí me hace sentir la urgencia de hacer algo porque no puedo soportar el estar sentado durante demasiado tiempo en la misma silla. Así es que me despedí de la tienda y me uní al Espectáculo Circense norteamericano de tres pistas de Farnum y Williams. Lo hice en un momento de vértigo. Supongo que fue cuando las fanfarrias del circo nublaron mi buen juicio.

Me convertí en un mozo capaz de hacerlo todo: montar y desmontar las tiendas, extender aserrín, limpiar las jaulas y a veces hasta vender dulce de algodón cuando el encargado de este menester tenía que marcharse a buscar a Chips Baily, que tenía malaria y que en ocasiones tenía que alejarse a alguna parte para poder gritar a gusto. O sea que la mayor parte de las cosas que hacía las habrían hecho los chicos a cambio de unos pases libres como hacía

yo cuando era un muchacho. Pero los tiempos cambian. Y las cosas no son como eran.

Aquel caluroso verano atravesamos Illinois e Indiana y la gente acudió a ver el espectáculo y todo el mundo se sintió feliz. Todos excepto el señor Indrasil. Porque el señor Indrasil nunca se sentía feliz. Él era el domador de leones y tenía el mismo aspecto del Rodolfo Valentino que he visto en las películas antiguas. Era alto, con facciones finas y arrogantes y una gran mata de pelo negro. Y unos ojos extraños, locos, los ojos más locos que he visto jamás. Permanecía silencioso la mayor parte del tiempo; cuando el señor Indrasil pronunciaba dos sílabas seguidas, había dicho un sermón. Toda la gente del circo mantenía una distancia tanto mental como física con respecto a él, porque sus accesos de cólera eran legendarios. Se rumoreaba una historia sobre una taza de café derramada sobre sus manos después de una actuación particularmente difícil, y el asesinato de un joven mozo que se hubiera consumado de no apartar al señor Indrasil a tiempo. No sé nada de eso. Lo único que sé es que empecé a sentir más miedo ante él del que había sentido ante los fríos ojos del señor Edmont, el director de mi escuela superior, del señor Lillie, e incluso de mi propio padre, que era capaz de dar unos rapapolvos que le dejaban a uno temblando de vergüenza y consternación.

Cuando limpiaba las jaulas de los grandes felinos, las dejaba siempre inmaculadamente limpias. El recuerdo de las pocas veces que tuve que sufrir la cólera vituperativa del señor Indrasil seguía dándome fuerzas para deshacerme las rodillas limpiando.

En general, se trataba de sus ojos —grandes, oscuros y totalmente inexpresivos—. Los ojos y también la sensación de que un hombre capaz de controlar a siete vigilantes felinos en una pequeña jaula tenía que ser un poco salvaje él mismo.

Y las dos únicas cosas de las que sentía miedo eran el señor Legere y el único tigre del circo, una enorme bestia llamada Terror Verde.

Como ya he dicho, vi al señor Legere por primera vez en Steubenville, y él estaba mirando fijamente el interior de la jaula de Terror Verde, como si el tigre conociera todos los secretos de la vida y de la muerte.

Era un hombre flaco, moreno, tranquilo. Sus profundos y hundidos ojos tenían una expresión de dolor, y alimentaban la violencia en sus profundidades moteadas de verde, y siempre tenía las manos cruzadas a la espalda mientras contemplaba malhumoradamente al tigre.

Terror Verde era una bestia a la que no se podía dejar de mirar. Era un ejemplar enorme, hermoso, con un pelaje impecablemente listado, unos ojos de color esmeralda y unos pesados colmillos como clavos de marfil. Habitualmente, sus rugidos llenaban todo el recinto del circo —feroces, coléricos y extremadamente salvajes—. Parecía gritar su desafío y su frustración ante el mundo entero.

Chips Baily, que trabajaba con Farnum y Williams desde Dios sabía cuándo, me dijo que el señor Indrasil solía utilizar a Terror Verde en su actuación, hasta que una noche el tigre saltó repentinamente de su elevada posición y casi le arrancó la cabeza de los hombros antes de que él pudiera salir de la jaula. Observé entonces que el señor Indrasil siempre llevaba el pelo largo, tapándole la nuca.

Todavía puedo recordar la escena de aquel día, en Steubenville. Hacía calor, un sudoroso calor, y teníamos el circo lleno de una multitud en mangas de camisa. Fue ésa la razón por la que el señor Legere y el señor Indrasil salieron. El señor Legere, de pie y en silencio ante la jaula del tigre, iba completamente vestido con traje y chaleco, y en su rostro no aparecía el menor vestigio de sudor. El señor Indrasil, con una de sus hermosas camisas de seda y unos pantalones blancos de tralla, les estaba contemplando a los dos, con el rostro mortalmente blanco, con los ojos abultados en una expresión de cólera lunática, de odio y de miedo. Llevaba un peine y un cepillo para limpiar caballerías, y sus manos temblaban al cerrarse espasmódicamente sobre ellas.

De repente, me vio y su cólera encontró alguien sobre quien descargar.

—¡Tú! —me gritó—. ¡Johnston!

—¿Sí, señor? —dije, sintiendo cómo algo se me arrastraba por la boca del estómago.

Sabía que estaba a punto de ver descargada sobre mí la Cólera de Indrasil y el solo pensamiento me hizo sentirme débil de temor. Me gusta pensar que

soy tan valiente como el que más, y de haberse tratado de cualquier otra persona, creo que me habría sentido completamente decidido a resistir por mí mismo. Pero no se trataba de cualquiera. Se trataba del señor Indrasil, y la mirada de sus ojos era la de un loco.

—Esas jaulas, Johnston. ¿Se supone que están limpias? —preguntó, señalando con un dedo cuya dirección seguí.

Vi cuatro briznas sueltas de paja y un incriminante pequeño charco de agua de riego en el rincón de una de ellas.

—S-sí, señor —dije.

Y lo que tenía intención de que fuese firmeza se convirtió en un parálítico envalentonamiento.

Silencio, como la pausa eléctrica inmediatamente antes del chaparrón. La gente empezaba a mirar y me di cuenta confusamente de que el señor Legere estaba mirándonos con sus hundidos ojos.

—¿Sí, señor? —retumbó de repente el señor Indrasil—. ¿Sí, señor? ¿Sí, señor? ¡No insultes mi inteligencia! ¿O acaso crees que estoy ciego? ¿Que no puedo *oler*? ¿Has utilizado el desinfectante?

—Utilicé el desinfectante y...

—¡No me repliques! —rechinó, y la repentina caída del tono de su voz hizo que se me pusiera la piel de gallina—. No te *atrevas* nunca a replicarme.

Ahora, todos nos estaban mirando y yo tenía ganas de vomitar, de morirme allí mismo.

—Y ahora te vas a ese condenado cobertizo de herramientas y coges el desinfectante y friegas con estropajo y a fondo esas jaulas —susurró, midiendo cada una de sus palabras y, de repente, una mano se extendió hacia mí y me agarró con fuerza por un hombro—. Y no vuelvas a replicarme nunca, nunca más.

No sé de dónde surgieron las palabras, pero de pronto me las encontré allí, surgiendo de mis labios.

—No le he replicado, señor Indrasil, y no me gusta que usted diga que lo he hecho. Yo... me siento ofendido. Y ahora déjeme.

Su rostro se puso bruscamente rojo y después blanco y a continuación casi adoptó el color del azafrán, lleno de ira. Sus ojos abrasaban como el

infierno.

En aquellos instantes pensé que me iba a morir.

El produjo un inarticulado sonido gangoso y el agarrón sobre mi hombro se hizo atroz. Su mano derecha se levantó... arriba... arriba... arriba, y después descendió con una velocidad inconcebible.

Si aquella mano me hubiera alcanzado, en el mejor de los casos me habría dejado sin sentido. En el peor de los casos, me habría roto el cuello.

Pero no me alcanzó.

Otra mano surgió mágicamente del espacio, justo frente a mí. Las dos tensas extremidades chocaron produciendo un golpe ruidoso. Era el señor Legere.

—Deje al chico en paz —dijo, sin emoción alguna.

El señor Indrasil se lo quedó mirando fijamente durante un largo segundo, y creo que en toda aquella escena no hubo nada tan desagradable como contemplar el temor al señor Legere y el loco deseo de hacer daño (¡o de matar!) mezclados en aquellos terribles ojos.

Después, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Yo me volví hacia el señor Legere.

—Gracias —le dije.

—No me lo agradezcas.

Y aquello no fue un «no *me* lo agradezcas», sino un «no me lo agradezcas». No hubo ni un solo atisbo de modestia, sino una orden literal. Invasado por una repentina ráfaga de intuición —de empatía si ustedes quieren—, comprendí exactamente lo que él quería decir con aquel comentario. Yo no era más que un peón en medio de lo que debía de haber sido una larga lucha entre ellos dos. Había sido capturado por Legere antes que por Indrasil. Él había detenido la acción del domador no porque sintiera nada por mí, sino porque le permitía ganar una ventaja, por muy ligera que fuese, en su guerra privada.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté, sin sentirme ofendido en absoluto por las conclusiones a las que había llegado, porque, después de todo, él había sido honrado conmigo.

—Legere —me contestó con brusquedad, volviéndose, dispuesto a

marcharse.

—¿Está usted con el circo? —volví a preguntar, deseando no dejarle marchar tan fácilmente—. Parecía usted... conocerle.

Una débil sonrisa apareció en sus finos labios y una expresión cálida revoloteó en sus ojos por un momento.

—No. Puedes llamarme policía.

Y antes de que pudiera decirle nada, había desaparecido por entre la gente que se había ido congregando.

Al día siguiente, lo recogimos todo y seguimos nuestro camino.

Volví a ver al señor Legere en Danville y, dos semanas más tarde, en Chicago. Mientras tanto, intenté evitar en todo lo posible al señor Indrasil y mantuve las jaulas inmaculadamente limpias. El día antes de partir con dirección a St. Louis, pregunté a Chips Baily y a Sally O'Hara, la equilibrista de pelo rojo, si Legere e Indrasil se conocían. Yo estaba bastante seguro de que así era, porque no era probable que el señor Legere siguiera nuestro circo para tomar nuestra fabulosa comida.

Sally y Chips se miraron el uno al otro por encima de sus tazas de café.

—Nadie sabe muy bien lo que pasa entre esos dos —me contestó ella—. Pero hace ya mucho tiempo que sucede... quizá veinte años. Desde que Indrasil vino a trabajar aquí, procedente del circo de los hermanos Ringlinf, e incluso puede que antes de eso.

—Este Legere —dijo Chips, asintiendo—, se une al circo casi todos los años cuando estamos atravesando el medio Oeste y se queda con nosotros hasta que cogemos el tren para Florida, en Little Rock. Eso hace sentirse muy susceptible al viejo Hombre Leopardo, como si fuera uno de sus felinos.

—Me dijo que era policía —informé—. ¿Qué suponéis que estará buscando por aquí? ¿No creeréis que el señor Indrasil...?

Chips y Sally se miraron extrañamente el uno al otro y, de pronto, los dos al mismo tiempo parecieron tener muchas cosas que hacer.

—Tengo que ocuparme de que guarden inmediatamente esos pesos y contrapesos —dijo Sally.

Chips, por su parte, murmuró algo no muy convincente sobre comprobar el eje trasero de su elevador.

Y así era como solía interrumpirse cualquier conversación que afectara a Indrasil o a Legere, apresuradamente, con muchas excusas difíciles de creer.

Nos despedimos de Illinois y de las comodidades al mismo tiempo. En el momento de cruzar la frontera del Estado nos vimos asaltados por una ola de calor que permaneció con nosotros durante el siguiente mes y medio, mientras íbamos cruzando con lentitud Missouri y penetrábamos en Kansas. Todo el mundo empezó a ponerse de mal genio, incluidos los animales. Y eso, desde luego, también incluía a los leones, que eran responsabilidad del señor Indrasil. Dirigió sin piedad alguna a los mozos y a mí en particular. Yo traté de soportarlo con mis mejores muecas, a pesar de que también estaba harto del calor. Lo que no suele hacerse es discutir con un loco, y ya había decidido para entonces que Indrasil lo estaba.

Apenas nadie podía dormir y eso es una verdadera maldición para todos los artistas de circo. La pérdida del sueño aminora los reflejos, y los reflejos lentos aumentan el peligro. En Independence, Sally O'Hara se cayó desde una altura de veinte metros sobre la red de nylon, fracturándose un hombro. Andrea Solienni, nuestro jinete a pelo, se cayó de uno de los caballos durante un ensayo y uno de los cascos le golpeó, dejándole inconsciente. Chips Baily sufría en silencio la fiebre que siempre le acompañaba, con el rostro convertido en una máscara de cera, con el sudor frío arracimado en cada una de sus sienes.

Y, en muchos sentidos, el señor Indrasil fue quien tuvo mayores problemas. Los leones estaban nerviosos y enojadizos, y cada vez que entraba en el interior de la Endemoniada Jaula de los Leones, como la habíamos bautizado, ponía su vida en manos de aquellos animales. Alimentaba a los leones con cantidades desusadas de carne cruda inmediatamente antes de iniciar el espectáculo, algo que los domadores de leones sólo hacen raras veces, al contrario de lo que supone la gente. Su rostro aparecía con expresión de agotamiento, ojeroso y con una mirada salvaje en los ojos.

El señor Legere casi siempre estaba allí, junto a la jaula de Terror Verde, observándolo. Y eso, desde luego, era un peso más para la carga que ya soportaba el señor Indrasil. Todos los componentes del circo empezamos a mirar nerviosamente a la figura vestida con camisa de seda, cada vez que ésta

pasaba por alguna parte. Y yo sabía que todos estaban pensando lo mismo que pensaba yo: *este hombre va a reventar por alguna parte, y cuando eso suceda...*

Cuando sucediera, sólo Dios sabría lo que podría ocurrir.

La ola de calor continuó y las temperaturas superaban cada día los treinta y dos grados. Parecía como si los dioses de la lluvia estuvieran mofándose de nosotros. Cada ciudad que abandonábamos recibía las bendiciones de la lluvia. Cada ciudad a la que llegábamos aparecía caliente, seca, crepitante.

Y una noche, en la carretera entre Kansas City y Green Bluff, vi algo que me enojó más que ninguna otra cosa.

Hacía calor, un calor abominable. Ni siquiera valía la pena tratar de dormir. Yo rodaba en mi litera como un hombre en pleno delirio, siempre a punto de agarrar el sueño, y siempre sin terminar de cogerlo. Finalmente, me levanté, me puse los pantalones y salí fuera.

Habíamos acampado en una pequeña explanada, formando un círculo. Yo y otros dos mozos habíamos descargado a los leones, de modo que pudieran recibir la más mínima brisa que pudiese correr. Las jaulas estaban allí ahora, iluminadas por el tenue resplandor plateado de la luna llena de Kansas, y una figura alta con unos blancos pantalones de tralla se erguía junto a la mayor de todas ellas. Era el señor Indrasil.

Estaba acosando a Terror Verde con una pica larga y puntiaguda. El gran tigre deambulaba en silencio por la jaula, tratando de evitar la punta de la pica. Y lo más terrible de todo era que cuando la pica se hundía en la carne del tigre, éste no rugía de dolor y cólera, como debería haber sido. Mantenía un siniestro silencio, más terrorífico para la persona que conoce a los tigres que el más fuerte de los rugidos.

Y eso también aterrorizaba a Indrasil.

—Tranquilo bastardo, ¿verdad? —gruñó.

Con los poderosos brazos flexionados, deslizó hacia adelante la pica de hierro. Terror Verde retrocedió y sus ojos giraron horriblemente... Pero no produjo ni un sonido.

—¡Aúlla! —espetó Indrasil—. Venga, aúlla, ¡monstruo! ¡Aúlla!

Y metió la pica de hierro profundamente en el flanco del tigre.

Entonces, vi algo extraño. Me pareció como si una sombra se moviera en la oscuridad, por debajo de uno de los carromatos más alejados, y la luz de la luna pareció brillar sobre unos ojos que miraban fijamente... unos ojos verdes.

Una ráfaga de viento frío pasó silenciosamente a través del claro, elevando polvo y revolviéndome el pelo.

El señor Indrasil levantó la mirada y hubo una astuta expresión en su rostro, como quien escucha algo con atención. De repente, dejó la pica, se volvió y se dirigió hacia su remolque.

Yo volví a mirar hacia el carromato más alejado, pero la sombra se había marchado. Terror Verde permaneció inmóvil ante los barrotes de su jaula, mirando fija e insistentemente hacia el remolque de Indrasil. Y entonces se me ocurrió pensar que odiaba al señor Indrasil no porque fuera cruel, pues un tigre respeta esas cualidades a su propio modo animal, sino más bien porque era un perverso, incluso para la norma salvaje del tigre. Era un canalla. Esa es la única forma en que puedo expresarlo. Indrasil no sólo era un tigre humano, sino también un tigre canalla.

El pensamiento cuajó en mi interior, inquietándome y asustándome un poco. Regresé al carromato, pero seguí sin poder dormir.

El calor continuó.

Nos asábamos durante el día, nos removíamos y sacudimos durante la noche, sudorosos y sin poder dormir. Todos estábamos enrojecidos por el sol, y se produjeron peleas a puñetazos por pequeñas tonterías. Cada uno de nosotros estaba acercándose al punto de explosión.

Legere permaneció con nosotros, como observador silencioso, sin emoción alguna en su expresión, pero con, según pude percibir profundas corrientes de... ¿qué? ¿Odio? ¿Temor? ¿Venganza? No podía situarlo. Pero era potencialmente peligroso, de eso sí que estaba seguro. Quizá incluso más que el propio Indrasil, si hubiera habido alguien capaz de conectar su disparador particular.

Asistía a cada una de las representaciones del circo, siempre vestido con su elegante traje marrón, a pesar de las mortales temperaturas reinantes. Permanecía en silencio junto a la jaula de Terror Verde, pareciendo comulgar

profundamente con el tigre, que siempre se sentía tranquilo cuando él estaba por allí.

De Kansas a Oklahoma, sin variación alguna en la temperatura. Un día sin ningún caso de insolación resultaba ya raro. La gente empezaba a escasear; ¿quién deseaba sentarse bajo una gran tienda de lona rígida cuando había un cine con aire acondicionado a sólo una manzana de distancia?

Estábamos todos tan nerviosos como gatos, por utilizar una frase particularmente aplicable en este caso. Y cuando montamos el circo en Wildwood Green (Oklahoma), creo que todos sabíamos que nos encontrábamos cerca de alguna especie de clímax. Y la mayoría de nosotros sabíamos que el señor Indrasil se vería envuelto en lo que fuera. Justo antes de nuestra primera representación en Wildwood, había ocurrido un suceso extraño. El señor Indrasil había estado en la Endemoniada Jaula de los Leones, haciendo que los enojados animales realizaran su número. Uno de ellos perdió el equilibrio sobre su pedestal, se tambaleó y casi logró recuperarlo. Pero, en ese preciso momento, Terror Verde dejó escapar un terrible rugido que hasta hizo daño en los oídos.

El león se cayó pesadamente y, de repente, se lanzó con la precisión de una bala contra Indrasil. Lanzando una maldición de susto, colocó su silla ante las patas del animal, enredándolas en ella. Logró salir de la jaula en el momento en que el león destrozaba los palos de la silla.

Cuando logró recuperarse temblorosamente y se disponía a entrar de nuevo en la jaula, Terror Verde rugió de nuevo. Pero esta vez monstruosamente, como una risa enorme y desdeñosa.

Indrasil se quedó mirando fijamente a la bestia, pálido. Después se dio media vuelta y se alejó. Durante toda aquella tarde no salió para nada de su remolque.

Aquella tarde transcurrió con lentitud, interminablemente. Pero a medida que fue subiendo la temperatura, todos nosotros miramos llenos de esperanza hacia el oeste, donde se estaban formando unos grandes bancos de nubes tormentosas.

—Quizá llueva —le dije a Chips, deteniéndome junto a su plataforma, frente a la caseta.

Pero él no respondió a mi sonrisa esperanzadora.

—No me gusta —dijo—. No hay viento. Demasiado calor. Esto será granizo o un tornado —y entonces sonrió y añadió—: No es buena cosa ir de picnic cuando se forma un tornado, con un montón de animales salvajes medio locos, Eddie. Al cruzar el cinturón de los tornados, más de una vez he dado gracias a Dios por no llevar elefantes con nosotros.

»Sí —añadió sombríamente—. Mejor será que confíes en que esas nubes se queden donde están, en el horizonte.

Pero no, no se quedaron allí. Se fueron acercando lentamente a nosotros, como columnas ciclópeas levantadas en el cielo, de un color púrpura por las bases y con un siniestro tono negro-azulado a través de los cúmulo-nimbos. Cesó entonces todo el movimiento del aire y el calor cayó sobre nosotros como una mortaja de lana. De vez en cuando la tormenta se aclaraba la garganta con algunos estampidos, más hacia el oeste.

Hacia las cuatro de la tarde el propio señor Farnum, jefe de pista y copropietario del circo, apareció para decirnos que aquella noche no habría representación; sólo teníamos que asegurarlo todo y encontrar un agujero conveniente en el que meternos en caso de que hubiera problemas. Se habían divisado embudos en espiral entre Wildwood y Oklahoma City, en varios lugares, algunos a sólo sesenta kilómetros de nosotros.

Había poca gente deambulando apáticamente por las casetas de exhibición o contemplando los animales cuando se hizo el anuncio. Pero el señor Legere no había estado presente en todo el día; la única persona que se encontraba ante la jaula de Terror Verde era un sudoroso escolar con un montón de libros bajo el brazo. Cuando el señor Farnum anunció la advertencia del Servicio Meteorológico de Tornado de los Estados Unidos, el chico se apresuró a marcharse de allí.

Yo y los otros dos mozos nos pasamos el resto de la tarde trabajando a tope, asegurando las tiendas, volviendo a cargar a los animales en sus carromatos, y asegurándonos de que todo estaba suficientemente sujeto.

Finalmente, sólo quedaron las jaulas de los leones, y había un dispositivo especial para ellas. Cada jaula disponía de un «camino» especial de malla, ajustado a ella como un acordeón, que, cuando se extendía por completo,

conectaba con la Endemoniada Jaula de los Leones. Cuando se tenía que mover las jaulas pequeñas, se podía hacer que los animales pasaran a la jaula grande, mientras se cargaban aquéllas. La jaula grande rodaba sobre unas ruedas gigantescas y se la podía empujar hacia una posición en la que se lograba que cada león regresara a su jaula. Parece algo complicado, y lo era, pero no había otra forma de hacerlo.

Lo hicimos primero con los leones y después con Terciopelo Ébano, la dócil pantera negra que había costado al circo casi las entradas de una temporada. Resultaba una tarea muy entretenida hacerles salir de las jaulas y pasar por los «caminos» de malla hacia la jaula grande; pero todos nosotros preferíamos llamar al señor Indrasil para que ayudara.

Cuando estuvimos preparados para trasladar a Terror Verde, había descendido sobre nosotros una penumbra precursora de la noche. Era una penumbra extraña, amarillenta, que pendía húmedamente a nuestro alrededor. Por encima, el cielo había adquirido un aspecto uniforme y brillante que nunca había visto y que no me gustó en absoluto.

—Será mejor darse prisa —aconsejó el señor Farnum, mientras empujábamos trabajosamente la Endemoniada Jaula de los Leones hacia donde pudiéramos engancharla en la parte posterior de la jaula de exhibición de Terror Verde—. El barómetro está descendiendo muy rápidamente —sacudió la cabeza preocupadamente y añadió—: Esto tiene mal aspecto, muchachos. Muy mal aspecto.

Se marchó apresuradamente, mientras seguía sacudiendo la cabeza.

Acoplamos el conducto de malla de Terror Verde y abrimos la parte posterior de su jaula.

—Vamos, métete ahí —le dije, tratando de animarlo.

Terror Verde me miró amenazadoramente y no se movió.

El trueno resonó de nuevo, más fuerte, más cerca, más nítidamente. El cielo había adoptado un color de ictericia, el color más feo que he visto jamás. Los diablos del viento comenzaron a darnos tirones de las ropas, llevándose las aplanadas envolturas de los dulces y los conos de *azúcar* de algodón desparramados por el suelo.

—Vamos, vamos —le di prisas, empujándole suavemente con la barra

puntiaguda de madera que nos daban para manejarlos.

Terror Verde rugió, dejándome sordo, y una de sus garras se lanzó con una velocidad cegadora. La barra se me escapó de las manos y se partió como si hubiera sido una ramita. Ahora, el tigre se había levantado y había una mirada asesina en sus ojos.

—Hey —dije apresuradamente—, uno de vosotros tendrá que ir a buscar al señor Indrasil. Eso es todo. No podemos quedarnos aquí, esperando.

Como para dar mayor fuerza a mis palabras, el trueno crujió mucho más intensamente, como la palmada de unas manos gigantescas.

Kelly Nixon y Mike McGregor dudaron un momento; yo no tenía que hacerlo debido a mi anterior altercado con el señor Indrasil. Kelly se hizo cargo de la tarea, lanzándonos una mirada silenciosa con la que nos decía que hubiera preferido enfrentarse a la tormenta, y después se marchó.

Hacía ya diez minutos que se había marchado. Ahora, el viento estaba cobrando velocidad y la penumbra se iba convirtiendo con rapidez en una noche extraña a las seis de la tarde. Estaba asustado y no me avergüenza admitirlo. Aquel cielo que se precipitaba sobre nosotros, monótono; la zona desierta del circo; los agudos y fuertes vórtices del viento... todo ello forma un recuerdo que siempre permanecerá conmigo, sin debilitarse jamás.

Y Terror Verde no estaba dispuesto a introducirse en el conducto de malla.

Entonces, Kelly Nixon regresó, corriendo.

—¡He estado aporreando su puerta durante más de cinco minutos! —dijo, jadeante—. No he logrado que me abriera.

Nos miramos unos a otros, sin saber qué hacer. Terror Verde era una gran inversión para el circo. No podíamos dejarlo allí, al aire libre. Me volví, desesperado, buscando a Chips, al señor Farnum o a alguien que pudiera decirme lo que debíamos hacer. Pero todos se habían marchado. El tigre era ahora nuestra responsabilidad. Consideré la idea de cargar la jaula en el carromato, pero yo no iba a meter mis dedos en aquella jaula.

—Bueno, pues tendremos que ir y conseguir que venga —dije—. Los tres. Vamos.

Y echamos a correr hacia el remolque del señor Indrasil, a través de la

creciente oscuridad.

Aporreamos su puerta hasta que debió pensar que le perseguían todos los demonios del infierno. Por fortuna, la puerta terminó por abrirse. El señor Indrasil se balanceó y se nos quedó mirando fijamente, con sus ojos de loco dominados por una expresión de borracho. Olía peor que una destilería.

—¡Malditos, dejadme solo! —nos espetó.

—Señor Indrasil...

Tuve que gritar para que me oyera por encima del creciente silbido del viento. Aquello era una tormenta como yo no había visto ni sobre la que hubiera leído nunca. Era como el fin del mundo.

—¡Tú! —rechinó con suavidad, bajando un par de escalones y agarrándome por la camisa—. Te voy a dar una lección que no olvidarás nunca.

Miró a Kelly y a Mike, que habían retrocedido hacia las móviles sombras de la tormenta y gritó:

—¡Fuera de aquí!

Echaron a correr. No se lo reprocho a ninguno de los dos. Ya lo he dicho: Indrasil estaba loco. Y no era un loco ordinario; era como un animal loco, como si una de sus propias fieras salvajes se hubiese vuelto loca.

—Muy bien —dijo, mirándome fijamente, con unos ojos como de huracán—. No hay nadie ahora que te proteja. Nadie que te ayude —sus labios se retorcieron en una sonrisa salvaje, horrible—. Él no está aquí ahora, ¿verdad? Somos los dos de la misma clase. El y yo. Quizá los únicos que quedamos. Mi némesis... y yo soy la suya.

Estaba desvariando y yo no traté de detenerle. Su mente, al menos, se había apartado de mí.

—Volviendo a ese tigre contra mí, ya desde el 58. Siempre tuvo más poder que yo. El tonto podría ganar millones... Los dos podríamos ganar millones si él no fuera tan condenadamente altivo y arrogante..., ¿qué es eso?

Era Terror Verde, que había empezado a rugir poderosamente.

—¿No habéis encerrado a ese condenado animal? —gritó, casi con una voz de falsete, sacudiéndome como si fuera un muñeco.

—¡No quiere moverse! —me encontré gritándole—. Tiene usted que...

Pero él me empujó, soltándome. Me tambaleé sobre los escalones, frente a su remolque, y terminé por caer al suelo, sacudiéndome todos los huesos. Con algo que osciló entre un sollozo y una maldición, Indrasil pasó junto a mí, con el rostro deformado por la ira y el temor.

Me levanté y le seguí, como si estuviera hipnotizado. Alguna parte de mí mismo, intuitivamente, se daba cuenta de que estaba a punto de asistir al último acto del drama.

Una vez alejado de la protección del remolque del señor Indrasil, la fuerza del viento era apabullante. Producía un estruendo como el de un tren de carga lanzado a toda velocidad. Yo era como una hormiga, como un grano, como una molécula sin protección alguna ante aquella fuerza estruendosa, cósmica.

Y el señor Legere estaba allí, junto a la jaula de Terror Verde.

Fue como una imagen de Dante. La jaula casi vacía, en el interior del círculo formado por los remolques; los dos hombres, uno frente a otro, mirándose en silencio, con las ropas y el pelo alborotados por la estruendosa galerna; el cielo hirviente por encima de nosotros; los retorcidos trigales del fondo, como almas en pena doblándose ante el látigo de Lucifer.

—Ha llegado el momento, Jason —dijo Legere, llevadas sus palabras a través del claro por el mismo viento.

El largo pelo de Indrasil se le levantó dejando al descubierto la lívida cicatriz que le cruzaba la nuca. Apretó los puños, pero no dijo nada. Casi pude percibir cómo reunía toda su voluntad, toda su fuerza vital. Se acumuló a su alrededor como si se tratara de un nimbo atroz.

Y entonces contemplé con un repentino horror cómo Legere separaba el conducto de malla... ¡y el fondo de la jaula estaba abierto!

Grité, pero el viento se llevó mis palabras.

El gran tigre saltó de la jaula y casi derribó a Legere. Indrasil se tambaleó, pero echó a correr. Inclino la cabeza, y se quedó mirando fijamente al tigre.

Y Terror Verde se detuvo.

El tigre hizo oscilar su enorme cabeza hacia Legere, casi volviéndola, y después, con lentitud, volvió a mirar a Indrasil. Había en el aire una sensación terroríficamente palpable de fuerza dirigida, una lucha de

voluntades contrapuestas centradas alrededor del tigre. Y las voluntades estaban equilibradas.

Creo que, al final, fue la propia voluntad de Terror Verde —su odio contra Indrasil— lo que terminó por desequilibrar la balanza.

El tigre empezó a avanzar con sus ojos demoníacos fulgurando. Y algo extraño comenzó a sucederle a Indrasil. Pareció doblarse sobre sí mismo, encogerse, plegarse como un acordeón. La camisa de seda perdió su forma, el oscuro y ondulante pelo se convirtió en un horrible hongo alrededor de su cuello.

Legere gritó algo hacia él y, simultáneamente, Terror Verde pegó un gran salto.

No llegué a ver el resultado. Al momento siguiente fui golpeado de lleno en la espalda y pareció como si algo me absorbiera la respiración, sacándome todo el aire del cuerpo. Capté un debilitado vistazo de un enorme y altísimo embudo ciclónico y, a continuación, la oscuridad descendió sobre mí.

Cuando me desperté, me encontraba en mi litera, en la parte delantera del remolque de almacenaje que llevábamos para todos los propósitos. Sentí el cuerpo como si me hubieran golpeado con palos indios acolchados.

Apareció entonces Chips Baily, con una expresión endurecida en el rostro, muy pálido. Vio que tenía los ojos abiertos y sonrió, aliviado.

—No sabía si ibas a despertarte alguna vez. ¿Cómo te sientes?

—Dislocado —le contesté—. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo llegué aquí?

—Te encontramos aplastado contra el remolque del señor Indrasil. El tornado casi se te llevó de recuerdo, muchacho.

Al escuchar el nombre de Indrasil, regresaron a mi memoria todos los fantasmagóricos recuerdos.

—¿Dónde está el señor Indrasil? ¿Y el señor Legere?

Chips adoptó una mirada turbia y empezó a dar alguna clase de respuesta evasiva.

—Habla con claridad —le pedí, haciendo un esfuerzo por incorporarme sobre un codo—. Tengo que saberlo, Chips. Tengo que saberlo.

Debió de ver algo en mi rostro que le decidió a hablar.

—Está bien. Pero esto no es exactamente lo que le dijimos a la policía...

en realidad, apenas si dijimos nada a la policía. No vale la pena dejar que la gente se piense que estamos locos. De todos modos, Indrasil se ha marchado. Ni siquiera sabía que Legere estuviera por aquí.

—¿Y Terror Verde?

Los ojos de Chips volvieron a adoptar una expresión ilegible.

—El y el otro tigre lucharon hasta la muerte.

—¿El *otro* tigre? No hay ningún otro...

—Sí. Encontraron dos tigres muertos, cada uno bañado en la sangre del otro. Un condenado lío. Cada uno desgarró el cuello del otro.

—¿Qué... dónde...?

—¿Y quién lo sabe? Nos limitamos a decirle a la policía que teníamos dos tigres. Es mucho más simple de ese modo.

Y, antes de que yo pudiera decir nada más, se marchó.

Y éste es el final de mi historia... a excepción de dos pequeños detalles. Las palabras que el señor Legere gritó justo antes de que el tornado me golpeará, fueron: «*Cuando un animal y un hombre viven en el mismo armazón, Indrasil, son los instintos los que determinan la forma.*»

La otra cuestión es la que me mantiene despierto por las noches. Más tarde, Chips me dijo algo, presentándomelo simplemente como un dato. Lo que me dijo fue que el tigre extraño, el que no pertenecía al circo, mostraba una larga cicatriz en la nuca.

**CÓMO DOROTHY MANTUVO
ALEJADA LA PRIMAVERA**

Joanna Russ

Había sido una estación muy larga y solitaria y ahora era a mediados del invierno, cuando oscurece muy temprano. A menudo, Dorothy no tenía otra cosa que hacer que deambular ensoñadoramente. Caminaba despacio escaleras arriba y abajo, a través de los desnudos salones y los lugares agrietados y llenos de polvo situados bajo las escaleras. Observaba silenciosamente los remolinos formados por la nieve alrededor de las esquinas de la casa y acudía a la cocina para echar el aliento sobre la escarcha de la ventana; pero el ama de casa no la quería ver por allí. Después, papá aparecía en el salón y daba unas patadas en el suelo para desembarazarse de la nieve que llevaba en las botas, y ella se alejaba sigilosamente, y se metía debajo de las escaleras. Y allí tenía una ensoñación larga y muy elaborada: que su madre muerta había dejado algo oculto en alguna parte de la casa para que Dorothy lo encontrara. Podía tardar días y días, mirando y revolviendo las ropas de su madre muerta pero, desde luego, ella lo reconocería instantáneamente, en cuanto lo viera. Su tos la impedía ir a la escuela o ver a mucha gente. Se quedaba sentada bajo las escaleras y pensaba mucho, y después, cuando oscurecía y el reloj del dormitorio daba las campanadas de las cinco, Dorothy subía a cenar.

Miró a su hija por encima de la mesa ante la que estaban cenando, con sus gafas redondas y sin reborde elevadas sobre la nariz. Las trenzas de la niña estaban sujetas en un ángulo de la cabeza. Se había puesto alrededor de ellas unas gomas rojas, como si no le importara el aspecto que pudiera tener.

—¿Cómo te ha ido esta tarde, Dorothy? —preguntó él.

Ella dejó de comer zanahorias con mantequilla.

—Muy bien —contestó.

Las gafas se le deslizaron hacia abajo, hasta descansar firmemente sobre la nariz.

—Súbete las gafas, cariño —le dijo él.

Ella se las subió con un dedo manchado de mantequilla y se lo quedó mirando.

—A partir de la semana que viene regresaré a casa media hora antes todos los días —dijo él—. ¿No te parece bonito? Nos podremos ver bastante antes.

Ella le miró fijamente, por encima del borde de sus gafas. Eso aumentaba la parte inferior de los ojos y no la superior. De algún modo, parecía como un pececito de colores.

—Hum —dijo ella.

Se llevó a la boca otra cucharada de zanahorias con mantequilla y las masticó con lentitud. Después de la cena, él le leyó, y más tarde, cuando llegó la hora de acostarse, le preguntó al ama de casa cómo le había ido durante el día y qué había estado haciendo. Cuando se marchó a la cama, insistió en llevarla él mismo.

Dorothy se despertó en plena noche y escuchó para saber si había alguien despierto. Sabía que debía de ser la medianoche. Todo estaba oscuro y la casa se había convertido en una gran caverna azotada por el viento que susurraba y crujía y convertía las correrías de los ratones por las paredes en una verdadera tormenta. Por debajo de las cortinas de la ventana penetraba una débil luz. Dorothy se sentó en la cama, arrebujándose con las mantas. Sacó los pies de la cama. Después, se levantó sobre las frías tablas, con sus trenzas atravesando la oscuridad y su camisón agitándose débilmente alrededor de sus pies desnudos. Caminó sobre el suelo y apartó las cortinas. Afuera estaba casi claro debido a la nieve; el cielo sólo era una masa de copos que caían y eran llevados por el viento y que sólo pasaban a pocos centímetros de sus ojos.

De puntillas, con los pies descalzos, levantándosele el camisón mientras subía la escalera por la que había corriente de aire, subió al segundo piso. En su camino, pasó junto al dormitorio de su padre, muy despacio. Estaba allí el radiador de pared. Pasó la mano por encima; estaba tan frío que el hierro helado le quemó como si fuese fuego.

En el tercer piso había amplios ventanales que se abrían al patio. Dorothy se inclinó sobre ellos durante unos pocos minutos, mirando fijamente hacia la nieve que caía.

En su sueño, colocó una mano sobre el cristal y la ventana se abrió dejando entrar una bocanada de aire. El viento se arremolinó a su alrededor; giró, la elevó y la impulsó lentamente a kilómetros y kilómetros de distancia, a través de la nieve, que seguía cayendo. Los copos cayeron sobre ella y se quedaron allí, sin licuarse. Eso le gustó. Empezó a correr. Pasó rascando, muy rápidamente, sobre una larga y blanca carretera campestre, pasó junto a colinas azotadas por el viento, entre los enormes y mudos monolitos de los árboles del bosque; pasó tranquilas avenidas de setos, atravesó los campos envueltos de blanco; pasó junto a casas de campo inclinadas y medio enterradas. Había un parque que ella había visitado una vez, con mesas para picnic al aire libre cubiertas ahora de blanco y círculos de árboles cada una de cuyas ramas aparecía cubierta de nieve. Sonrió y dejó que los pliegues de su camisa se arremolinaran alrededor de sus pies, inmensamente contenta, con los pies tocando apenas la tierra blanqueada.

Ellos estaban allí.

Uno era delgado, tan hueco como una máscara por detrás, de plata fría y cordial. Llevaba un arco de plata y unas largas flechas que tenía sobre su brazo.

Tú eres un cazador, dijo ella, con una voz deliciosamente serena en la quietud que les rodeaba. ¿Verdad? Él asintió. Los otros dos no eran tan grandes. El más alto era un viajero con nariz de payaso y un sombrero puntiagudo. La expresión de su rostro era ridícula y triste. El tercero era un gnomo, bajo y grueso, apenas nadie.

Tú parece ser un payaso, le dijo ella prudentemente al otro. Y tú —al siguiente— eres muy pequeño, aunque no sé tu nombre. ¿Hay alguna otra cosa?

El Payaso habló y su voz sonó absurdamente elevada, delgada y triste. También estaba en silencio.

Somos aventureros, dijo con orgullo. El Cazador sonrió, aunque no tenía ni rostro ni labios con qué sonreír.

Sí, sí, añadió el Pequeño. Tenemos que destronar a un tirano que vive en una montaña. Retiene a una Princesa, cautiva en su castillo.

El Cazador sonrió y tocó ligeramente su arco.

¿Puedo ir con vosotros?, preguntó Dorothy. El Cazador extendió una mano hacia ella. Tocó la suya y su frío le quemó como fuego.

No estábamos esperando a nadie más que a ti, le dijo, y su voz tuvo un eco ligero y hueco en el claro. Dorothy se soltó el pelo y lo dejó caer. Era muy largo y le llegaba hasta la cintura. Se volvió y vio a su padre abrirse paso penosamente hacia ellos. Llevaba pieles árticas y anteojos y se hundía en la nieve hasta las rodillas.

¡No te desvanezcas en el silencio, Dorothy!, le gritó. Regresa a casa. Ven a casa. Ven a casa.

Ella le arrojó un puñado de nieve y él se disolvió en los copos de nieve, gorgoteando.

Vas hacia tu muerte.

Ellos se elevaron y se dirigieron hacia el norte, bajo el pesado cielo gris. La respiración de Dorothy producía una nube helada a su alrededor. Era tan caliente como un abrigo. La nieve era más cálida, como crema, como blancos gatitos persas, como la piel blanca del conejo, como el amor.

Miró a su hija por encima de la mesa donde cenaban. Ella se estaba bebiendo muy seriamente su leche.

—Supongo que tu tos irá mejor —dijo—. ¿Verdad? Supongo que el médico pronto te dejará ir a la escuela. ¿No te parece bonito?

—Sí, papá —contestó.

—Bueno, el invierno no dura siempre —dijo él—. ¿No te parece?

—No, papá —admitió ella.

Dejó su vaso de leche sobre la mesa, mostrando un gran bigote blanco sobre su labio superior.

—Papá —dijo—. Cuando vuelva a la escuela no sabré nada. Me habré quedado retrasada.

—¿Mi hija retrasada? —dijo él—. No te preocupes por eso. Eres lista. Ya verás como te pones al corriente en un par de semanas.

Ella asintió amablemente y terminó de beberse las últimas gotas de leche.

Una vez, el Payaso recogió una flor. Era toda blanca: pétalos, hojas y tallo; una rosa sin olor. Se la fijó en su sombrero puntiagudo y todos los viajeros cantaron una canción que ellos mismos habían compuesto:

*Nuestro corazón está lleno
de buena voluntad.
Cuatro fuertes,
marchando juntos,
cantando esta canción.*

La rosa cantó con ellos con una voz chillona, cantando «cinco» allí donde ellos dijeron «cuatro», porque parecía pensar que era uno de ellos. Al cabo de un rato, el Payaso la dejó caer de su sombrero a la nieve, donde dejó de cantar y se encogió, hasta convertirse en un montoncito de copos de nieve.

Murió, dijo Dorothy. El Cazador sacudió la cabeza.

Nunca fue real, dijo. Pero eso no lo sabía.

En el silencioso bosque blanco, donde el cielo caía lenta y perpetuamente, nunca era ni de día ni de noche, sólo de un gris silencioso. Como medio en penumbras y sin llegar a ser como un amanecer.

El Pequeño preguntó a Dorothy: ¿Tienes hambre? Ella se lo pensó un momento y negó con un movimiento de cabeza.

Pues debería tenerla, protestó el Payaso, ladeando ansiosamente su cabeza. El Cazador apartó del rostro de Dorothy un mechón de pelo con uno de sus dedos planos y plateados.

Ahora no.

Después de varios días, los árboles empezaron a adelgazarse y hacerse más pequeños y no tardaron en llegar a una llanura abierta donde el cielo se arqueaba como plomo sobre sus cabezas. Era un lugar terrible. Dorothy y el Cazador no sintieron miedo, pero Payaso y Pequeño se quedaron atrás, abrazados el uno al otro no por temor, como llevaron buen cuidado de señalar, sino sólo para calentarse, para alejar el escalofrío del miedo.

¡El castillo está ahí delante!, susurraron.

El Cazador caminó ligeramente por delante, llevando su arco y flechas, y Dorothy caminaba sobre las profundas huellas que iban dejando sus pies, convirtiéndolas en ángeles y rosas. Payaso y Pequeño empezaron a gemir no por temor, como se apresuraron a señalar, sino sólo para hacer ruido y alejar el silencio del miedo.

Al principio, el terreno empezó a inclinarse; después se encontraron sobre colinas; a continuación, las colinas crecieron; había palizadas, crestas, escarpas, rocas tan negras como la noche, noches rocosas como barrancos hondos, senderos en los que uno podía perderse para siempre, enormes piedras que podían bajar rodando con estruendo. El castillo del tirano estaba sobre un monstruoso terraplén, que se encorvaba desnudamente en costillas y hombros macizos, en el punto más elevado, sobre un inmenso abismo. Estaba medio colgando sobre una caída a pico. Relucía negramente, fortificado en basalto de media noche. Sobre él se agitaba rígidamente una bandera del color de la obsidiana, extendida hasta la tirantez por los fuertes vientos que azotaban la cumbre de la montaña.

Aquí es, dijo el Cazador, y su voz misteriosa y repicante produjo un eco en el paso de la montaña. El Payaso se enderezó el sombrero y sonrió suavemente hacia Dorothy. Debo tener el mejor aspecto cuando voy a afrontar el peligro, dijo. Un viento helado les golpeó, elevando el largo pelo de Dorothy sobre su cabeza, como una bandera. Empezaron a trepar.

Su padre la encontró asomada a una de las ventanas de arriba, con un vestido de algodón, dejando que el viento frío soplara a su alrededor. Estaba tratando de mantener en uno de sus dedos un copo de nieve sin que se licuara. No la regañó, pero la envió a la cama y avisó al ama de casa para que se ocupara de ella. Permaneció tumbada en la cama, con las manos cruzadas sobre su pecho, negándose amablemente a leer nada. Dijo que se sentía perfectamente bien. Estuvo tumbada allí durante todo el día. Y pensó y pensó y pensó y pensó.

La puerta que daba al castillo era una plancha de bronce; se abrió hacia un largo vestíbulo cuando Dorothy la empujó con todas sus fuerzas. Siguieron el vestíbulo, hasta que éste se abrió a una sala enorme, donde había eco y tapices colgados que representaban las cuatro estaciones y la recogida del

heno y la siega y otras escenas mitológicas. Al final de la sala, sobre un trono de pedernal, estaba sentado el Tirano, con la cabeza hundida, durmiendo. Era enorme y vacilante y de una bruma gris; a través de él, Dorothy podía ver la pared situada detrás. Alrededor de su cabeza había un círculo de acero; era su corona. Rápidamente, Pequeño corrió hacia una trompeta que colgaba de la pared y sopló tres notas. El Tirano empezó a despertarse y, al levantarse, mientras aún se despertaba, el rostro se le llenó de una expresión de cólera.

¡Ponte las gafas, Dorothy!, rugió. El Cazador echó hacia atrás la cuerda invisible de su arco y rompió el círculo de acero con una flecha helada. El Tirano se hundió sobre el suelo y quedó tendido sobre un charco de lágrimas.

¡Hurra!, gritó entonces el Payaso. Hemos matado al Tirano.

¡Hurra!, gritó el Pequeño. Yo soplé el cuerno que despertó al Tirano.

¡Hurra!, gritó Dorothy. Yo abrí la puerta que nos permitió entrar en el castillo del Tirano.

El Cazador se inclinó contra una pared y dijo: mirad. Viene la Princesa.

La Princesa descendió como un soplo por un pasillo y llegó a la sala. Estaba toda hecha de niebla. Había menos de ella de lo que había habido del propio Tirano.

Gracias por salvarme, dijo con una voz apagada y apresurada, como el agua cayendo bajo los arcos de piedra. Os estoy muy agradecido.

El Payaso cayó sobre una rodilla. Todo el placer es nuestro, amorosa doncella, dijo. Ella le dio unos golpecitos en la cabeza y una pequeña nube de su mano quedó colgando de su sombrero y dejó una estela como un vaho de la respiración.

Salieron del castillo. Inmediatamente, el viento, feroz y burlón, elevó a la Princesa y se la llevó, haciéndola girar, formando andrajosas serpentinas.

Qué vergüenza, dijo Dorothy. Y Pequeño asintió.

Era hermosa, declaró tristemente el Payaso. Nunca había visto antes a nadie tan hermosa. Y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Bajaron fácilmente por la encogida montaña, y el castillo, aunque no estaba muy alejado de ellos, se convirtió en un juguete de un tamaño no mayor al de la mano de Dorothy. Después, desapareció. Empezó a caer la nieve; unos árboles y arbustos nacarados fueron elevándose silenciosamente

alrededor de ellos. La luz empalideció hasta adquirir un tono gris de adularía.

¡Mirad!, gritó Dorothy. ¡Oh, mirad eso! Y su voz pareció filtrarse y alejarse y perderse en el silencio. Había un lago por delante de ellos, situado como un ópalo entre los árboles que lo bordeaban y cuyas ramas se inclinaban hacia él. Dorothy echó a correr, patinó, se inclinó hacia abajo y dio vueltas sobre el hielo nebuloso, girando en círculos cada vez más y más estrechos, hasta que cayó de rodillas y se inclinó una y otra vez, saludando, mientras Pequeño y el Payaso aplaudían frenéticamente. Después, arrodillándose, orgullosa, segura, audaz, vio a través de los árboles una luz débil, un toque de color, el más pequeño de los cambios.

Había una luz por el este.

¡El amanecer!, gritó el Payaso. ¡No, la primavera!, gritó el Pequeño.

¡La primavera! ¡La primavera!, cantaron, dando vueltas, cogidos de las manos y bailando en círculo. ¡La primavera! ¡La primavera! La primavera es hermosa cuando los pájaros cantan y el hielo se derrite y vuelan los insectos y los vasos son Ming y las rosas y el corazón late y el amor lo cubre todo y la vida es la reina.

Dorothy, de rodillas sobre el hielo, dijo ¡No, no! No va a venir. Yo no lo permitiré. Pero ellos siguieron bailando.

No puedes detenerla, le gritaron.

¡La primavera, la primavera, la florida primavera! El brillo, el deshielo, el cielo, el azul, la alegría, la mermelada.

Y después, añadieron, ya sabes que viene el verano.

Dorothy empezó a llorar, allí, junto al estanque. El Cazador se arrodilló a su lado y la rodeó con un brazo. Su contacto quemaba como el fuego. Con su no-voz, aquella voz que era la síntesis de todas las voces que ella había amado, dijo: No tienes por qué hacerlo.

Entonces, todos ellos se marcharon y ella se encontró con los pies descalzos y su camisón de noche, en el patio de su casa. El sol se había elevado por el Este, en un cielo claro: había quedado roto el largo hechizo del invierno. Un rostro apareció en una ventana del segundo piso. ¡Ven aquí!, le gritó de mal humor. Vas a coger un resfriado mortal. Rápidamente, Dorothy subió corriendo las escaleras, hasta su habitación. Se metió en la cama y se

tapó con las mantas, hasta la barbilla.

—Sí, papá. Sí, papá —gritó—. Ahora ya estoy en la cama.

Pero ya conocía el secreto de su madre. Lo había encontrado.

Al día siguiente, Dorothy estaba muy enferma. Al otro día casi apenas pudo despertarse, y al día siguiente murió. En su funeral hubo ramilletes de violetas, montones de azaleas y muchos gladiolos de invernadero. Era como en el verano. Así lo dijo todo el mundo. Docenas de personas acudieron para ver a Dorothy, vestida con su traje de los domingos, y muchas mujeres lloraron.

En un bosque pálido, bajo las ramas quietas y blancas y un cielo que iba cayendo lentamente, Dorothy coge una rosa blanca para el Cazador de plata sin rostro. No puede poner la rosa en otro lugar más que en sus manos, porque él está tan hueco como una máscara. Su pelo largo está hermosamente trenzado alrededor de una de sus largas flechas. Con otra, le atraviesa el corazón. Ella sonríe un poco, quizá un poco indecisa, quizá feliz.

Mantuve alejada la primavera, le dice a él. ¿Verdad? De veras que lo hice.

Mantuve alejada la primavera.

EN RESPUESTA A TU LLAMADA

Phyllis Eisenstein

Sam Haskell se levantó con la mano derecha entumecida y un gusto de basura en la boca. Cuando levantó la cabeza, el dolor le pinchó entre los omóplatos, y el brazo también empezó a dolerle allí donde las llaves del antiguo L. C. Smith le habían marcado profundamente. Al inclinarse hacia atrás, la silla hizo un ruido que parecía corresponder a lo que sentía en sus articulaciones. Extendió la mano, en busca de la botella, pero se dio cuenta borrosamente de que estaba vacía. *Me estoy haciendo demasiado viejo para esta clase de mierda, pensó, con plazo límite o sin él.* Echó un vistazo a las páginas amontonadas junto a la máquina de escribir y vio «FIN», escrito de modo prominente sobre la hoja de encima. Recordó haber descendido la cabeza por un momento, para dejar impregnarse del alivio que le producía haberlo terminado; según su reloj, de eso hacía ya cinco horas. Había pasado por alto la recogida del correo matinal; la siguiente la harían a primeras horas de la tarde. El editor de su número de marzo podría esperar ese tiempo. Echó la silla hacia atrás, arrastrándola, tratando de caer sobre la cama para otra dosis de olvido.

Una mujer joven estaba sentada en la cama, una mujer joven toda vestida de negro: botas de ante, pantalones ajustados, cinturón elaboradamente fabricado y jersey sedoso de cuello de tortuga; no era un atuendo tan insólito para la comunidad universitaria local, aunque mostraba una calidad superior a la media. Tenía doblada una rodilla, con las manos entrelazadas alrededor de ella, y le estaba observando con una débil sonrisa.

Cinco horas antes, él estaba solo en su apartamento de una sola habitación.

Repentina y ampliamente despierto, miró por encima de sus hombros, a

izquierda y derecha, en busca de algún otro intruso. No vio a nadie. La puerta estaba cerrada con cerrojo doble, como era habitual. Se levantó, derribando la silla al dirigirse hacia el tocador; el segundo cajón casi se le quedó entre las manos cuando lo abrió de un tirón. Bajo un montón de calcetines, encontró el revólver, cargado, esperando; notó el metal frío al tacto. Lo apretó con dedos temblorosos; nunca había apuntado con él hacia otro ser humano.

—¿Quién es usted? —gruñó, con las palabras distorsionadas por la sequedad de su boca—. ¿Cómo demonios ha logrado entrar aquí?

Ella no se movió, sino que sólo le miró, serenamente, con la cabeza ladeada.

—Es una bienvenida un tanto extraña —murmuró ella.

—¿Le he hecho una pregunta!

—Usted me llamó, y yo vine —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Yo no he llamado a nadie.

La mujer se levantó, y en los contornos de músculos apretados por su atuendo no pudo apreciar ni curvas suaves ni ángulos agudos. Se movía como una leona, toda ella acero fluido, y la mirada de la mujer se encontró con la suya, sin parpadear, y le atravesó hasta la médula.

—¿Qué clase de juego tonto es éste, querido?

—A mí también me gustaría saberlo. Deténgase donde está.

—¿Es que no me conoce? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—No.

—¿No?

El asombro de ella parecía tan real, que se vio obligado a buscar en su memoria aquellos ojos oscuros y alargados, aquella nariz de puente alto, aquel pelo caoba cortado al rape. No logró sacar nada en claro de su revisión mental.

—No la he visto en mi vida.

Ella volvió a dar un paso hacia él, y sólo cuando él levantó el revólver a la altura del pecho se detuvo.

—No puedo creer que todo se haya borrado de su mente. Sus ojos..., sus ojos parecen correctos.

—¿Qué pasa con mis ojos? —preguntó él.

—Siguen siendo azules. No hay forma en el universo de impedir la migración del pigmento durante la limpieza mental.

—Parece como si hubiese leído usted mi obra —dijo él, casi sonriendo.

—¿Su obra?

—He utilizado la expresión «limpieza mental» en media docena de relatos. Creo que en ése también —e hizo un gesto hacia el manuscrito, junto a la máquina de escribir—. ¿Lo ha leído mientras estaba dormido, en lugar de robar mi casa?

—Yo no soy una ladrona.

—Entonces, ¿qué diablos es usted?

—Soy la archimayor Sharon Stuart, que sirvió en la Quinta Brigada del Comando de Su Majestad, apartada del servicio al final de la guerra de Ziron, y en la actualidad sirvo a Lord Marion como mercenario.

Los labios de Haskell se apretaron con fuerza por un momento. Después preguntó:

—¿Y cómo entró en mi apartamento?

—Me encontraba en la corte de Alarion, tributándole mi último homenaje, cuando oí que me llamaba usted desde muy lejos. Me volví, di un paso hacia su voz y entonces experimenté una sensación de máxima confusión. Estaba pasando por una deformación del espacio y una vez al otro lado me encontré aquí, con usted. Estaba usted durmiendo, así que decidí esperarle tranquilamente hasta que se despertara.

Haskell sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Para qué cree que va a servir esta impostura?

—¿Impostura?

—Sí, *impostura*. Sin duda alguna no pensará ni por un momento que voy a creerme que uno de mis personajes me está haciendo una visita de cortesía. Fui yo quien se inventó a Sharon Stuart, y nadie mejor que yo sabe que no es real.

—Soy bastante real, Mal. Bastante real.

—¿Mal? —las cejas de Haskell se levantaron al escuchar aquel nombre—. ¿No me diga que se supone que yo soy Malcolm Sanderson, intrépido aventurero de viajes del espacio?

—Bueno..., ¿quién otro podrías ser?

—Yo soy Sam Haskell, escritor de ciencia ficción.

Lentamente, la mirada de ella descendió desde su rostro hasta el arma que seguía sosteniendo en la mano. Dejadas caer a los lados, las manos de ella se cerraron, formando puños.

—¿Quién puede haberte hecho esto? —susurró ella—. ¿Quién nos odia lo suficiente como para borrar de tu memoria lo que hemos vivido juntos? —Volvió a levantar la mirada y se notó dolor en sus ojos—. ¡Oh, querido...!

—Déjese ya de bromas. Es una actriz excelente, pero dudo de que alguna vez se haga una película con lo que he escrito.

—¡Oh, Mal, Mal! ¡Esto es una locura!

Ella pasó su mirada por la habitación, como si la viera por primera vez y se detuvo brevemente en la puerta y en la ventana.

—¿Estamos encerrados? —preguntó entonces.

—Sólo desde el interior.

—¿Dónde está este lugar?

Él suspiró, exasperado.

—Este lugar es mi barato y algo destartalado apartamento en Hyde Park, un barrio de la parte sur de la ciudad de Chicago, en el condado de Cook, Estado de Illinois, en los Estados Unidos de América, que pertenecen a la Tierra, conocida también como tercer planeta del sistema solar, satélite de una estrella del tipo G indeterminada. ¿Le satisface eso, archimayor Stuart?

—¿La Tierra? ¿La Fabulosa Tierra?

—¡Oh, vamos! Me recuerda usted lo mal escritor que soy en realidad.

—¿Es transparente la ventana?

—Puede que no esté limpia, pero la última vez que lo comprobé, aún se podía mirar a través de ella.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Puede mirar..., pero sólo verá la pared de ladrillos de la casa de enfrente. Y la ventana está cerrada.

Ella hizo a un lado la contraventana y miró hacia el exterior, contemplando lo que veía durante unos momentos.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó ella.

—¿En Hyde Park? Toda mi vida. En este apartamento vivo desde hace unos cinco años.

Ella le miró por encima de su hombro.

—Has vivido en muchos lugares, pero nunca en la Tierra.

Una vez más, él sacudió la cabeza.

—No me lo explico. Si cree realmente en lo que está diciendo, quiere decir que uno de nosotros está loco. Por otro lado, si está tratando de inventarse todo esto, simplemente para evitar una acusación por intento de robo... muy bien, la puerta está ahí. No trataré de detenerla. No tengo absolutamente nada que valga la pena robar, excepto la máquina de escribir, y apostaría a que podría usted conseguir bastante más que eso en cualquier otro apartamento. Si no vuelvo a verla por aquí, todo estará bien, y quiero que sepa que me siento realmente halagado por el hecho de que esté tan familiarizada con mi trabajo. Siga comprando lo que publico. O robándolo, si es eso lo que hace. Vamos, márchese de aquí —y señaló hacia la puerta con su mano libre.

Ella se quedó inmóvil junto a la ventana.

—Tiene que haber médicos capaces de curarte —dijo, con suavidad.

Entonces, él bajó el arma y los músculos de su antebrazo se relajaron.

—Vamos, márchese por esa puerta. No le voy a disparar.

Ella elevó su brazo izquierdo, retirándose la manga para poner al descubierto un brazalete de plata.

—Necesitas ayuda. Déjame que llame a las autoridades locales.

—¿Con tu radio de muñeca de dos bandas?

—Algo así.

—Me gustaría ver ese truco.

Ella tocó el brazalete y él se dio cuenta entonces de que estaba recubierto por una fina capa de filigrana. Ella frunció el ceño y pronunció su nombre como si se tratara de una especie de invocación, y volvió a tocarlo. Al final, dijo:

—Debemos hallarnos encerrados en un campo no conductor.

—Conque no funciona, ¿eh?

Ella se apretó con la otra mano la muñeca rodeada por el brazalete.

—¿Es esto una trampa? ¿Se trata de algún juego sádico? —preguntó, levantando la mirada hacia el techo y añadiendo—: ¿Nos está observando alguien en este momento?

Involuntariamente, él también levantó la mirada, y en ese instante de distracción, ella cruzó rápidamente el espacio que les separaba, le rodeó la cintura con los brazos y se mantuvo así, como si él fuera su única esperanza en un mundo que se hundía.

—¡No te soltaré! —gritó.

Él se sintió violento con su abrazo, y el arma se le quedó colgando por los dedos. Su cuerpo estaba caliente contra el suyo y su pelo era suave junto a su mejilla. Por un instante, casi se imaginó que ella era realmente Sharon Stuart, la heroína de mil aventuras interestelares, el ideal que él mismo había modelado para sí a través de incontables horas de escritura por un cuarto de centavo la palabra. Por un instante, tuvo la impresión de que aún se hallaba durmiendo, pero entonces el peso del arma en su mano le recordó que estaba perfectamente despierto.

—¿Qué quieres? —preguntó él, con suavidad, porque ella estaba muy cerca de sus labios.

—Nada más que a mi Mal —susurró ella, apretando a continuación la boca contra la suya.

Se sintió con la cabeza muy ligera besándola. Habían transcurrido muchos meses desde la última vez que tuviera a una mujer en sus brazos y no podía decidirse a romper el dulce contacto.

Al final, fue ella quien se separó, pero sólo unos centímetros.

—Conozco esa forma de besar —murmuró ella.

El revólver le arañó el hombro cuando él la atrajo más cerca, pero ella no pareció darse cuenta. Sólo cuando se hundieron en la cama abandonó el arma su mano, quedando junto a la almohada, como espectador incongruente de su rápida y silenciosa relación amorosa.

Después, mientras él dormitaba entre sus brazos, tuvo un viejo sueño muy familiar: soñó que caminaba por la oscuridad, gritando y pidiendo ayuda. En la distancia, le contestó una voz de mujer, pero por muy rápidamente que corriera —y a veces parecía como si volara—, nunca podía alcanzarla.

Finalmente, pudo verla, una débil silueta a la luz de tres lunas crecientes; pero en el momento en que levantaba un brazo para saludarla con un gesto de alegría, se despertó.

La mujer que se llamaba a sí misma Sharon Stuart se desperezó junto a él y después se incorporó.

—Ven fuera conmigo, Mal, y muéstrame qué clase de lugar es la Tierra.

Estudió la piel suave y pálida de su muslo, acariciándolo con las yemas de los dedos. Ahora ya había desaparecido su cólera, y su exasperación había sido sustituida por una divertida admisión del juego.

—Te parecerá bastante primitiva —dijo.

—¿Por razones estéticas? —preguntó ella mientras se vestía—. ¿Como una reserva de naturaleza salvaje?

—No, no es nada de eso.

Antes de vestirse, metió el manuscrito en un sobre con sellos y lo cerró; se dio cuenta entonces del revólver, que todavía estaba en la cama, y lo guardó cuidadosamente en el segundo cajón del tocador, bajo el montón de calcetines.

En el exterior, el día otoñal era ventoso y las cenizas, las semillas de dientes de león y las hojas sueltas de periódico se arremolinaron a su alrededor mientras caminaban. Al otro lado de la calle, un grupo de niños gritaban y jugaban sobre los escalones de la desvencijada sinagoga.

—Un lugar de aspecto bastante prosaico —comentó ella, señalando con un gesto de cabeza hacia los edificios bastante destartados que había a su izquierda, hacia los prados donde los cristales se mezclaban con la hierba formando un mosaico centelleante y hacia la calle llena de baches y la estropeada acera—. ¿Es esto un barrio pobre?

—Empieza a serlo —murmuró él—. Hay zonas más bonitas.

—Ya veo que los vecinos sólo pueden permitirse tener vehículos de tierra —dijo ella, indicando los coches aparcados en ambas aceras.

—Les llamamos automóviles —explicó Haskell—. Se basan en el motor de combustión interna. Consumen gasolina, un producto derivado del petróleo.

—¿Combustión interna? Pero si tenéis energía de emisión —dijo,

señalando hacía el tejado más cercano, de donde salían varias antenas altas.

—Recepción de televisión. Entretenimiento bidimensional, proyectado mediante un tubo de rayos catódicos sobre una pantalla de cristal recubierta de fósforo. Nuestra energía, energía eléctrica, nos llega a través de cables que van ya sea por el aire o bien por el suelo, subterráneamente.

—Cuando dijiste que esto era algo primitivo, no estabas bromeando — dijo ella, elevando las cejas.

Llegaron a la esquina, donde estaba el buzón de correos, en un lugar cubierto de hierba. Él echó el sobre al interior del buzón.

—Es un lugar muy sombrío comparado con Phydra o con Erinax II.

Ella lo observó todo, a su alrededor, volviéndose lentamente para inspeccionar cada detalle de la manzana de casas. Levantó la mirada hacia el cielo, protegiéndose contra la luz del sol.

—Tierra —dijo—. La cuna de la civilización. De algún modo, esperaba otra cosa..., torres altísimas, palacios flotantes.

Algo, en el cielo distante, llamó su atención y se protegió los ojos para verlo con mayor claridad. Un débil retumbar acompañó la plateada figura de ave; retumbar que fue aumentando de volumen a medida que el avión se fue acercando y pasó casi sobre ellos, en su vuelo bajo de aproximación al aeropuerto Midway.

—¿Es eso... un avión impulsado por hélices? —preguntó, con un tono de incredulidad en su voz.

—Es una forma bastante habitual de transporte.

—Pero... es tan ineficaz.

—Bueno, es lo mejor de que disponemos, al menos comercialmente. Los militares tienen aviones con propulsión a chorro, claro.

Ella observó el aparato, que desapareció hacia el oeste.

—Seguramente, la antigraavedad es bastante barata. A menos que exista alguna ley absurda contra su empleo.

—Aquí no tenemos antigraavedad.

—Entonces, tendrías que importarla.

—No, quiero decir que no se ha inventado todavía.

—¡Pues claro que sí! —replicó ella, con expresión asombrada—. Hace

siglos que se está utilizando. Fue inventada aquí mismo, en la Tierra.

Él sacudió la cabeza, negando.

Sharon se echó a reír, al principio dubitativamente y después ya con mayor facilidad, como si de pronto se diera cuenta de que le estaban tomando el pelo.

—Mal, tanto tú como yo hemos utilizado la antigravedad miles de veces. Hasta disponemos de cinturones privados en el Mundo de Jannick.

—Yo nunca he estado en el Mundo de Jannick y no existe eso que tú llamas la antigravedad. Al menos por ahora, en el año 1952.

Todo el cuerpo de Sharon se puso rígido, como si hubiese recibido un choque eléctrico.

—¿1952? ¿Qué sistema puede ser ése?

—El utilizado habitualmente por la civilización occidental: después de Cristo.

—¿Te estás refiriendo a la era cristiana?

—A la misma.

Ella se llevó una mano a los labios.

—¿Hemos sufrido una deformación tanto en el tiempo como en el espacio? ¿Han transcurrido miles de parsegundos... y miles de años?

Haskell se apoyó sobre el buzón de correos y dijo:

—No sé lo que sucederá contigo, pero yo he vivido aquí toda mi vida y apenas si me he alejado jamás cien kilómetros de esta ciudad.

—Mal, tú has estado a años luz de distancia de esta ciudad.

—No.

—Has estado en Altair, en Core, ¡y hasta en la Nube Inferior Magallánica! Has participado en combates librados en zonas mayores que la órbita de este planeta.

—Fui soldado de primera durante la guerra.

—Capitaneaste un acorazado durante la guerra.

—Me refiero a la Segunda Guerra Mundial, la que tuvo lugar en la Tierra hace unos pocos años. No capitaneé nada y nunca lo he hecho. La Tierra no tiene naves espaciales. Confío en que algún día las tendrá, pero, desde luego, nunca llegaré a encontrarme al mando de una de ellas. Yo sólo escribo sobre

ese tema.

—Mal...

—Y no soy Mal. De veras que no lo soy. Desearía serlo. Lo siento, pero creo que el juego ha terminado.

La cabeza de Sharon se inclinó con lentitud, como si se hallara bajo un terrible peso, y con los ojos mirando fijamente hacia la levantada acera situada bajo sus pies, se frotó la nuca con unos dedos rígidos. Parecía sentirse perpleja, como si necesitara consuelo, y Haskell hubiera querido acercarse a ella, tomarla en sus brazos, estrecharla contra él y decirle que no importaba, que nada de aquello importaba. Pero no hizo nada porque ahora tenía la escalofriante impresión de haberla estado juzgando mal durante todo el rato, y que todo aquello no había sido un juego, sino un error... un bien estructurado error basado en el producto que él había estado creando durante toda su vida.

Finalmente, ella levantó la mirada hacia él.

—Sam —dijo—. Sam... muéstrame..., ¿cómo lo llamaste? Hyde Park.

—Hay unas cuantas cosas que ver —dijo él, tomándola de la mano.

Caminaron. Dejaron atrás las modestas viviendas y continuaron caminando hacia el descolorido esplendor de los años veinte: edificios enormes, antiguos y laberínticos, necesitados con urgencia de una renovación. Echaron un vistazo en destantaladas y oscuras librerías y en estrechas panaderías del vecindario. Contemplaron el tren local continuo entrando en la estación de la calle Cincuenta y Siete, metiéndose después en el túnel y continuando su camino hacia el Museo de Ciencia e Industria.

En el gran vestíbulo abovedado del museo había antiguos monoplanos y biplanos, colgados del techo y sostenidos con hilos de acero. Se detuvieron bajo ellos. Grupos de escolares se arremolinaron a su alrededor, charlando y riendo y, cuando creyeron que sus maestros no les estaban mirando, patinando sobre el suelo pulimentado. En la tienda de *souvenirs* se estaba haciendo el negocio habitual, con la venta de cerámicas en miniatura, llaveros, ceniceros y folletos con el pie de imprenta del museo.

—Yo vengo aquí a menudo —dijo Haskell—. A veces para inspirarme. Otras veces sólo para distraerme.

Durante las pocas horas que faltaban para cerrar, sólo pudo mostrarle los aspectos más notables del museo: la exhibición de aceros; los teléfonos, el estudio de televisión educativa, la demostración de electricidad. Ella hizo unas pocas preguntas, pero lo miró y lo escuchó todo. La tecnología de la Tierra se abrió ante ella y frunció bastante el ceño.

Cuando salían, se detuvieron ante la enorme tabla periódica de elementos de forma cilíndrica. Aquí cada elemento tenía su propio nicho, iluminado por un pequeño tubo fluorescente, marcado con el nombre y el peso y el número atómico. Únicamente los radiactivos no estaban representados por muestras en estado puro, botellas de gas o productos comerciales. Ella siguió la hilera del fondo hasta la última inclusión, el elemento 98, el californio, y permaneció allí, de pie, durante largo rato, tableteando con los dedos sobre el cristal que la separaba del nicho vacío.

Fueron los últimos en marcharse y los vigilantes cerraron las puertas del museo tras ellos. Desde los anchos escalones de mármol, contemplaron el sol, hundiéndose por entre los bajos edificios al oeste y después bajaron a la orilla del lago para sentarse en el terraplén y ver cómo salían las estrellas.

—Sam —preguntó ella—, ¿qué es exactamente lo que escribes?

—Me parece que eso lo sabes tan bien como yo —contestó él, sonriendo.

—Escribes sobre Mal y sobre mí. Acerca del... futuro.

—No se gana mucho con eso, pero sí, eso es lo que hago. Escribo relatos de ciencia ficción.

Ella se quedó mirando fijamente sobre las aguas oscuras, hacia el horizonte vacío.

—No es *ficción*, Sam, Mal y yo somos reales. La guerra de Ziron fue real. Será real —se volvió hacia él, con la expresión del rostro un tanto borrosa al brillo de las recién encendidas luces de la calle, detrás de ella—. Sam, de algún modo has conseguido explorar el futuro. Supongo que con relación a Mal; él es tú, Sam, y tú eres él. No puedo imaginaros a ninguno de los dos como dos seres aparte.

—Siempre he pensado en él como si se tratara de un amplio perfeccionamiento de mí mismo.

—No. Tú tienes el mismo aspecto, hablas igual... sois algo más que

gemelos idénticos. Las posibilidades en contra de la duplicación genética, dejando aparte a los mellizos, son astronómicas, pero el número de personas que han vivido a través de la historia también es astronómico. Esa única posibilidad entre un quintillón de que se produjera una repetición genética puede haber sucedido ahora... en *mi* ahora. Ha ocurrido, Sam. Tú estás en relación con Mal y estás transcribiendo sus experiencias. De algún modo, esa relación ha abierto una puerta entre tu tiempo y el mío, y yo la he cruzado al escuchar tu llamada. No hay ninguna otra explicación posible.

Haskell se frotó la mejilla con dos dedos.

—Si abrí una puerta por vía de la relación con Mal, ¿por qué no ha venido él a través de esa puerta?

—Evidentemente, porque me querías *a mí*.

Entonces, él apartó la mirada, pero el rostro de Sharon permaneció claro en su mente, y el recuerdo de su carne estaba en sus manos.

—Quizá fuera así. Pero ni siquiera los gemelos idénticos tienen la clase de relación de la que tú estás hablando.

—Pues claro que sí. Ese es un hecho bien conocido.

—No, en mis tiempos, no lo es.

—Bueno, tus tiempos son bastante primitivos, ¿no crees?

Él cerró los ojos. No sabía qué pensar. ¿Estaba ella loca, o es que la verdad resultaba tan descabellada como en cualquiera de sus relatos?

Empezó a soplar un viento frío, procedente del lago, y eso le despertó de su ensimismamiento. El cielo estaba bastante oscuro y el brillo de las estrellas superaba el brillo de las luces de la ciudad.

—Se está haciendo tarde. Será mejor que nos vayamos.

—La noche es encantadora.

—No es buena idea estar aquí después de oscurecer.

—Somos dos —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Podríamos enfrentarnos con cualquier cosa que pudiera suceder.

—No siento tanta confianza al respecto como tú.

Ella le tocó la mano, con suavidad.

—Muy bien. Regresaremos a tu apartamento y nos relajaremos un rato. Después, podrás devolverme a mi tiempo.

—¿Devolverte a tu tiempo?

—Fuiste tú quien me trajiste aquí..., tú podrías hacerme regresar.

Él la cogió por la mano, apretándola.

—Supongo que sí —dijo, levantándose y haciéndola levantarse—. En realidad, no sé cómo voy a hacerlo.

Ella se acercó lo bastante como para besarle y Sam deslizó sus brazos alrededor de su cintura, encajándolos allí como si su cuerpo hubiera sido modelado para él.

—Lo convertiríamos en un verdadero problema, Sam. Tengo que regresar y lo sabes. Tengo responsabilidades que me están esperando. Y a Mal.

—Y a Mal —murmuró él.

Cogidos del brazo, caminaron junto a la orilla.

Por un momento, él consideró la idea de dirigirla hacia el Hospital Billings, hacia la clase de psiquiatras experimentados que probablemente la encerrarían en una celda con ventanas de barrotes. Pero no podía dejar de pensar en sí mismo: misteriosamente transportado al siglo diecisiete, encerrado en un manicomio, ¿sería capaz de salir alguna vez de allí en caso de encontrarse en tal situación? Ella no tenía dinero, ni identificación de ninguna clase, pero ¿qué sucedería si sus ropas estuvieran hechas de un tejido desconocido; qué pasaría si su brazaletes de plata resultaba ser de una aleación desconocida? La parte escéptica que había en él creía que ella estaba loca; su parte soñadora, en cambio, le decía que debía creer que ella era realmente Sharon.

Caminaron de regreso hacia el apartamento. Pasaron por callejuelas oscuras, junto a portales cubiertos por las sombras y edificios vacíos, con el tenebroso misterio del túnel del ferrocarril por debajo de ellos. Ella parecía sentirse atraída por tales lugares y caminaba despacio en medio de aquel silencio, mientras que él deseaba apresurar la marcha de un farol a otro de la calle. En los últimos días, los gamberros habían estado ocupados destrozando los faroles de color crema; uno de cada tres o cuatro aparecía apagado. Haskell tuvo la impresión de que su ruta se iba oscureciendo progresivamente, por mucho que intentara seguir un camino bien iluminado; tampoco se veía a otros peatones por las cercanías, aunque todavía no era

excesivamente tarde. Se encontraban aún a varias manzanas de distancia de su apartamento cuando oyeron los pasos. Ella miró hacia atrás, por encima de su hombro izquierdo.

—Alguien nos está siguiendo —murmuró Sharon.

Sam acopló sus pasos a los que escuchaba, haciendo que ella le siguiera con la misma rapidez, tirando de su brazo.

—No tienes que apresurarte, Sam. No importa.

—No, gracias —dijo él, respirando con demasiada dureza y rapidez—. Vamos.

Miró hacia atrás, tratando de hacerlo con naturalidad. Vio dos figuras borrosas por las sombras, altas, delgadas, de piernas largas, a unos veinte metros por detrás de ellos.

—Podemos deshacernos de ellos.

—No.

—Sam... ¿tienes miedo?

—Maldita sea, sí.

Su respiración se agarró a su garganta haciendo que sus palabras sonaran roncadas, y los músculos de sus piernas protestaron debido al rápido movimiento a que los estaba sometiendo.

—Yo puedo encargarme de los dos, Sam. Eso lo sabes.

—¡No!

Entonces, ella se separó de él.

—No quiero correr —dijo, y se volvió para dar la cara a los extraños.

Él se detuvo una media docena de metros más adelante y se quedó allí, helado, observando el enfrentamiento, mirando por encima de uno de sus hombros. La zona estaba oscura y llena de sombras confusas. Ella esperó a pie firme, con las manos en las caderas, mientras los otros se aproximaban y se lanzaban sobre ella, o ella se lanzaba sobre ellos. Los cuerpos se arremetieron y cayeron en la penumbra; y se oyó el sonido de gruñidos y gritos y el fuerte crujido de la carne y los huesos golpeados en plena melé. Una sombra se levantó después del montón y antes de que Haskell pudiera reaccionar se lanzó sobre él, tirándole al suelo, con las manos apretándole el rostro. Se revolvió y agarró la ropa y estiró, desgarrándola, y entonces su

asaltante dejó de forcejear y sólo quedó el sonido desahogado de su propia y acelerada respiración, pareciendo como si quedara colgada en el aire de la noche.

La mujer que se llamaba a sí misma Sharon le ayudó a levantarse.

—¿Estás bien?

Temblorosamente, se quitó el polvo. Le dolía la rodilla donde se había golpeado con el bordillo de la acera al caer, pero, por lo demás, estaba entero. Dos hombres yacían fláccidamente sobre la hierba, cerca de sus pies. Él les miró fijamente y preguntó:

—¿Están muertos?

—¿Acaso importa eso?

La miró a la cara y vio el brillo de sus ojos, como reflexión de alguna distante luz callejera. Comprendió que a ella no le importaba. La cogió por el brazo.

—Si están muertos, tenemos que avisar a la policía.

Ella removió uno de los cuerpos con un pie, después el otro. Ambos gimieron.

—Están vivos. Pero no se sentirán muy bien durante los próximos días. ¿Nos vamos?

—Sí. Sí, ésa es una buena idea.

Se las arregló para alejarse de allí sin mirar más de tres veces hacia atrás. Los hombres no se movieron ni una sola vez y al final, desde el otro extremo de la manzana, parecían haberse fundido con las sombras, desapareciendo por completo.

Le temblaban las manos cuando llegaron al apartamento. Y tuvo alguna dificultad para introducir la llave en la cerradura. Ya en el interior, se dirigió directamente a la despensa, y al fondo de un estante elevado encontró una empolvada botella, con un poco de whisky en el fondo; se la terminó de beber. Se sintió un poco mejor con aquel calor en el estómago.

Ella se sentó ante la mesa, cerca de la máquina de escribir.

—¿Hay muchos de esa clase en las calles de la Tierra?

—Demasiados —contestó él.

—Supongo que no les conocías; que en esto no había implicada ninguna

clase de venganza personal.

Él sacudió la cabeza negativamente.

—¿Querían robarnos? ¿Y quizá violarme?

—Veo que has comprendido la idea —dijo, sentándose en su silla, cerca de las rodillas de ella—. Lo solucionaste muy bien.

—Estoy entrenada para eso. Quizá en la Tierra debería haber más gente entrenada para eso... En tal caso, la oscuridad no resultaría tan peligrosa.

—Sí, creo que tienes razón.

Ella se adelantó y le tocó una mejilla con una mano.

—Querido Sam, no puedo quedarme más tiempo —se inclinó un poco más y le besó en la frente—. Ha sido extraño y maravilloso el conocerte, pero tengo un amante que me está esperando y un voto que cumplir ante Lord Alarion, Tienes que enviarme de regreso.

—No sé cómo hacerlo —dijo, cubriendo la mano de ella, caliente, con la suya.

—Cierra los ojos, Sam. Piensa en Mal y en mí y en nuestras vidas en el lejano futuro. Piensa en la puerta que sólo tú puedes abrir entre tu tiempo y el nuestro. Puedes hacerlo, Sam.

Él cerró los ojos y pensó en muchas cosas: en la cercanía de su cuerpo, en el sabor del whisky barato que aún tenía en la boca, en la destantalada y solitaria habitación que le quedaría cuando ella se hubiera marchado. Y finalmente pensó en Mal, esperando en alguna parte, muy lejos, esperando y quizá llamándola, del mismo modo que Sam Haskell había llamado. Entonces, sintió piedad por Mal y en ese momento de piedad quiso que se abriera la puerta y estuvo dispuesto a que ella se marchara por allí. Notó cómo las manos de ella se apartaban. Contuvo la respiración.

Pasó el momento. Abrió los ojos y ella seguía estando allí.

—No puedo hacerlo —dijo.

—Pues claro que puedes, Sam. Vuelve a intentarlo. Relájate y vuelve a intentarlo.

—Ya lo he intentado —dijo, negando con la *cabeza*—. De veras que lo he intentado. Si hubiera alguna puerta se habría abierto ahora. Pero no hay ninguna.

—*La* hay.

—No hay puerta, ni hay Mal, ni Sharon. ¿Es que no lo entiendes? Ha sido todo una ilusión. Eres una mujer hermosa y sabes luchar muy bien, pero eso no te convierte en Sharon. Necesitas ayuda, necesitas la ayuda de un médico...

Ella volvió a inclinarse hacia él.

—*Hay* una puerta, Sam. Piensa en Mal, esperando, preguntándose qué me habrá sucedido. Piensa en el palacio de múltiples chapiteles de Lord Alarion, en el gran salón de baile con su suelo transparente y sus cortinajes incrustados de gemas, en la escalera de oro y en las puertas de diamantes...

El tono de su voz era suave y mimoso, casi como una canción de cuna.

—Lo siento. Sea cual sea tu nombre, lo siento.

Ella se deslizó hasta el suelo, colocándose de rodillas ante él.

—Querido Sam, hay gente que depende de mí... No puedo traicionarles. Hasta un mercenario como yo tiene algo de honor.

Él le acarició el pelo oscuro con ambas manos.

—Te ayudaré. No te dejaré. Trabajaremos juntos en esto; saldrás de todo esto. No tardarás en olvidarte de Lord Alarion y de Mal.

—¡Sam! No podría quedarme en este lugar tan atrasado del espacio y el tiempo. No tenéis naves, ni impulsos hiper... Ya no volvería a ver nunca más las estrellas tal y como son. La Galaxia, Sam... ¡Es una vista tan gloriosa desde la Baja Nube Magallánica!

—Comprendo cómo te sientes. Si, de algún modo, yo pudiera marcharme, no me quedaría aquí. Tomaría una nave y exploraría el universo y correría las mismas aventuras que han experimentado Mal y Sharon. Vería RR Lira y Betelgeuse y Beta Cefei. Pero no puedo. Estoy atado a la Tierra, excepto por mi imaginación. Y tú también lo estás.

—Ven conmigo, Sam. Abre la puerta y traspásala conmigo. Tú y Mal y yo... ¡no lo lamentarás!

—No hay puerta —dijo él, agarrándola con fuerza por los hombros—. No la ha habido nunca.

—No lo has intentado con la suficiente fuerza de voluntad, Sam. En el fondo de ti mismo no deseas que me marche. Tu voluntad me está

manteniendo aquí. Sam, ¡por favor!

—No hay puerta alguna —susurró él.

Ella se lo quedó mirando fijamente a los ojos durante un largo rato, sin parpadear, con los labios apretados en una línea recta. Ante aquella mirada conminatoria, las manos de Sam se fueron deslizando hasta apartarse de ella. Con lentitud, Sharon se levantó y dijo:

—Acepto el cumplido que significa ese deseo tuyo de que me quede.

Después, con un movimiento rápido y suave, se volvió y cruzó la habitación. Antes de que Haskell pudiera moverse, ella había abierto el segundo cajón del tocador, sacando el revólver. Lo hizo girar, apuntándolo hacia él, sosteniéndolo con firmeza, con el brazo libre extendido rígidamente y la palma abierta mirando hacia él.

—¡Sharon, no hagas nada precipitado!

—No me quedaré aquí, Sam.

—Déjame que te encuentre ayuda; personas que te escucharán con simpatía...

—¿Me enviarán de regreso a mis verdaderos espacio y tiempo en un vehículo aéreo impulsado por hélices?

—Sharon, baja ese revólver.

Fríamente, ella le apuntó:

—Tu voluntad es la que me retiene aquí. Si te niegas a romper esa fuerza de voluntad, yo misma la romperé.

No hubo tiempo para gritar. La bala se introdujo en su cuerpo por el corazón, cegándole la luz; en el momento de caer hacia adelante, sus ojos helados percibieron un último instante del mundo; vio a Sharon, con el revólver desliziéndose de entre sus dedos. Parecía insustancial, transparente, como algo que se está desvaneciendo. Pero también se estaba desvaneciendo todo lo demás y la oscuridad le rodeó por completo antes de tocar el suelo en su caída. Ni siquiera oyó ya la calda del revólver, cerca de su propia mano.

CASANDRA

C. J. Cherryh

Incendios.

Se reproducían de forma incontenible.

Alis tanteó en busca de la puerta del piso y, al momento, supo que sería sólida. Podía sentir el metal frío del pomo entre las llamas... Vio la escalera en penumbra a través del sulfuroso humo exterior, con la bastante claridad como para tantear su camino, bajando por ella, convenciendo a sus sentidos de que los escalones soportarían su peso.

Loca Alis.

No se apresuró. Las llamas estallaban continuamente. Pasó a través de ellas, descendió insustancial la escalera hasta el suelo sólido; no podía soportar el ascensor, ese espacio cerrado que caía y caía a plomo; llegó a la planta baja, apartando los ojos de las llamas rojas, sin calor.

Un fantasma le dijo buenos días..., el viejo Willis, delgado y transparente contra las llamas que subían de repente. Ella parpadeó, hizo una tentativa de devolverle los buenos días y no se le pasó por alto la sacudida de cabeza del viejo Willis cuando abrió la puerta y se marchó. Frente a ella pasó el tráfico del mediodía, sin prestar la menor atención a las llamas, ni a las moles que resplandecían en la calle, ni a los ladrillos que se desmoronaban.

El apartamento se derrumbó..., ladrillos negros que caían en el infierno. Aquel infierno en medio de los verdes y fantasmagóricos árboles. El viejo Willis huyó, entre llamas, cayó —se volvió carne retorcida y ennegrecida— y murió, diariamente. Alis ya no gritaba y era difícil que se acobardara. Ignoró todo el horror que la rodeaba y se abrió paso a través de los ladrillos derrumbados que no contenían sustancia, y pasó junto a atareados fantasmas a quienes no se podía molestar en su prisa.

El Café de Kingsley estaba entero, más que el resto. Era un refugio para la tarde, una sensación de seguridad. Empujó la puerta, la abrió, y escuchó el tintineo de una campanilla perdida. Los clientes, en la penumbra, susurraron:

—La loca Alis.

Los susurros la molestaban. Evitaba sus ojos y su presencia; se sentó en un taburete, en el rincón en el que sólo quedaban vestigios del incendio.

GUERRA, decía el titular con negros caracteres. Se estremeció y levantó la mirada hacia Sam Kingsley y su rostro de fantasma.

—Café —dijo ella—. Y un bocadillo de jamón.

Siempre era lo mismo. Ni siquiera variaba la forma de pedirlo. La loca Alis. Su aflicción la mantenía. Un cheque le llegaba cada mes, desde que la dejaron salir del hospital. Regresaba cada semana a la clínica, a los doctores que ahora se desvanecían como los otros. El edificio ardía alrededor de ellos. El humo bajaba hacia los antisépticos vestíbulos azules. La semana anterior, un paciente echó a correr... ardiendo.

Un tintineo de porcelana. Sam dejó el café sobre la mesa y regresó poco después con el bocadillo. Ella inclinó la cabeza y comió, alimento transparente sobre porcelana medio rota, una taza astillada, sucia por el humo, con un mango transparente. Comió, pues sentía el hambre suficiente como para superar el horror que ya se había convertido en algo tan habitual. Lo había visto cien veces, y las imágenes más terribles iban perdiendo su poder sobre ella: ya no gritaba a las sombras. Hablaba con los fantasmas y los tocaba, se tomaba la comida que, de algún modo, calmaba el dolor de su hambriento estómago, y llevaba el mismo jersey negro, demasiado largo, y la misma camisa azul y los mismos pantalones grises porque era todo lo que tenía que le pareciera sólido. Los lavaba por la noche, los ponía a secar y se los vestía al día siguiente, dejando que toda la demás ropa permaneciera colgada en el armario. Eso era lo único sólido que tenía.

No les contaba esas cosas a los médicos. Una vida entera entrando y saliendo de los hospitales había hecho que se mostrara muy cautelosa con la confianza. Sabía lo que debía decir. Su semivisión la hizo sonreír hacia los rostros de los fantasmas que manipulaban sus cartas, sentados sobre las ruinas que habían empezado a apagarse a últimas horas de la tarde. En el

vestíbulo había un cuerpo ennegrecido. No se acobardó cuando sonrió al médico con aire bonachón.

Le dieron las medicinas. Éstas detenían los sueños, los aullidos de las sirenas, los pasos que corrían en la noche por delante de su apartamento. La permitían dormir en su cama fantasmal, muy por encima de las ruinas, con las llamas que crujían y voces que gritaban. Ella no hablaba de esas cosas. Los años pasados en los hospitales le habían enseñado. Sólo se quejaba de pesadillas y de insomnio, y ellos le permitían tomar de aquellas pastillas rojas.

GUERRA, proclamaba el titular.

La taza tintineó y tembló contra la cafetera cuando ella la levantó. Se tragó el último bocado de pan y lo hizo bajar con un sorbo de café, tratando de no mirar más allá de la rota ventana que daba a la calle, hacia donde las retorcidas moles de metal humeaban. Se quedó, como hacía cada día, y Sam, de mala gana, volvió a llenarle la taza que ella mantendría todo el tiempo que pudiera para después pedir otra. La levantó, saboreando la sensación, deteniendo el temblor de sus manos.

La campanilla sonó débilmente. Un hombre cerró la puerta y se instaló en la barra.

Entero, de ojos claros. Ella se le quedó mirando con fijeza, asombrada, mientras el corazón le latía con fuerza. El hombre pidió café, se movió para coger un periódico del montón expuesto a la venta, volvió a sentarse y dejó que el café se le enfriara mientras leía las noticias. Ella sólo había visto su espalda mientras lo hacía: chaqueta de cuero marrón, cabello moreno, un poco por encima de su cuello. Finalmente, se bebió el café ya frío, de un solo trago, dejó dinero sobre el mostrador y se marchó, abandonando el periódico, con los titulares vueltos hacia abajo.

Un rostro joven, carne y huesos entre los fantasmas. Él los ignoró a todos y se dirigió a la puerta.

Alis se bajó rápidamente de su taburete.

—¡Eh! —gritó Sam tras ella.

Rebuscó en su bolso mientras la campanilla tintineaba y dejó un billete sobre el mostrador, sin importarle que fuera de cinco. El temor se expresó en

el rictus de su boca; él se había marchado. Salió corriendo del café, rodeó los cascotes sin pensárselo y vio la espalda del hombre, que desaparecía entre los fantasmas.

Corrió, tropezando con ellos, enfrentándose valientemente a las llamas; gritó mientras los cascotes se desmoronaban sobre ella sin producirle dolor, y siguió corriendo.

Los fantasmas se volvieron y la miraron, con fijeza, asombrados; él hizo lo mismo y ella corrió a su lado, asombrada de ver la misma perplejidad en su rostro al contemplarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Ella parpadeó, aturdida al darse cuenta de que él no la veía de un modo diferente a como la veían los otros. No pudo contestar. Con irritación, el hombre comenzó a caminar de nuevo, y ella le siguió. Las lágrimas se deslizaron por su rostro y su respiración pareció apretarle la garganta. La gente la miraba. El hombre se dio cuenta de su presencia y caminó aún más de prisa, a través de los cascotes, a través de los incendios. Un muro comenzó a caer y ella comenzó a gritar, incluso a pesar de sí misma.

El hombre saltó. El polvo y el hollín se elevaron como una nube detrás de él. Tenía una expresión de tensión y cólera en el rostro. La miró fijamente, como hicieron todos los otros. Las madres alejaron a sus hijos del lugar. Un grupo de jóvenes no dejaba de mirarla, con una expresión fría en los ojos sonrientes.

—Espere —pidió ella.

El hombre abrió la boca como para maldecirla, pero ella no se acobardó y las lágrimas se enfriaron bajo el viento sin calor procedente de los incendios. El rostro del hombre se retorció, con una piedad embarazosa. Se llevó una mano al bolsillo y empezó a sacar dinero, apresuradamente, y trató de dárselo. Ella sacudió la cabeza, furiosa, mientras trataba de detener las lágrimas; miró hacia arriba, reuniendo todo su valor cuando otro edificio empezó a incendiarse.

—¿Le ocurre algo? —le preguntó él—. ¿Le sucede algo malo?

—Por favor —rogó ella.

El hombre miró a su alrededor, hacia los fantasmas que les contemplaban,

y después comenzó a caminar despacio. Ella se puso a su lado, al tiempo que trataba de mantener la serenidad, de no ponerse a llorar ante las ruinas, ante las pálidas figuras que deambulaban por entre edificios derrumbados y quemados, ante los cuerpos retorcidos tumbados en la calle, por donde circulaba el tráfico rodado.

—¿Cómo se llama? —preguntó él.

Y ella se lo dijo. El hombre la miraba de vez en cuando con el ceño permanentemente fruncido, mientras caminaban. Tenía un rostro bien curtido para su juventud, una diminuta cicatriz junto a la boca. Parecía mayor que ella. Se sintió incómoda por la forma en que él la miró, de arriba abajo; pero decidió aceptarlo, soportar cualquier cosa que le proporcionara esa única presencia sólida. Frente a cada inclinación, ella introducía su mano por el hueco del brazo masculino, apretando los dedos sobre el cuero gastado. Él lo aceptó.

Y, al cabo de un rato, deslizó su brazo por detrás de ella, la rodeó por la cintura, y caminaron así, como amantes.

GUERRA, gritaban los titulares de los periódicos del puesto.

Él empezó a doblar por una calle, junto a la tienda de Tenn. Ella gritó ante lo que vio allí. El hombre se detuvo al notarlo y se colocó frente a ella, de espaldas a los fuegos de aquel incendio.

—No vaya —dijo ella.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó él.

Ella, impotente, se encogió de hombros y terminó por indicar la calle principal, en la otra dirección.

Entonces, él le habló como si se dirigiera a una niña, y tratara de alejar su temor con bromas. Era un rasgo de piedad. Algunos la trataban de ese modo. Ella lo reconoció, e incluso lo admitió sin protestar.

Se llamaba Jim. Había llegado a la ciudad el día anterior. Buscaba trabajo. No conocía a nadie en la ciudad. Alis escuchó su confusa torpeza, leyendo a través de ella. Cuando hubo terminado, le miró fijamente, quieta, y vio cómo su rostro se contraía de consternación.

—No estoy loca —dijo.

Lo cual era una mentira de la que todo el mundo en Sudbury se habría

dado cuenta.

Pero él no lo sabía, porque no conocía a nadie. La expresión de su rostro era real y sólida, y la pequeña cicatriz de la boca le daba un aspecto duro cuando se quedaba pensativo; en cualquier otro momento, ella se habría sentido aterrorizada ante él. Ahora sentía terror ante el simple pensamiento de perderle entre los fantasmas.

—Es la guerra —dijo él.

Ella asintió con un gesto, tratando de mirar hacia él y no los incendios. Los dedos del hombre tocaron su brazo, con suavidad.

—Es la guerra —volvió a decir—. Todo es una locura. Todos se han vuelto locos.

Y, entonces, le puso la mano en el hombro y la hizo girar hacia el otro lado, hacia el parque, donde las hojas verdes se ondulaban sobre las ennegrecidas y esqueléticas ramas. Caminaron a lo largo del lago y, por primera vez en mucho tiempo, ella respiró a gusto y sintió una presencia completa y sana junto a sí.

Compraron palomitas de maíz y se sentaron sobre la hierba, junto al lago, y lanzaron el maíz hacia los espectrales cisnes. Fueron pocos los fantasmas que pasaron junto a ellos, sólo los suficientes para tener una sensación de ocupación del lugar; gente anciana en su mayor parte, tambaleándose con la deliberada tranquilidad de su rutina, a pesar de los titulares.

—¿Los ve, todos delgados y grises? —se aventuró a preguntar ella.

Él no comprendió, no la entendió bien, y se limitó a encogerse de hombros. Débilmente, ella abandonó la cuestión. Se levantó y miró hacia el horizonte, donde el viento se llevaba el humo.

—¿Quiere cenar? —preguntó Jim.

Alis se volvió, preparada para eso, y se las arregló para esbozar una sonrisa tímida, desesperada.

—Sí —contestó, a sabiendas de lo que él esperaba comprar con eso, queriendo y odiándose a sí misma y con un temor desesperado de que él se alejara caminando, esa noche, al día siguiente...

No conocía a los hombres. No tenía la menor idea de lo que podría decir o hacer para impedir que se marchara, sólo sabía que él lo haría algún día,

cuando se diera cuenta de su locura.

Ni siquiera sus padres habían sido capaces de soportar aquello; al principio, sólo la visitaron en los hospitales; después, dos días de fiesta y, finalmente, dejaron de ir. No sabía dónde se encontraban.

Hubo una vez un muchacho vecino que se ahogó. Ella había predicho que se ahogaría. Lo había gritado ante todos. Y toda la ciudad comentó que ella había sido quien le empujó al agua.

La loca Alis.

Fantasea, dijeron los médicos. Nada peligroso.

La dejaron salir. Había escuelas especiales, escuelas del Estado.

Y de vez en cuando: hospitales.

Tranquilizantes.

Se había dejado las pastillas rojas en casa. El darse cuenta hizo que brotaran gotitas de sudor en las palmas de sus manos. Las pastillas le permitían dormir. Detenían los sueños. Apretó los labios contra el pánico y decidió que esa vez no las necesitaría..., no mientras no estuviera sola. Deslizó su mano por el brazo de él y caminó a su lado, segura y extraña a la vez, subiendo la escalera que daba del parque a las calles.

Y se detuvo.

Los incendios se habían apagado.

Los edificios fantasmales se elevaban por encima de sus cascarones dentados y sin ventanas. Los fantasmas se movían sobre masas de cascotes, casi oscurecidos a veces. Él tiró de ella, pero su paso vaciló y eso hizo que la mirara de un modo extraño y que la rodeara con su brazo.

—Estás temblando —dijo él—. ¿Tienes frío?

Sacudió la cabeza, e intentó sonreír. Los incendios se habían apagado. Trató de considerarlo como una buena señal. La pesadilla había pasado. Levantó la mirada hacia el rostro sólido y preocupado del hombre y su sonrisa casi se convirtió en una risa desatada.

—Tengo hambre —dijo ella.

Se entretuvieron con la cena en el restaurante de Graben; él, con su chaqueta gastada; ella, con su jersey holgado, que le colgaba por la cintura y por los codos; los espectrales clientes llevaban ropas mucho mejores y les

miraban continuamente, y ellos estaban sentados en un rincón, en el lugar más cercano de la puerta, donde fueran menos visibles. Había cristal rajado y porcelana rota sobre mesas insustanciales, y las estrellas parpadeaban fríamente por entre las abiertas ruinas, por encima del brillo macilento de los candelabros rotos.

Ruinas, frías y pacíficas ruinas.

Alis miró a su alrededor, con tranquilidad. Una podía vivir entre las ruinas sólo cuando los incendios habían desaparecido.

Y estaba Jim, que le sonreía sin ningún matiz de piedad, sólo con una tensa desesperación que ella comprendió. Jim, que se gastó más de lo que podía en el restaurante de Graben, cuyo interior ella nunca había confiado ver, y que le dijo que era muy hermosa. Otros se lo habían dicho. De una forma vaga, no le agradó que él le dijera aquella vulgaridad, precisamente él, en quien había decidido confiar. Sonrió con expresión triste cuando él lo dijo y expresó la sonrisa frunciendo el ceño, temerosa de ofenderle con su melancolía. Por eso volvió a sonreír.

La loca Alis. Él se enteraría y se marcharía esta misma noche si no llevaba cuidado. Trató de dar un poco de alegría a la velada, intentó reír.

En ese momento, la música se detuvo en el restaurante y el ruido de los otros comensales desapareció: el director anunciaba algo de locos.

Refugios..., refugios..., refugios...

Hubo gritos. Las sillas rodaron por el suelo.

Alis se quedó flácida en su asiento, sintió la fría y sólida mano de Jim que tironeaba de ella, vio su rostro asustado pronunciando su nombre mientras la cogía en sus brazos, atrayéndola hacia sí, y echaba a correr. Se sintió golpeada por el frío aire del exterior; conmocionada al ver de nuevo las ruinas, las fantasmagóricas figuras que corrían hacia aquel caos donde peores eran los incendios.

Y ella lo sabía.

—¡No! —gritó, al tiempo que tiraba del brazo de él—. ¡No! —insistió.

Y los cuerpos, medio vistos, tropezaron con ellos, en un afán de destrucción. Él se dejó llevar por su repentina seguridad, la agarró de la mano y retrocedieron de nuevo, frente a la multitud, mientras las sirenas sonaban

como locas a través de la noche, y huyó con ella, dejándose dirigir por entre la escena de ruinas que ella había visto ya.

Y entraron en el local de Kingsley, donde las mesas de café aparecían abandonadas, todavía con la comida caliente sobre ellas. Las puertas de par en par, las sillas por el suelo. Se metieron en la cocina y bajaron. Bajaron hacia el sótano, hacia la oscuridad, hacia la fría seguridad, huyendo de las llamas.

Nadie les encontró allí. Finalmente la tierra se estremeció a demasiada profundidad como para sonar. Las sirenas dejaron de aullar y no volvieron a oírlos.

Permanecieron en la oscuridad, apretados el uno contra el otro, estremecidos, y por encima de ellos, durante horas, el rugido del fuego. A veces, el humo penetraba hasta allí, y les picaba en los ojos y en la nariz. Escucharon el sonido distante del derrumbamiento de ladrillos, de muros que estremecieron el suelo al caer, todo ello muy cerca, pero sin llegar a afectar a su refugio.

Y por la mañana, con el olor del fuego todavía en el aire, salieron a la turbia luz del día.

Las ruinas estaban tranquilas y en silencio. Los fantasmales edificios eran ahora sólidos, completamente derrumbados. Los fantasmas habían desaparecido. Eran los incendios mismos los que resultaban extraños, algunos eran ciertos, otros no, oscilando sobre ladrillos oscuros, fríos. La mayor parte de ellos se estaban desvaneciendo.

Jim lanzó un juramento, con suavidad, una y otra vez, y lloró.

Cuando ella le miró sus propios ojos estaban secos, porque ella ya había llorado por todo aquello.

Y escuchó, mientras él comenzó a hablar de comida, de abandonar la ciudad, ellos dos.

—Está bien —aceptó ella.

Después, apretó los labios, y cerró los ojos a lo que vio en el rostro de él. Cuando volvió a abrirlos, seguía siendo cierto. Aquella repentina transparencia, la estela de sangre. Ella tembló y él la sacudió, con una expresión de tensión en su rostro de fantasma.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. ¿Qué pasa?

Ella no pudo decírselo, no se lo diría. Recordaba al muchacho que se había ahogado, recordaba a los otros fantasmas. De repente, se desprendió de su mano y echó a correr, sorteando el laberinto de cascotes que ahora eran sólidos.

—¡Alis! —la llamó él, y echó a correr tras ella.

—¡No! —gritó ella de repente, y se volvió para ver la pared inestable, la cascada de ladrillos que se desmoronaba.

Ella trató de volverse, pero se detuvo, incapaz de obligarse a sí misma. Extendió las manos hacia adelante, para advertirle que retrocediera, y le vio sólido.

Los ladrillos cayeron con estrépito. El polvo se levantó del suelo, denso por un momento, oscureciéndolo todo.

Ella permaneció quieta, con las manos en los costados; después se limpió las lágrimas del rostro, se volvió y comenzó a caminar, manteniéndose en el centro de las calles muertas.

Por encima de su cabeza, las nubes se fueron acumulando, repletas de lluvia.

Deambuló de un lado a otro, en paz, viendo cómo la lluvia manchaba el pavimento, sin llegar a sentirla todavía.

Poco después, la lluvia empezó a caer con fuerza y las ruinas se convirtieron en algo frío. Visitó el lago muerto y los árboles quemados, las ruinas del restaurante de Graben, de entre las cuales recogió un collar de cristal, que se puso.

Sonrió cuando, un día después, un saqueador le quitó sus provisiones de comida. El hombre tenía una mirada de fantasma y ella se echó a reír desde un lugar al que él no se atrevió a subir y se lo dijo así.

Y recuperó sus víveres más tarde, cuando aquello se hizo realidad, y se instaló entre las ruinas que ya no representaban amenaza alguna, ahora sin pesadilla alguna, con su collar de cristal y con mañanas que serían lo mismo que hoy.

Una podía vivir en las ruinas, ahora que los incendios habían desaparecido.

Y todos los fantasmas estaban en el pasado, invisibles.

SHAN

Kit Reed

Cuando Ella Demper dijo que iba a dar otra fiesta en su casa, yo pensé: ¡Oh, no! No después de la fiesta de modas de Billie Burke, donde terminamos por comprar todo nuestro guardarropa de invierno para los próximos diez años, porque Ella no nos dejaba marchar hasta que lo hiciéramos, o como la fiesta de los cosméticos Marvalon, desde la que tengo suficientes pestañas postizas en mi tocador como para suministrar a diez estrellas de cine durante cien años. Ella da unas fiestas maravillosas, pero son la clase de fiestas a las que siempre acuden las amigas y vecinas y donde todo el mundo tiene que comprar algo, ya se sabe, combinando el placer con el beneficio, como se dice en el folleto. Y como si eso no fuera suficiente, no le deja a una salir por la puerta hasta que no haya firmado una tarjeta comprometiéndose a organizar una fiesta, y como las ropas o los cosméticos o lo que sea siempre parecen tan bonitos y tan fáciles de vender, termino por firmar sobre un compromiso de este o aquel otro tipo, porque estoy convencida de que si Ella puede hacerlo, yo también. Sólo hay que intentarlo e invitar a alguien a la propia fiesta de Tupperware cuando Ella ya ha celebrado la suya; ellos siempre saben que la fiesta organizada por una no será tan buena como la anterior, a pesar de que una se pase días enteros con la decoración y a pesar de que ellos tengan para vender sus propios artículos Tupperware.

A estas alturas, se podría pensar que yo debería saber mejor lo que me hago, pero la cuestión es que las fiestas de Ella son siempre encantadoras, que ella trabaja durante días en la comida y en la decoración y que el lugar siempre parece como un cuento de hadas, con ángeles hechos de pastel y mazorcas de maíz entrelazadas y, en las Navidades, hace guirnaldas con flores las ventanas; Ella coge las tapas de todas sus vasijas de zumo de

naranja y las cuelga de todos los árboles que hay fuera y eso resulta de lo más lindo cuando todas empiezan a girar, impulsadas por el viento. Pero a veces, me pregunto, ¿realmente quieres que todas ellas pinten animalitos domésticos al pastel, o hagan las torres de helado o escuchen la música de violín como hizo Ella en su última fiesta de Faberware, cuando cada vez que muerdes un trocito de pastel sabes que al final vas a tener que pagar por ello?

Debería admitir que siempre me lo pienso dos veces y que después siempre termino por ir, porque no me invitan tanto, siendo una mujer sola como soy, y porque es un cambio agradable alejarse de la televisión por la mañana y de la televisión por la tarde y de todas esas ocasiones en que llamo a mi médico de cabecera sólo para escuchar una voz humana. Mi hermana Cynthia solía hacernos salir de casa y hasta invitaba a gente a venir, pero hace cinco años que no está, y debo admitir que si comparo lo que me pierdo, como su compañía, con todo lo demás, podría decir que me alegra poder disponer ahora del periódico matinal todo para mí, y que ahora, cuando tengo que ir al cuarto de baño, ya no tengo que esperar nunca, y me alegra no tener que observarla cuando coge las tostadas del centro, una y otra vez. Siempre se come el centro más blando y siempre me deja a mí las partes con las que tengo más problemas para partir las dichas costras.

Así es que cuando Ella me llamó, ya pueden suponérselo, sentí emociones encontradas. Realmente, me encantan sus fiestas, pero allí estaba yo con mi negligee Billie Burke y con las madejas de hilo Glamorware con plumas de avestruz, con la caja de Tupperware donde tengo metidas las medias porque era lo último que me quedaba y ya no se me ocurría otra cosa que hacer con aquello. Estaba allí mirando las placas y la papelera que me hice con la caja de instrumentos que compramos en aquella fiesta, y estaba sopesando su invitación, pensando: ¿puedo permitírmelo?

—Me encantaría ir —le dije—. ¿Pero puedo permitírmelo, Ella?

Bueno, Ella se enojó un poco y me dijo:

—Celia, no siempre tengo cosas para vender.

—Entonces muy bien. ¿De qué se trata?

—Se trata de él.

—¿Un hombre?

Ella balbució algo y finalmente dijo:

—Algo así. Quiero decir, Celia, que sólo puedo comunicarte que se trata de una oportunidad única en la vida. Quiero que conozcas a este político.

—Y todas vamos a tener que hacer campaña electoral y cerrar sobres con propaganda.

—No es exactamente eso —dijo, arreglándoselas para que su voz sonara a importante—. Él está... bueno, está en el exidio.

—*Exilio.*

Estaba pensando en los húngaros para quienes nos había hecho encontrar hogares durante todos aquellos años, y los cubanos y los vietnamitas.

—Ya lo verás —dijo Ella.

—*No estarás tratando de que nos quedemos con huérfanos de guerra o algo...*

—Él es realmente insólito —me dijo, sin querer contestar ninguna otra pregunta—. Ya lo verás.

Bueno, no habla salido de casa desde el funeral de Alva Edgar y aún me quedaba por estrenar mi vestido de cóctel Billie Burke. Así es que le dije que estaría allí, pero al mismo tiempo sabía que tenía que comprobar el saldo que me quedaba en la cuenta corriente, por si acaso.

La casa tenía el aspecto de un lugar de cuento de hadas; había cogido latas de pasteles Saralee con bandas rojas y las había colocado alrededor del marco de la puerta, de modo que en cuanto una entraba allí se daba cuenta inmediatamente de estar en un sitio diferente; y, lo que es más, había puesto un gran globo naranja en el techo de la sala, con gallardetes amarillos que salían de todos lados, y todos los cartelitos y muñequitos estaban cubiertos de rojo y amarillo y naranja, y hasta había puesto celofán amarillo alrededor de todas las lámparas, de modo que daban un brillo bastante misterioso, y cuando estuvimos todas reunidas y se produjo un poco de silencio, Ella dijo:

—Chicas, bien venidas al planeta Torg.

Creo que yo habría pasado por cualquier cosa. Sentía un leve estremecimiento, como todas las demás, pero al mismo tiempo tenía una curiosa sensación, ¿saben lo que quiero decir?, preguntándome si Ella estaría hablando en serio o no. En aquel momento, no sucedió nada más; Ella había

preparado bonitas bebidas de zumo de arándano, con rodajas de limón flotando en él. Se me ocurrió la idea de que a las bebidas se les podía haber echado licor, así es que me lo tomé con calma, aunque la mía estaba muy buena. Cuando le pregunté por el gusto que tenía aquello, me hizo mirar atentamente el hielo y ¿podrán creer que había puesto zumo de naranja en moldes, colocándolos después en el congelador y echándolos en los vasos? Le dije que era la cosa más encantadora que había visto en mucho tiempo, y ella se sintió muy contenta. Binnie Osterwald tiene un nieto que toca uno de esos instrumentos indios, ya saben, un sitar, y él estaba allí, tocando en un rincón, mientras nosotras estábamos sentadas, bebiendo aquella sorpresa de arándano debajo de aquel globo naranja. ¿Saben una cosa? Recuerdo que pensé: esto es realmente otro planeta; parece como si no estuviéramos en modo alguno en Plainville.

Para entonces, ya habíamos pasado la media tarde y Ella no había sacado todavía ninguna mercancía, puesto que las copas y salseras con delicados adornos de tréboles de la marca Ginny Simms, y la montura plateada de las gafas que llevaba desde hacía años, y las ropas que tenía puestas, todo eso procedía de otras fiestas: el Faith Domergue sin tirantes y las medias Pantone con las ligas Glintone; hasta las cejas postizas eran de una de sus antiguas fiestas de compromiso. Así es que, al margen de lo que fuera a vendernos en esta fiesta, no era nada de lo que yo podía ver por allí, al menos en aquellos momentos, y cuando le pregunté por qué aquélla era una fiesta del planeta Torg, Ella me contestó: «¡Oh!, sólo ha sido una vieja idea que he sacado del número de fiestas especiales del *Día de la mujer*.»

Bueno, tendría que haberme dado cuenta pero empezaba a estar achispado con la sorpresa de arándano. Me sentía cada vez más achispado y, en cuanto a Ella, hasta nos dijo cómo hacía su cacerola: se pone este lecho de Fritos y se lo cubre con atún Bumble Bee y con trozos de mandarina y se vierten sobre todo ello trocitos de pollo Campbell y entonces se pone en el horno. Claro que Ella lo hizo un poco diferente al gratinar queso rayado por encima, y también le puso un huevo porque, como siempre decía cuando una le pedía una receta: «Yo siempre pongo un huevo.» Lo que significa que está demostrando ser mejor que las instrucciones de cualquier paquete antiguo,

vamos, que es una verdadera cocinera. Y, desde luego, los pastelillos eran los mejores. Más tarde, Ella dijo que había mezclado pudín instantáneo Jello de chocolate con bollo de Duncan Hines y con un par de otras cosas, y lo que llevaba por encima sólo era una ligera capa espolvoreada de polvos Jello; ya pueden imaginarse lo bueno que estaba aquello. Para entonces, yo ya me sentía realmente bien, feliz e importante, porque Ella nunca había revelado en una misma noche dos de sus recetas especiales, y yo era la única a quien se lo había dicho. Así es que cuando Ella le sacó, pensé que él era alguien especial que iba a cantar o bailar para que la fiesta fuese mejor, como el nieto de Binnie, y pensé: «La buena de Ella... bueno, nos lo merecemos después de tantos años de comprar cosas.»

De haber sabido entonces lo que sé ahora...

Era joven, casi tanto como el nieto de Binnie, quien para entonces ya había desaparecido, supongo que para dar algún concierto de rock and roll. Pero éste no era realmente ningún muchacho; era más elegante que nadie de los que yo había conocido, incluso más que Eben Ringer, con quien casi me casé cuando los dos teníamos diecisiete años. Pero éste parecía hallarse rodeado por algo especial; su piel parecía un poco descolorida, como si lo que corriera bajo ella no fuese sangre ordinaria, y tenía la cabeza un poco más alargada que la media de las personas quizá para hacer sitio a un tipo especial de cerebro. Él nos miró a todas con ojos que eran como lámparas eléctricas, y cuando sus ojos se posaron sobre mí, pensé que, iba a morirme allí mismo, porque hubiera hecho lo que me hubiese pedido.

—Chicas —dijo Ella cuando él nos hubo mirado a todas en completo silencio, inspeccionando también la habitación—. Ésta es una persona de otro planeta.

Y, se lo puedo asegurar, pensamos que Ella había ido quizá un poco demasiado lejos con su diversión, pero no hubo allí ninguna de nosotras que se atreviera a negar que eso era exactamente lo que era.

Entonces, él habló, y todo lo que dijo fue:

—Buenas tardes.

Pero nosotras lo sabíamos.

Después de eso, encendió el globo que había en el techo y del que les

hablé antes, ¿recuerdan? Bueno, pues no era un globo, sino más bien una especie de proyector especial, a excepción de que las imágenes estaban todas dentro de él, ¿saben? Era como una loca bola de cristal y todas nos sentamos allí con nuestros vasos de zumo de arándano con los cubitos de zumo de naranja helado tintineando contra el cristal del vaso, mientras él nos contaba una historia que ustedes jamás creerían. Una historia como de cuento de hadas, excepto que en la bola se podían ver las imágenes para demostrar que era cierto.

Resultó que eran imágenes del lugar de donde él procedía, con aquella gente fiera y atractiva deambulando arriba y abajo por aquellos edificios que, según nos dijo, estaban todos hechos de marfil, aunque por Dios que nunca oí hablar de elefantes que fuesen tan grandes como para tener aquellos colmillos.

El cielo también tenía un color extraño, pero no importa; si las luces se encendían y aquello no resultaba ser más que una sesión de dibujos animados, no por ello dejaba de ser un buen espectáculo.

Era una cosa extraña, porque no se trataba de muñecos animados. Él estaba produciendo aquellas imágenes con una cosa que se sacó del bolsillo; era como si las disparara hacia el aire y el globo o lo que fuera las recogiera y las hiciera más grandes para que nosotras pudiéramos verlas. Contemplamos un buen montón de casas de marfil y después vimos su casa, y a él con su madre y su padre, sólo que él los llamaba Mentores, y yo pensé en tenerle en casa para cuidarle y enviarle a la escuela por las mañanas con la bolsa del almuerzo y el pelo todo brillantado y entonces pensé: «¡Aaaahhh!»

La siguiente cosa fue aquella imagen de un buen grupo de ellos sentados alrededor de aquel jardín rojo, y entonces todo el mundo puso cara de asustado, porque aquel elefante apareció sobre la colina; al menos yo creo que era un elefante, pero en cualquier caso era tan grande que lo único que podía verse en la imagen era una gran pata con enormes pezuñas amarillas, y el extremo puntiagudo de aquella enormidad, y él no hizo nada, ni dijo nada, pero se las arregló para dejar bien claro que aquellas cosas estaban arrasando su mundo, y que nadie podía disponer de ningún sitio donde instalarse o construir una casa, debido a todos aquellos gigantescos elefantes, que alguien

tenía que dar su brazo a torcer, o ellos, o los elefantes. Cuando vimos las imágenes de la guerra fue algo terrible, y para cuando todo hubo terminado, todos ellos vomitaban y se tambaleaban porque el aire estaba envenenado y todas las plantas también estaban envenenadas, y todos ellos tenían que tomar cosas enlatadas bajo protecciones subterráneas, y sólo les quedaban unos años, no sé cuántos, de alimentos y de oxígeno.

Él nos contempló de nuevo con aquellos ojos suyos que la hacían a una sentirse muy débil sólo de mirarlos, y entonces dijo:

—Así es que, como verán, necesito su ayuda. Ustedes, buenas señoras, pueden ser mis misioneras, y serán recompensadas por ello en la nueva civilización.

Así es que, después de todo, me imaginé que aquello también era un poco como la fiesta de Tupperware. Se suponía que debíamos organizar fiestas así para todos nuestros amigos y todas nosotras recibiríamos un globo de imágenes como aquél, y cuando tuviéramos listo a un grupo de gente, Shan vendría y hablaría personalmente con ellos, sin obligación ninguna y sin nada que comprar, y así nos ganaríamos su gratitud eterna. Así es que eso sonaba bien, pero entonces se produjo aquel largo silencio mientras todas nos lo pensábamos, ya saben, tratando de descubrir lo que él quería que hiciéramos.

Entonces, habló Ella, porque después de todo era su fiesta y dijo:

—Shan, querido. Será mejor que les digas a las chicas cuál es tu necesidad.

Él se la quedó mirando, como pensando que Ella era una condenada tonta, y yo misma pensaba que era un poco lenta de mollera y dijo:

—Querida, necesitamos un sitio nuevo.

—¿Qué clase de sitio?

—Este sitio —contestó, y extendió sus manos todo lo que pudo, lo bastante como para abarcar mundo entero.

Yo pensé que, después de todo, no era una idea tan mala, porque si habíamos abierto nuestros corazones a los húngaros y a los cubanos y a los vietnamitas... Pero entonces la Binnie, porque fue a ella a que se le ocurrió, preguntó:

—¿Cuántos son ustedes allá?

Bueno, la cifra fue, si me permiten la expresión, astronómica, y todas nosotras nos quedamos con la boca abierta y murmuramos algo, y fue entonces cuando Ella dijo:

—Shan, querido, ¿qué tendríamos que hacer?

Bueno, era todo bastante simple; daríamos estas fiestas y conseguiríamos que acudieran a cada una de ellas un total de cincuenta personas, y cada una de esas cincuenta daría otra fiesta a la que acudirían otras cincuenta, y al final de cada fiesta a todo el mundo se le daría aquel maravilloso broche de colmillo de mastodonte Torg, adornado con esmeraldas de verdad, y todo lo que teníamos que hacer era llevar el broche, y había una piedra que salía del centro, que no estropearía nada, y todo lo que una tenía que hacer era introducirla sigilosamente en el depósito de agua.

Ya pueden imaginarse el lío que se armó entre las chicas, porque todas querían saber lo que aquello haría con el agua y Shan no lo dijo con toda exactitud, sino que sólo dijo que aquello hacía que el agua también fuese buena para los torganos y que, además, mientras una llevara su hermoso broche, no le haría daño, y les puedo asegurar que eso hizo sospechar a algunas personas. Y Binnie dijo que por qué no acudían a las Naciones Unidas y conseguían allí un permiso regular de entrada, y todo lo que dijo Shan fue que, a veces, el camino más largo resulta ser el más corto para regresar a casa. Entonces, Ella recalcó que no nos había dicho lo que iba a suceder con el agua, pero Shan se limitó a sonreír con aquella alegre risa suya y dijo que todos los habitantes de Torg nos estallan agradecidos.

Yo ya empezaba a comprender por dónde iban las cosas. Ella y Binnie estaban cuchicheando algo en un rincón y todas las demás estaban siseando y susurrando y charlando, ya pueden imaginarse, todas ellas muy agitadas, y yo pensé, pobre Shan, ha recorrido todo ese camino para llegar hasta aquí y las chicas no van a ayudarlo. Entonces escuché lo que estaba diciendo una de ellas y me deslicé hacia Shan y toqué el broche y susurré:

—Es mejor que tengas cuidado, querido. Creo que las chicas están pensando en entregarte.

Bueno, tendrían que haber visto ustedes la mirada que me lanzó; habría sido capaz de fundir un ladrillo. Se llevó la mano al broche y preguntó con un

susurro:

—¿Está usted conmigo?

Así es que le miré a los ojos y le contesté:

—Sí, Shan. Lo estoy.

Sólo fue cosa de un segundo. El broche que sostenía, fue todo lo que necesitó para hacer el truco y el rayo salió justo de la parte central. Yo me sentí un poco mal por ello, pero no por mucho tiempo, porque ahora soy la mejor amiga de Shan, y cuando miré a mi alrededor y vi a las demás chicas, me di cuenta de que no tendría competencia alguna, ni bocas melosas que acudieran para llevárselo, ni caras remilgadas trayéndole platos cubiertos o dulces o pastelillos de cabello de ángel que hacían con una mezcla preparada que trataban de ir pasando como si se tratara de una vieja receta de familia.

Lo que hizo aquel broche fue lanzar un rayo de una forma muy extraña que algún científico tendría que explicarles a ustedes, y todas aquellas chicas con las que yo había crecido hasta envejecer no quedaron heridas en lo más mínimo, pero ya no podían hacerle daño a nadie más. Ella ya no organizaría más fiestas que le cuestan a una cien dólares sólo para poder salir de la casa y en las que una tenía que llevarse a casa un montón de cosas inútiles que una no necesitaba. Binnie ya no iría por ahí a los conciertos de rock and roll para molestar a su nieto, y ninguna de las otras regañaría a nadie, ni escribirían cartas enojadas ni la tendrían a una pegada al teléfono mientras se quemaba la cena que una se estaba preparando para ver la televisión. Por otro lado, si una quería ver o hablar con cualquiera de ellas, era posible hacerlo; podía una acudir a casa de Ella y verlas en cualquier momento, porque lo que hizo aquel rayo fue dejarlas congeladas a todas, rígidas; estaban tan frías como carámbanos y perfectamente quietas en la misma posición en que él las sorprendió. Parecía como si aquello no les doliera nada y debo decir que todo parecía real y natural. Parecían, ¿cómo podría expresarle?... tranquilas.

Shan me estuvo mirando a mí mientras yo las contemplaba a todas ellas: ¿iba a gritar, o me iba a portar bien? Bueno, me limité a volverme hacia él y dije, más fría que un carámbano:

—Está bien, Shan. Nunca fueron verdaderas amigas mías.

Después le ayudé a transportar su caja de Broches Parasiempre y también

la caja de los globos, sacándolo todo de la casa de Ella y poniéndolo en mi coche.

Se sintió realmente contento con mi casa cuando llegamos allí, porque se encuentra justamente cerca del depósito de agua de la ciudad, le gustó mucho su habitación, que antes fue la habitación de mi hermana Cynthia, porque me dijo que desde allí podía disfrutar de una vista excelente de la ciudad. Entonces pusimos en un rincón la caja de globos y la caja de broches y él me dijo que cómo podría agradecerme alguna vez lo que había hecho por él, y yo me sonrojé y señalé hacia los broches y le dije que me gustaría llevar uno de ellos. Tenía la forma de un colmillo de elefante, todo incrustado de esmeraldas y diamantes, y me estremecí cuando me lo prendió en los pliegues delanteros de mi vestido de cóctel Billie Burke. Después me dio un globo para que lo pusiera en mi salita de estar y se sintió tan agradecido conmigo por haberle ayudado a escapar que me dijo que me lo iba a decir todo sobre su misión, sólo que él la llamaba Nuestra Misión, inmediatamente después de que comiéramos, y yo le dije, Shan, querido, eso es maravilloso.

Pues bien, después de la cena no todo salió tal y como él lo había pensado y estuvo pensándose, aunque yo me quedé tan contenta. Lo que hizo fue pedirme una lista de mis amigos —ya saben, para la fiesta—, y habría preferido morirme antes que admitir ante él que no tenía ningún amigo. Quiero decir que todos mis conocidos mortales quedaron congelados y rígidos allí, en casa de Ella Demper y, además, realmente no creía que aquel asunto de envenenar el agua fuera una idea tan buena. Quiero decir que no era muy bonita y que yo me sentiría terriblemente mal, pero no había forma de decirle eso, así es que mientras estaba haciendo sus planes y terminando de comer su pastel de queso helado marca Royal con fresas fui a una parte de la casa en la que él no podía verme y encontré cuál era la piedra correcta que debía apretar y dirigí el rayo hacia él con el broche.

Resulta verdaderamente agradable tener aquí a alguien con quien tomar las comidas y con quien hablar cuando tengo ganas de hacerlo. El tiene un aspecto muy real y natural sentado allí, en la silla, y tengo la impresión de que aun cuando está rígido como uno de los gigantes colmillos de elefante, todavía puede escuchar. Tiene una expresión verdaderamente

agradable, quizá un poco sorprendida, y sostenemos conversaciones muy agradables porque él nunca se muestra en desacuerdo conmigo. La otra cosa bonita es que no produce ningún lío en la casa, ni ensucia nada, ni tiene ropa para lavar y, lo que es más importante, nunca se queja de las cosas que cocino, como solía hacer Cynthia. De haber sabido cómo descongelarse y si le hubiese hecho tostadas, estoy segura de que se las hubiera comido como se supone que debe comérselas una persona normal, en lugar de picar el centro. Y, lo que es aún más importante, él nunca, nunca jamás habría dejado costras.